

Ni aquí ni allá

Identidad del emigrante
en los corridos mexicanos

María Luisa de la Garza



NI AQUÍ NI ALLÁ

El emigrante en los corridos
y en otras canciones populares

María Luisa de la Garza



LABERINTO

Ni aquí ni allá. El emigrante en los corridos y en otras canciones populares
Premio de Ciencias Sociales "Cortes de Cádiz", 2005.

© María Luisa de la Garza
Primera edición en España, 2007
Fundación Municipal de Cultura
Excmo. Ayuntamiento de Cádiz
ISBN: 84-89736-56-1

Ni aquí ni allá. El emigrante en los corridos y en otras canciones populares

© María Luisa de la Garza
1ª edición en México, 2008
Laberinto Ediciones

Diseño de cubierta: Víctor Iglesias

Laberinto Ediciones
Cza. Benito Juárez Mz. 1 Lt. 2
Col. Consejo Agrarista Mexicano
C.P. 09760, México, D.F.
Correo electrónico: laberintoediciones@yahoo.com.mx

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio impreso y/o electrónico sin consentimiento por escrito de la autora.

ISBN: 978-970-95454-2-5

Impreso en México

ÍNDICE

Prólogo	9
I. “TANTA LÍNEA DIVISORIA, YO ENCONTRARÉ UNA VEREDA”.	
LA CUESTIÓN MIGRATORIA ENTRE MÉXICO Y ESTADOS UNIDOS	15
“Que no haya más mojados, reclama la emigración”	17
“Ando en Estados Unidos, me pasé de contrabando”	31
II. “VOY BUSCANDO OTRO DESTINO”. MIGRACIÓN	
E IDEAL DE VIDA	43
“Todo por querer ganar un poquito de dinero”	45
“Ser mojado nunca es fácil para el que nunca lo ha sido”	54
“Cómo recuerdo a mis seres tan queridos y es mi regreso mi más grande ilusión”	62
III. “LES VOY A ABRIR DE PAR EN PAR MI CORAZÓN”. LA RELACIÓN	
CON LOS OTROS MEXICANOS	73
“Para quien dice que traiciono mi bandera y mi nación”	75
“Mi corazón sigue siendo verde, blanco y colorado”	66
“Te crees muy americana”	95
IV. “A LOS GÜEROS NO LES GUSTA QUE CRUCEMOS LA FRONTERA”.	
LA RELACIÓN CON LOS ANGLOSAJONES	109
“Recorrí varios estados de la Unión y siempre sentí la falta de estimación”	111
“Si ese suelo necesita nuestras fuerzas”	119
“Patrullando fronteras no nos pueden domar”	132

V. “Y HABLARON LO PEOR, RECLAMANDO JUSTICIA”.	
LOS EMIGRANTES Y LAS INSTITUCIONES	143
“En dondequiera es lo mismo”	145
“Qué fácil fuera si el gringo nos diera un pasaporte”	151
“Teniendo un país tan rico...”	164
VI. “EL OTRO MÉXICO QUE AQUÍ HEMOS CONSTRUIDO”.	
LA VIDA REINTERPRETADA	181
“Vamos a darnos la mano: seremos distintos o, tal vez, mejor”	183
BIBLIOGRAFÍA	195
FONOGRAFÍA	201
Referencias discográficas	201
Referencias de los corridos citados	203

PRÓLOGO

El *corrido* es un género de la lírica popular mexicana (un género «épico-lírico-narrativo», suele decirse) muy arraigado en casi todo el país, aunque con particularidades musicales y temáticas regionales. Son bien conocidos los «corridos de la Revolución», que hablan del alzamiento de 1910 contra la dictadura de Porfirio Díaz, y últimamente tienen mucho éxito —aunque su radiodifusión haya sido prohibida— los llamados «narcocorridos», que relatan encuentros —que a veces son violentos y otras veces no— entre las fuerzas del orden y quienes se dedican a comerciar drogas prohibidas. Pero una de las vetas más importantes y más antiguas en la producción de corridos es la que cuenta las experiencias y los avatares de los trabajadores mexicanos que, desde fines del siglo XIX, han cruzado la frontera norte para trabajar *al otro lado*. En realidad, los corridos hablan de prácticamente cualquier tema que interesa a las clases populares, que plasman en ellos su punto de vista sobre acontecimientos regionales y nacionales destacables, e incluso sobre acontecimientos de carácter internacional, como el ataque a las Torres Gemelas de Nueva York o la guerra de Irak.¹

Aunque las variedades regionales se distinguen en el ritmo, la instrumentación, las inflexiones melódicas y la estructura

¹ El origen de los corridos está en discusión. Hay quienes sostienen que es de origen español, fundamentalmente derivación del romance y de la copla. Ésta ha sido la posición dominante, pero no es la única, porque hay quienes aseguran que surge de la tradición poética náhuatl, mientras que otros afirman que su origen es mestizo. Otros más ubican su nacimiento en el siglo XIX, sólo que en momentos distintos: Manuel Altamirano lo sitúa a principios; Vicente T. Mendoza considera que, aunque proviene de géneros líricos españoles, como tal, el corrido no nace sino hasta el último cuarto del siglo, y Américo Paredes, el primer gran estudioso del corrido norteno, opina que a mediados, fecha que aquí interesa por el *corpus* que se trabaja.

literaria, desde los años cuarenta del pasado siglo xx la variante centrooccidental del corrido —la de Jalisco y Guanajuato— se estableció como paradigma, opacando la producción corridística de otras zonas, así como la propia evolución del género. Esto ocurrió debido a la confluencia de varios factores: 1) la transformación de la Revolución Mexicana (1910-1917) en una suerte de mitología oficial, con héroes y hazañas incuestionables; 2) la celebridad del cine mexicano en la época de sus actores/cantantes Pedro Infante y Jorge Negrete, o de figuras de la canción como Lola Beltrán; 3) la influencia (en parte gracias al mismo cine) de las formas culturales del centrooccidente del país, que llegan a identificarse como las formas auténticamente «mexicanas» (como el «ranchero», una figura típica de esa zona) y, 4) el «nacionalismo revolucionario», la ideología que hasta fines de los años 80 vertebró los sucesivos gobiernos del Partido Revolucionario Institucional (el PRI) y que se denomina así por buscar fundamento en los postulados de la Revolución.

Medio siglo después de *Gabino Barrera* y de *Caballo Prieto Azabache*, es la producción de otra zona la que gana influencia: el norte, porque sus temáticas adquieren la categoría de asuntos «de interés nacional», debido a que finalmente se ha reconocido la importancia y la trascendencia del fenómeno migratorio de mexicanos hacia Estados Unidos², porque la cultura «norteña» se ha expandido con los propios migrantes y porque el narcotráfico se ha vuelto un asunto sensible en las relaciones

² Según Arie Hoekman, representante del Fondo de Población de las Naciones Unidas, México tiene el mayor índice de emigración del mundo, y es también el principal país con inmigrantes en tránsito. Esto afirmó Hoekman en la Séptima Reunión Nacional de Investigación Demográfica, celebrada en Guadalajara, Jalisco, el 6 de septiembre del 2006.

bilaterales con nuestro admirado y odiado vecino del norte. Así pues, si los corridos interpretados con un mariachi ayudaron en las décadas posrevolucionarias a generar una cohesión *nacional*, los corridos interpretados por formaciones norteadas («conjuntos» con acordeón, si siguen la línea musical del noreste y «bandas» con instrumentos de viento si siguen la línea musical del noroeste) están colaborando de una forma muy importante a generar un sentimiento de cohesión *transnacional*, donde los corridos «de migración» juegan un papel fundamental en la vida de cientos de miles de trabajadores mexicanos que viven en Estados Unidos, para quienes este género musical es un signo inconfundible de su identidad *original*.

Ahora bien, entre los corridos «clásicos» y los corridos de hoy mucho hay en común. El *nacionalismo*, por ejemplo, que antes se reforzaba mirando únicamente hacia adentro y hoy se fortalece oponiendo un modo de ser «mexicano» —o «latino»— a otros modos de ser, en particular al modo de ser «anglosajón» —o «gringo». También tienen en común la valoración de *lo mestizo* como fuerza pujante y de *lo indígena* como símbolo de resistencia, y no es menos importante la confluencia extraordinaria de los intereses de la industria cultural y ciertas disposiciones sociales aparentemente de compromiso: en los años cuarenta y cincuenta, el encuentro de la ideología nacionalista y del cine en el tema de «lo mexicano», y en los años ochenta y noventa, el encuentro, de nuevo en «lo mexicano», del multiculturalismo y de la industria de la música popular, que han hecho de los corridos un producto emblemático de resistencia cultural y étnica, especialmente si son tocados y cantados en Estados Unidos.

Interesa señalar las coincidencias entre los corridos «de la revolución» y los corridos actuales porque no coincidimos con algunas voces que hablan de la *perversión* del género a causa de los temas que tocan (el narcotráfico, en particular). Es verdad que los corridos que ahora mismo más se graban y más se bailan son los que se refieren al estilo de vida de los narcotraficantes, pero el propio tema del narcotráfico es abordado en muchas ocasiones desde una perspectiva de denuncia de la corrupción política y de la injusticia social. Por lo demás, el éxito de los «narcocorridos», más que ser un indicio del estado en que se encuentra el género musical, nos hablaría de cómo está la sociedad, lo que no deja de tener interés.

Por otro lado, hay toda una serie de corridos que se interesan por asuntos más *loables*. Los propios corridos de migración son un ejemplo, y no hay que disminuir su valor en tanto que reivindicaciones de un reconocimiento que a este colectivo de trabajadores se le niega, tanto en México como en Estados Unidos. Finalmente, también hay que reconocer que los corridos que se refieren a movimientos o luchas sociales que ponen en duda el orden político y social mexicano no han tenido nunca ninguna repercusión popular, más allá de los escasos simpatizantes que cada grupo en su momento tuviera. Ni el movimiento estudiantil a fines de los años 60 ni la lucha zapatista de hoy tienen un eco masivo, aunque ambos movimientos cuentan con sus corridistas y sus corridos.

En este sentido, hay que dejar claro que los corridos no siguen una ideología política determinada, pues los hay de todo tipo. Lo que ocurre es que al contar la historia *del pueblo* —que

se refiere a él y que él decide narrar— tiende a pensarse que deben cuestionar con dureza un orden social sumamente jerarquizado y que económica y políticamente los excluye. Sin embargo, no ocurre necesariamente así, y más bien hallamos que en «el pueblo» domina una tendencia ideológica más o menos similar a la de las clases acomodadas: predominantemente conservadora y tradicional. Ni siquiera los corridos de narcotráfico más desafiantes del orden político, ni los que critican la corrupción y el mal gobierno, proponen cambiar la estructura social, sino poder ingresar en ella en un nivel superior.

Es importante, sin embargo, destacar como valor común a todos los corridos, y a los corridos de todas las épocas, su pretensión de verdad histórica aun a pesar de que muchos de ellos estén cargados de ficción. Los autores «adornan» sus historias —adornan la historia de una vida o de un suceso—, pero *dicen verdad*, o al menos esto es lo que la tradición les ha reconocido y les sigue reconociendo.

Esta obra analiza la representación social del emigrante que ponen en juego los corridos y otras canciones populares que tocan el tema de la migración, estudia lo que dicen que implica *ser un mexicano en Estados Unidos*, compara las relaciones que los personajes establecen con *los otros*, así como las imágenes que promueven de los dos países que son su referencia. Es una reflexión sobre la ética, la política y la moral que estas composiciones nos proponen.

I

“TANTA LÍNEA DIVISORIA,
YO ENCONTRARÉ UNA VEREDA”

LA CUESTIÓN MIGRATORIA
ENTRE MÉXICO Y ESTADOS UNIDOS

**“Que no haya más mojados,
reclama la emigración”³**

En la extensa frontera entre México y Estados Unidos hubo prácticamente libre paso hasta que los estadounidenses se percataron de que los mexicanos habían empezado a entrar de forma clandestina para evitar someterse al examen de alfabetización y al pago de 8 dólares que se impuso en 1917 con el fin de «seleccionar» a los trabajadores que empleaban las compañías ferroviarias y algunos grandes ganaderos y agricultores. Por ello, en 1924 se creó la Patrulla Fronteriza y unos pocos años más tarde, a causa de la recesión, se emitieron las primeras leyes para restringir el paso de mexicanos y se ordenaron deportaciones masivas de quienes previamente habían sido relativamente bien recibidos.⁴ Así comenzó una conflictiva relación marcada por la asimetría y por los vaivenes económicos de los dos países, asimetría y vaivenes que han determinado las actitudes y las políticas migratorias a ambos lados de la frontera, así como la representación social del propio proceso migratorio y de los actores sociales en él involucrados.

En las últimas décadas, los vaivenes casi han desaparecido, y sólo se han acentuado las tendencias dominantes: Estados

³ En los corridos y canciones populares, los mexicanos que van a Estados Unidos a trabajar no se denominan nunca «emigrantes». Cuando, como en estos versos, hablan de la *emigración*, se refieren al Servicio de Inmigración y Naturalización, el organismo que por muchos años fue precisamente el encargado de las deportaciones. La temida «migra» desapareció como tal el 1º de marzo del 2003, cuando sus funciones fueron absorbidas por el Departamento de Seguridad Nacional.

⁴ Antes se habían emitido varias leyes de control migratorio, pero limitaban sobre todo el ingreso de trabajadores chinos y japoneses.

Estados Unidos intenta infructuosamente cerrar de forma hermética sus puertas y México va añadiendo crisis políticas a una ya demasiado larga crisis económica. Así, al tiempo que se empuja a los migrantes a cruzar por pasos cada vez más difíciles, se suman nuevas regiones (como el Distrito Federal y zonas indígenas como Oaxaca y Chiapas) a las regiones históricas de migración: Jalisco, Michoacán, Guanajuato y Zacatecas.⁵

Los emigrantes han transformado los paisajes étnicos y económicos tanto de Estados Unidos como de México. Nueve de cada diez mexicanos que cruzan —y lo hacen alrededor de 400,000 al año— encuentran trabajo, aunque ya no se establecen únicamente en California, en Texas o en Illinois: ahora hay grandes comunidades de mexicanos en Carolina del Norte, Florida, Delaware o Minnesota. La agricultura norteamericana está prácticamente mexicanizada en su totalidad, pero lo está también una porción considerable del sector servicios, de la construcción y la jardinería.

En México, donde uno de cada cuatro hogares recibe dinero de familiares que trabajan en Estados Unidos⁶, los pueblos se han transformado: los del centro y del sur se vacían de adultos jóvenes, mientras que algunos pueblos fronterizos que hace diez años acaso tenían una casa de huéspedes y un par de pequeñas

⁵ Según diversas estimaciones, en Estados Unidos viven 25 millones de personas de origen mexicano, 11 millones de las cuales han nacido en México y aproximadamente 6 millones y medio radican y laboran ahí sin permiso de trabajo ni de residencia.

⁶ Informe del Banco de México emitido el 3 de febrero de 2004 y reseñado en “Las remesas de EU mantienen el consumo interno en México”, *La Jornada*, 4 de febrero de 2004, sección de Economía. Considerando el estatus de muchos de los mexicanos en Estados Unidos, podríamos repetir lo que en cierta ocasión dijera el ex subsecretario de Relaciones Exteriores Gustavo Iruegas: que en el México del 2006 cuarenta millones de personas viven en familias donde quien provee la manutención se encuentra en el extranjero huyendo de la policía.

tiendas de productos de alimentación, hoy tienen decenas de posadas, varios restaurantes, casas de cambio y numerosos bares en los que paran y repostan los emigrantes mexicanos, centroamericanos e incluso sudamericanos y asiáticos que buscan a algún «pollero» o «coyote» que los ayude a cruzar.

Las comunidades transnacionales forman «clubes de oriundos» que recaudan fondos para obras públicas en sus lugares de origen, pero también se asocian en coaliciones que incorporan a personas de ámbitos etnogeográficos más amplios, como la Federación Oaxaqueña de Comunidades y Organizaciones Indígenas de California, o la Asociación Tepeyac, de filiación religiosa y con base en Nueva York. A través de estas asociaciones realizan actividades públicas y movilizaciones tanto de índole política como de reafirmación de las identidades colectivas a diversos niveles: nivel regional (de una sierra, de una comarca...), étnico (de un grupo indígena determinado: los zapotecos, los mixtecos...), estatal (de Veracruz, de Puebla, etc.) y nacional (donde la «mexicanidad» es el factor aglutinador, en organizaciones como el Consejo Nacional de La Raza o el Consejo de migrantes que asesora al Instituto de Mexicanos en el Exterior).

Mientras tanto, nuevas «comunidades» han surgido también entre los propietarios de las tierras por donde tienen que pasar los migrantes: se llaman a sí mismos «patriotas», «soberanistas» o «vigilantes», y lo mismo iluminan con sus automóviles la zona fronteriza interurbana (que es lo que hacía en San Diego el movimiento *Light up the Border* en los años 70), que se organizan para cazar indocumentados en los ranchos e incluso en las zonas

más desérticas, como hacen el movimiento *Ranch Rescue*, la *Civilian Homeland Defense* o los *Minutemen* y los *Friends of the Border Patrol*, dos grupos creados en 2005 con voluntarios reclutados vía Internet para que formen parte de las «fuerzas de bloqueo» que detengan la «invasión» de indocumentados.

Como se verá a lo largo de esta obra, los corridos registran con bastante fidelidad —aunque a su manera— los «pulsos» que van manteniendo los migrantes mexicanos con el gobierno y la población estadounidense. Así, por ejemplo, en el corrido *La migra*, grabado en 1977, se recoge lo que ocurría entonces en la frontera entre Tijuana y San Diego: “Qué triste vida la de ellos, con baterías en la mano tener que ganar la vida molestando mexicanos”.⁷ Casi un cuarto de siglo después, *A quien corresponda* registra el nuevo tipo de iniciativas contra quienes ingresan a Estados Unidos por pasos clandestinos:

Vamos, despierten, señores encargados del gobierno,
porque ya el odio racial va despertando un infierno,
y esto no lo va a parar ningún presidente tierno.
Se invita por internet, en los Estados Unidos,
a unirse para matar a nuestros *paisas* sufridos,
pues su pecado es pasar por donde no son queridos.
(...)
Dice el anuncio maldito que me tiene tan dañado:
“Vamos a cazar mojados que crucen para este lado”.
Muchos hermanos latinos han sido ya asesinados.

⁷ Al final se incluyen los datos de los corridos que se citan: Si contamos con la obra grabada, se indican el autor, el intérprete —cuya grabación nos sirve de referencia (porque muchos son grabados por diversos intérpretes, cada uno de los cuales introduce alguna particularidad)—, la fecha y el lugar de publicación. Si, por el contrario, la hemos obtenido de una antología u otra obra que los recoja, consignamos esta referencia bibliográfica.

Un demoníaco sujeto, de la guerra excombatiente,
con ramas ocultó unos pozos donde se ahogó mucha gente,
niños, mujeres y hombres, ¡qué racismo tan demente!

Los emigrantes van en busca de una vida mejor, y alguna gente de los lugares a los que llegan los acusan de «afectar su calidad de vida», como han denunciado, entre otros grupos, los miembros de PEOPLE, paradigmática organización de un pequeño pueblo de Nueva Jersey que se jacta de presionar a los funcionarios para que «protejan el ambiente» donde residen. Esto ha generado inusuales solidaridades multiétnicas (de negros y latinos, por ejemplo) y oposiciones entre patronos de sectores que emplean a indocumentados con patronos u otras personas que no requieren de esta mano de obra.

Entre tanto, los trabajadores sin papeles —o «no autorizados», como últimamente se les llama— siguen generando riqueza directa e indirectamente, tanto por su enorme actividad productora como por la gran capacidad que también tienen como consumidores. Además, son el despreciado bien con el que se lucran algunos negocios florecientes, como las empresas de *enganche* —que les cobran a los granjeros y a los industriales por suministrarles trabajadores, y a los trabajadores les cobran por hallarles un puesto de trabajo— o ciertos bufetes jurídicos de reciente creación, que «por sólo diez dólares» tramitan la denuncia anónima de cualquier persona que parezca «sospechosa» de ser indocumentada o de contratar a gente sin permiso de trabajo.⁸

⁸ Es lo que ofrece el portal de www.reportillegals.com.

En los primeros años del siglo XXI, las relaciones entre los diversos grupos étnicos que conforman los Estados Unidos están tensas, y las políticas contra el terrorismo están simplificando muy burdamente lo que es una realidad verdaderamente compleja, dinámica y rica. Por lo que respecta a los mexicanos, las cosas difícilmente hubieran podido ir peor, considerando sobre todo las expectativas que había generado, en el año 2000, el que los presidentes de México y de Estados Unidos (Vicente Fox y George W. Bush) fueran, al menos en apariencia, más sensibles al tema y lo conocieran mejor que sus antecesores por proceder de regiones donde los migrantes han tenido tradicionalmente una fuerte presencia: Guanajuato y Texas.

Sin embargo, a partir del 11 de septiembre del 2001 todo quedó mediado por la «lucha contra el terrorismo», y tanto a nivel «de calle» como en las cámaras legislativas la corriente en contra de los inmigrantes arreció, llegando a extremarse la criminalización del «ilegal». Desde entonces, cientos de proyectos de ley se han presentado cada año ante las cámaras estatales (sólo en el 2006, más de 550)⁹ para sancionar de una manera u otra a los indocumentados, y se han tomado medidas y presentado propuestas también a nivel federal. En julio del 2004, por ejemplo, se puso en marcha el Programa de Repatriación Voluntaria, que aunque se desarrolla en el marco del denominado Memorándum de Entendimiento sobre la Repatriación Segura, Ordenada, Digna y Humana de Nacionales Mexicanos (firmado por los gobiernos

⁹ Sin embargo, de estas numerosas iniciativas legales apenas prosperan unas decenas, porque en principio —aunque esto también está cambiando— la política migratoria sólo compete al gobierno federal.

de México y Estados Unidos en febrero de ese año), significó un gran retroceso para los derechos que se habían conseguido para los migrantes, pues, antes, cuando un indocumentado era detenido tenía derecho de audiencia ante un juez, tenía derecho a fianza y a un proceso en el que le era asignado un abogado o se le ofrecía representación consular. Con este programa, además de dar pie a redadas indiscriminadas, se ejercía coacción para que los detenidos aceptaran la “repatriación voluntaria”.¹⁰

Unos meses después, en febrero del 2005, fue aprobado en la Cámara de Representantes un proyecto de ley¹¹ que planteaba, entre otras cosas, que ya no se pudieran expedir permisos de conducir a quienes no tenían autorización para residir y trabajar en Estados Unidos, permisos que a los inmigrantes les sirven como documento de identificación federal para entrar en un edificio público o abordar un avión, y preveía también la construcción de extensiones para los muros y cercas que separan a México de Estados Unidos. Esta ley, a la que se le dio el ambicioso nombre de Ley de Identidad Real (*Real ID Act*), tenía por objetivo, según sus promotores, hacer casi imposible que algún «terrorista» pudiera obtener documentos de identidad oficiales, pero en realidad era un avance importante para las fuerzas antiinmigrantes, que formalmente se habían replegado después de que en 1998 una corte federal considerara inconstitucional

¹⁰ Con este programa prácticamente se perdió la posibilidad de reclamar el derecho de arraigo por residencia prolongada en el país, y quienes tienen hijos en Estados Unidos dejaron también de poder exigir legalmente un permiso de trabajo.

¹¹ Se trata de la iniciativa HR418, cuyo principal impulsor era el diputado F. James Sensenbrenner, presidente del Comité Judicial de la Cámara Baja y quien después cobraría mayor fama por liderar un proyecto de ley aún más restrictivo. Ambas leyes impulsadas por este congresista siguen pendientes de su aprobación por el Senado.

la Propuesta 187 de California, que prohibía otorgar servicios sociales a indocumentados.¹²

En diciembre de ese año, en la misma Cámara de Representantes se aprobó la polémica iniciativa HR4437, más conocida como Ley Sensenbrenner, que establecía nada menos que la deportación de todos los indocumentados, la tipificación como criminales de quienes los ayudaran mínimamente y la construcción de un muro de 1.126 kilómetros en la frontera.

La radicalidad de esta ley, que contenía sólo medidas punitivas y de «seguridad» fronteriza, provocó que salieran a las calles masivamente los inmigrantes para exigir una reforma migratoria amplia y realista, que ofreciera opciones legales a quienes ya viven en Estados Unidos y que ordenara el flujo migratorio de los nuevos trabajadores que la sociedad norteamericana de hecho reclama. Hubo primero unas pequeñas concentraciones promovidas por los activistas «de siempre»: grupos defensores de los derechos humanos y algunas organizaciones de migrantes, pero el movimiento comenzó a crecer, impulsado notablemente desde las radioemisoras en español, y empezaron a contarse por miles los participantes en las manifestaciones, de manera que el 10 de marzo marcharon 130 mil personas en Chicago y dos semanas después 30 mil se reunieron en Phoenix y otras tantas en Tucson, ciudades de Arizona. En abril hubo varias concentraciones más, pero sobre todo se fueron preparando los ánimos para el día 1º de mayo

¹² En noviembre del 2004, una propuesta muy similar a la 187 de California fue aprobada en Arizona: la llamada Propuesta 200, impulsada por la organización Protege a Arizona Ahora (*Protect Arizona Now*).

(que en Estados Unidos es laborable), cuando se invitó a los inmigrantes, legales e ilegales, a no ir a trabajar, a no ir a la escuela y a abstenerse de comprar.

Las manifestaciones de ese día fueron multitudinarias, y en consecuencia las pérdidas económicas en muchos sectores fueron cuantiosas. A diferencia de movilizaciones anteriores, en esta ocasión no se reivindicaban los derechos de determinados grupos étnicos discriminados, sino el reconocimiento de muy amplios sectores sociales que, si viven y trabajan como los estadounidenses, desean ser tratados como ellos. “Todos somos Estados Unidos” (*We all are America*) era la consigna principal, a la que acompañaban otras como “Aquí estamos y no nos vamos”.

Los manifestantes (muchos de ellos con padres o abuelos que fueron inmigrantes ilegales) deseaban mostrar sobre todo que no eran en absoluto criminales, y que por supuesto no representaban ninguna amenaza para la seguridad nacional del país. Ante la creciente xenofobia, buscaron obtener la empatía de los norteamericanos poniendo énfasis en los valores que se suponen compartidos, como el derecho de todo individuo a tratar de alcanzar sus ideales con esfuerzo y trabajo (“No a la criminalización del sueño americano”, rezaban varias pancartas), o resaltando el valor de la familia (en consignas como “Mantengan unidas a nuestras familias”). Después de diversos incidentes con quemas de banderas tanto de Estados Unidos como de los países de origen de los migrantes, a esta marcha los participantes llevaron principalmente banderas de Estados Unidos con el fin de enfatizar el respeto a *lo común* y limitar la exhibición de *su diferencia*.

Este *dejarse ver* de los inmigrantes encendió aún más el debate en la esfera política estadounidense, y si bien le permitió a George W. Bush retomar la idea de una reforma migratoria amplia, la intransigencia y la capacidad de influencia de los legisladores «duros», unida a su propia debilidad producto del fracaso en la invasión de Irak, lo llevaron a hacer concesiones a los conservadores con la esperanza de que así sería más fácil que una futura ley de migración incluyera algún tipo de legalización para indocumentados que llevaran varios años viviendo en Estados Unidos. Así pues, para conformar a muchos de sus correligionarios y para que el proyecto de ley que él mismo había presentado al Senado tuviera más probabilidades de aprobarse, el 15 de mayo del 2006 informó que enviaría 6 mil elementos de la Guardia Nacional a la frontera sur, que comenzaron a llegar al mes siguiente supuestamente para reforzar los trabajos de la Patrulla Fronteriza.¹³

El 25 de mayo, el Senado aprobó el proyecto de ley de reforma migratoria de Bush, el cual, si finalmente se convierte en ley, permitirá que trabajadores indocumentados con cinco años o más en el país (unos 7 millones) puedan permanecer en él, seguir trabajando y eventualmente convertirse en residentes y ciudadanos permanentes, tras pagar entre dos y tres mil dólares en multas y cuotas, los impuestos que deban, demostrar que saben inglés y comprobar que no han cometido delitos.¹⁴ Asimismo,

¹³ Para este fin, George W. Bush pidió al Congreso casi dos mil millones de dólares en fondos «de emergencia» para «asegurar las fronteras».

¹⁴ Este proyecto exige que los indocumentados que lleven de dos a cinco años en Estados Unidos (unos 3 millones) acudan a algún punto de entrada en la frontera y presenten solicitud para poder regresar, y que salgan del país quienes lleven en él menos de dos años (entre 1 y 2 millones de personas).

establece la creación de un programa de trabajo temporal que podría beneficiar a un millón y medio de jornaleros agrícolas que podrían obtener la residencia permanente y permitiría la emisión de 200 mil nuevas visas de “trabajadores huéspedes” temporales al año. Sin embargo, al mismo tiempo exige a los patrones la utilización de un sistema electrónico para verificar que las nuevas contrataciones sean legales y autoriza la construcción de nuevas triples bardas y de barreras vehiculares a lo largo de la frontera con México.

Esto último —el «cercado triple»— ya se ha comenzado a erigir, pues para ello firmó, en octubre del 2006, la Ley de la Valla Segura (*Secure Fence Act*), por la que se levantarán los kilómetros de cercado que proponía la Ley Sensenbrenner y que recogía su propio proyecto de ley. Ahora bien, como es bien sabido, ya existen desde hace años barreras físicas en tramos específicos de los 3,200 kilómetros que tiene la frontera entre México y Estados Unidos. Las primeras iniciativas importantes en este sentido datan de los años 70, y de aquella época es el corrido *La muralla de tortilla*, al que pertenecen los versos que encabezan este apartado. Dicen sus estrofas centrales:

Los hermanos que se quieren, ya los van a separar,
van a levantar pared, ya no se podrán mirar.

Que es el único remedio de evitar la infiltración;
que no haya más mojados, reclama la emigración.

La muralla de tortilla, ya la van a levantar;
la cortina de tortilla, dos pueblos va a separar.

También de aquellos años es *Los buenos vecinos*, que dice:

Ahora se comenta allá en la frontera
que hasta el mismo Papa justicia pidiera,
que el muro de tortilla ya no se construya
y el derecho humano nunca se destruya.

A juzgar por los resultados de las iniciativas que al respecto se han tomado desde entonces, y aun cuando ahora se multipliquen las barreras físicas y se instalen barreras virtuales (con cámaras de vídeo, sensores y vigilancia aérea), es probable que sigan vigentes las palabras del protagonista de *La zanja*, un corrido que se grabó a fines de los años 80:

Quieren cavar una zanja pa' que no entren ilegales,
si la ponen en Tijuana, yo me paso por Nogales,
por Mexicali o Laredo, por Reynosa o Ciudad Juárez.

Al cabo nunca podrán cuidar toda la frontera,
por Tamaulipas, Chihuahua, Sonora o por Piedras Negras
tanta línea divisoria, yo encontraré una vereda.

Cómo superarán los emigrantes los obstáculos futuros, no lo sabemos, pero hasta ahora lo que se observa es que cada vez recurren más a los servicios de los «coyotes», que se han convertido en verdaderas mafias de traficantes de personas.¹⁵ Hoy por hoy, no sólo tienen que vencer el miedo a no superar las notables exigencias físicas de las zonas de cruce clandestino, el

¹⁵ Un «coyote» es el jefe de una banda de «polleros», como se denomina a quienes guían a los emigrantes por los pasos clandestinos. Es una denominación general que tiene subcategorías según la función de las personas: «juntadores», «cuidadores», «viajeros», «guías», «raiteros» y «cobradores». Los «guías» son quienes los acompañan cuando cruzan el río o a través del desierto. Normalmente son jóvenes, a veces casi adolescentes, que radican en la zona y tienen mucha resistencia física.

miedo a ser abandonados a media travesía o a ser aprehendidos por los agentes de la Patrulla Fronteriza (que eran los riesgos «tradicionales»), ahora deben esperar no ser atacados por asaltantes o por esa nueva categoría social que son los «bajapollos»¹⁶, ni toparse con alguno de los escuadrones civiles antiinmigrantes empeñados en «limpiar» la frontera de «intrusos».¹⁷

Entre tanto, los mexicanos que han conseguido cruzar —todos, legales e ilegales, recién llegados, residentes permanentes y nacionalizados— construyen su identidad *verdaderamente real* conjugando prácticas laborales, sociales, políticas y culturales del país que los acoge con las prácticas políticas, sociales, laborales y culturales que portan de su tierra. Entre los emigrantes, algunas actitudes y valores se modifican en el nuevo entorno (como la percepción del papel de la legalidad en el orden democrático), pero también suele hacerse más sólida la identidad nacional, que se refuerza en prácticas que ensalzan las tradiciones del lugar de origen, las cuales sirven de contrapeso a la fuerza de los cambios que viven y también como corriente aglutinadora que contrarresta la incertidumbre y, en cierto sentido, la competitividad.

Los mexicanos —se ha comprobado en éste y otros trabajos que desmienten las tesis de ciertos profesores de Harvard como Samuel P. Huntington— comparten valores fundamentales de la ideología estadounidense, tales como el individualismo económico y la confianza en el esfuerzo personal. Sin embargo, al igual que

¹⁶ Actualmente no sólo se codicia lo que los emigrantes puedan llevar consigo, sino que ellos mismos son botín de bandas que se roban la «mercancía humana».

¹⁷ Los migrantes centroamericanos y de otros países han de enfrentar, además, la extorsión, o la brutalidad, de las policías mexicanas.

muchos otros grupos que se han extendido transnacionalmente en las últimas décadas, no consideran la asimilación total a la cultura «de acogida» como el ideal de convivencia social intercultural, entre otras cosas porque la organización actual del sistema laboral —con una división cuasi étnica del trabajo— la hace innecesaria. Antes bien, si pueden, prefieren desarrollar políticas de *vida-en-común* que mantienen —a veces con un énfasis mayor incluso que en sus lugares de origen— prácticas culturales que refuerzan su sentimiento de comunidad diferenciada.

Los corridos de migración son precisamente una práctica de autorreconocimiento (de reconocimiento *entre* y *de nosotros*), y también un posicionamiento *frente a los otros*, en oposición a quienes se construye lo que cabe entender por «nuestra identidad».

“Ando en Estados Unidos, me pasé de contrabando”

Los corridos norteños dan buena fe de cómo han sido las relaciones que han sostenido mexicanos y anglosajones desde que estos últimos emprendieran su expansión hacia el oeste, a principios del siglo XIX. De aquellos primeros tiempos queda noticia de desplazamientos forzados, de incriminaciones alevosas, de persecuciones arbitrarias y, por supuesto, de venganzas justicieras. Después, comenzando el último tercio de ese siglo, empiezan a recoger las experiencias de los mexicanos como trabajadores que son contratados, primero, para la trashumancia del ganado; después, en la construcción de las vías ferroviarias de todo el oeste americano y, más tarde, como peones de campo, para sustituir a los estadounidenses que habían sido movilizados en la Primera Guerra Mundial. De estas composiciones, los temas principales son la dinámica de las contrataciones y los fatigosos traslados, los nuevos lugares que van conociendo, anécdotas relacionadas con los oficios (casi siempre incluyendo desencuentros culturales) y la nostalgia por la tierra y la familia.

De las décadas siguientes, el tema más recurrente son las deportaciones, llevadas a cabo a causa de las importantes crisis económicas que Estados Unidos padeció en 1921, 1929 y 1939. En los años cuarenta vuelven a ser requeridos y, de hecho, se firma el Programa Bracero, un acuerdo binacional para proveer de mano de obra a Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. Este programa de convenios anuales se prolongó de

1942 a 1964, y durante ese periodo fueron contratados poco más de 5 millones de mexicanos, casi todos varones jóvenes y de origen rural cuyo destino era, principalmente, el trabajo agrícola de temporada. En ese tiempo, la producción de corridos—casi siempre vinculada a situaciones de conflicto— disminuye, aunque nunca faltan algunos que hablan de casos de abuso de poder de las autoridades, situaciones de discriminación o sucesos de abierto racismo, registrados sobre todo contra gente de origen mexicano que reside ahí de forma permanente. Ahora bien, la producción de corridos que disminuye es la que se origina entre los trabajadores mexicanos que van al norte, no así los que se producen en el interior del país, que en esta época abordan el tema de la migración, y lo hacen para criticar que los *paisanos* se vayan, que “abandonen” México por “hacerse pretenciosos” o por “ambicionar el dinero”.

La situación de flujo de migración laboral regida por términos más o menos cordiales no duró mucho: por un lado, al cabo de la Guerra de Corea (1950-1953) hubo recesión económica en Estados Unidos, y, por otro lado, los convenios de braceros estimularon la llegada de trabajadores mexicanos muy por encima de la cuota anual acordada, de manera que en 1954 Estados Unidos puso en marcha la Operación Espalda Mojada (*Operation Wetback*), iniciativa unilateral de deportaciones masivas para disminuir la presencia de trabajadores sin contrato formal y desalentar el paso de migrantes sin papeles.¹⁸

¹⁸ Esta medida dio lugar a la expulsión de casi un millón de mexicanos.

Quienes entraron al país clandestinamente y no fueron repatriados, así como quienes al final de su contrato en el marco del Programa Bracero decidieron quedarse a trabajar en Estados Unidos aunque ya no tuvieran autorización, pasaron a formar parte de la categoría que da nombre a los corridos sobre migración que mayoritariamente se hacen desde entonces: los corridos de «mojados».

El nombre de «mojado» designa en origen el modo en que muchos mexicanos y centroamericanos cruzaban hacia Estados Unidos: a nado, principalmente por el río Bravo (o río Grande, para los norteamericanos), que recorre la mitad oriental de la frontera: desde El Paso, Texas, hasta su desembocadura en el Golfo de México. Sin embargo, también se designan y autodesignan así quienes cruzan por el desierto.¹⁹

Hubo un tiempo no muy lejano (prácticamente hasta fines de los años 80) en que las triples bardas metálicas, los altos muros y los innumerables dispositivos de seguridad que separan las ciudades fronterizas y otras zonas de paso frecuente de indocumentados eran sólo una cerca de alambre, y por eso también se oyen corridos de *alambristas*, *alambres* o *alambrados*, denominados así porque: “sin un amigo, sin contrato y pasaporte, por el alambre se pasan arrastrando” (*El bracero*). Son ejemplos de esta designación versos como: “De México habían salido, hasta Tijuana llegaron; por no tener sus papeles de alambristas se pasaron” (*Los alambrados*), o bien: “Dicen que el hambre es

¹⁹ La mitad occidental de la frontera atraviesa, en sentido oeste, el desierto de Sonora (o de Arizona) que se prolonga hasta casi las Californias (la Baja California, en México, y la “alta” en Estados Unidos, con su Valle de la Muerte y los desiertos de Mojave y Colorado).

canija, pero es más del que ya le ande; me pasé al otro lado, tuve que hacerla de alambre” (*El corrido del ilegal*).

La extensa frontera entre México y Estados Unidos no es un territorio homogéneo. Pueden señalarse tres corredores migratorios tradicionales que estarían bien diferenciados: el del oeste, el del centro y el del este, cuya separación parte de las barreras que establecen los propios accidentes geográficos: las dos cadenas montañosas que recorren esa parte del continente de norte a sur. En cada una de las áreas propiamente fronterizas de estas tres zonas se han dado también relaciones con características particulares entre mexicanos y estadounidenses, según estuviera conformada y distribuida históricamente la población. Por último, la percepción de los migrantes también diverge, y así lo registran algunos corridos. Por ejemplo, *Espaldas mojadas*, que dice: “Si va por California es alambre valedor; si vas por Texas y cruzas el río Bravo, serás sólo un mojado sin ley y sin honor”.

Hasta recientemente, los emigrantes solían entrar y salir varias veces de Estados Unidos, según se presentara la demanda laboral o tuvieran que cumplir compromisos con su familia. Por eso, algunos personajes de los corridos explican los diversos modos en que han cruzado, mostrando así su «experiencia» como emigrantes ilegales. Es el caso del narrador de *Los mandados*, que afirma: “Por Mexicali yo entré, y por San Luis Colorado; todas las líneas crucé, *de contrabando* [seco, diríamos, quizá escondido en algún transporte de carga] y mojado”. Y sigue: “Conozco todas *las líneas* [los pasos fronterizos], también los ríos y canales, entre Tijuana y Reynosa, de Matamoros a Juárez, de Piedras Negras a El Paso, de Agua Prieta a Nogales”.

Las denominaciones más frecuentes que los personajes que son emigrantes ilegales utilizan para referirse a sí mismos, y también las que utilizan terceras personas para referirse a ellos, son el adjetivo nominalizado «mojado» y el sustantivo «bracero», por el que el instrumento de trabajo (los brazos) se convierte en oficio. En efecto, al poco de iniciarse el Programa Bracero, así se designa a toda persona que se va al norte a trabajar, sobre todo en el campo, independientemente de su estatus legal (que, como se ha dicho, generalmente acaba siendo «sin permiso»), y «mojado», por su parte, designará a toda persona que cruza la frontera sin documentos o que reside ilegalmente en Estados Unidos.

Como se aprecia, «bracero» pone énfasis en que la persona es un trabajador, mientras que «mojado» enfatiza su situación ilegal, aunque en ambos casos (al igual que en «indocumentado» y en la misma designación de «ilegal») se trata de denominaciones impuestas *desde afuera* del grupo y asumidas como propias, revelando una fuerte determinación de las formas de autoidentificación de los emigrantes según las categorías y representaciones sociales promovidas por quienes ejercen sobre ellos el poder y, en no pocas ocasiones, la dominación.²⁰

Unos dicen que somos mojados, otros dicen que eres ilegal;
unos logran cruzar la frontera, y otros tantos cruzándola están;
unos logran llegar al camino, y otros pobres en él quedarán.

El ilegal^{B21}

²⁰ Puesto que las relaciones interpersonales casi nunca son simétricas, siempre hay quienes tienen más *poder* que otros. Ahora bien, cuando hay *abuso de poder* es cuando aquí se habla de *dominación*.

²¹ Si dos corridos tienen el mismo título, tendrán una letra en superíndice que los diferencie. Al final, en la Bibliografía, se proporcionan los datos respectivos.

Resulta interesante que otro corrido con el mismo título aborda la misma cuestión de las designaciones, pero en un tono completamente diferente, lo que va mostrando ya la diversidad del tratamiento que estas canciones dan al tema migratorio. Si el fragmento anterior era casi un lamento, éste habla con sorna:

No me despedí de los muchachos,
pero ya les mandé una postal.
Dice: “¡Hola, bola de borrachos!,
los extraña su amigo el ilegal.

El ilegal^A

En Estados Unidos, país que impulsa en su momento la difusión del término «mojado», ésta es una palabra despectiva, pero este matiz negativo se aprecia también muchas veces en la sociedad mexicana que permanece en México (sobre todo en las regiones «exportadoras de mano de obra») cuando por envidia, por rivalidad o algún otro sentimiento de este tipo se tratan de devaluar los logros conseguidos por un emigrante. Quien así se refiere a los mexicanos en Estados Unidos suele querer destacar que se trata de personas que, en el país al que han ido, carecen de reconocimiento en el plano social y de libertad en el plano personal.²²

En los medios de información mexicanos y en la academia se prefería hablar de *espaldas mojadas*, designación

²² Entre quienes tienen emigrantes en el entorno más próximo, los sentimientos predominantes han sido la esperanza, el miedo y también, aunque en menor medida, la desconfianza: esperanza de que puedan aliviar la situación económica del hogar que han dejado; miedo de que no puedan volver porque los encarcelen o mueran, y desconfianza porque formen allá otra familia y decidan no regresar –o no enviar más dinero. Últimamente, además, se percibe la esperanza de que el emigrante halle sitio en la sociedad estadounidense para que otros familiares puedan seguirlo, pues según diversas investigaciones muchos de los beneficiarios de las remesas de los emigrantes se han planteado seriamente la posibilidad de emigrar.

que se consideraba más neutra y que también aparece en los corridos, aunque en los últimos tiempos se utilizan sobre todo las designaciones de *trabajadores indocumentados* y de *migrantes*. Esta última categoría enmarca la diáspora mexicana hacia el norte en el conjunto de los movimientos de población que actualmente se dan en el mundo, al tiempo que evita el prefijo que señala la deixis espacial (*emigrante/inmigrante*), prefijo innecesario cuando están en movimiento constante no sólo los sujetos que son objeto de estudio, sino los propios académicos, funcionarios y periodistas que analizan sus comportamientos.²³ En Estados Unidos, entre tanto, la denominación preferida por los sectores reacios a la presencia de mexicanos ha sido «extranjero ilegal», aunque últimamente desde las esferas oficiales se prefiere calificarlos de «no autorizados», denominación en la que quien destaca es quien no aparece: aquél en cuyas manos está conceder o negar esa autorización, es decir, la *autoridad*.

En los corridos, frecuentemente se le quita toda connotación negativa al término «mojado» y se desplaza su significado hasta la connotación inversa, haciendo de esta palabra un signo de identificación grupal que se lleva con orgullo. Sin embargo, también aparece con sentido peyorativo, sobre todo en versos en los que se pone en boca de quienes al parecer comprenden poco a los migrantes: los mexicanos que, desde México, los juzgan duramente; los anglosajones que los quieren fuera de

²³ El que México, país de *emigrantes*, sea también lugar de *inmigración* de centroamericanos en su camino hacia Estados Unidos seguramente también ha influido en que se prefiera el término *desterritorializado* de «migrante», que no especifica ninguna relación entre el «hacia adentro» y el «hacia afuera» territorial tanto de quien habla como de los sujetos referidos. Otra cosa distinta, como se sabe, ocurre en los países de destino, sea Estados Unidos o sea, ahora, España.

sus fronteras y, también, mexicanos que residen legalmente en Estados Unidos.

Como se verá, la condición de «mojado» determinará los vínculos que se establecen con «los otros» por excelencia: los anglosajones, pero también los vínculos con quienes, siendo «de los suyos» (mexicanos), han dejado de ser «los mismos» para convertirse de alguna manera en «otros»: quienes ya están legales o nunca han tenido este «inconveniente». Al mismo tiempo, los emigrantes lucharán discursivamente por no ser considerados «otros» por los mexicanos *de adentro*, y a ello están dedicados numerosos corridos. En las composiciones protagonizadas por emigrantes, hay un esfuerzo notable por construir un «nosotros, los mexicanos» cohesionado y armónico, que pronto veremos lleno de fracturas de diversa índole.

Una y otra vez, los protagonistas se sitúan y resitúan respecto de los dos mundos de los que forman parte (el que han dejado atrás y al que llegan), y muestran que sostienen con ellos una relación tensa que en cierto modo los corridos mismos tratan de disminuir. Según el mundo y el auditorio al que se refieran, reivindicán o deploran unos determinados rasgos como parte de su identidad, de manera que se construyen una representación de sí que, para ellos, sería más justa, pues al partir, los emigrantes no sólo se ven obligados a esconderse o a eludir la vigilancia de las autoridades norteamericanas, sino a explicarse y a justificar su obrar. Al emigrar al norte, sufren descalificaciones y son mirados con desconfianza a ambos lados de la frontera, descalificaciones y desconfianzas ante las cuales ellos responden, en discursos donde se ve con claridad lo que se espera o no se espera de ellos, y lo

que ellos, a su vez, esperan (o no esperan) de sí mismos y de los demás.

Los trabajadores que van a Estados Unidos desean ganarse la estima social *aquí* y *allá*, y al mismo tiempo conservar la estima propia; por ello, realizan un esmerado trabajo de positivación y de autoafirmación encaminado a demostrar a los estadounidenses que no son delincuentes ni parásitos de esa sociedad, sino «buenos trabajadores», y, a sus *paisanos* y a ellos mismos, que aunque estén en Estados Unidos han sido y siguen siendo «buenos mexicanos».

En los corridos de emigrantes —mucho más que en los corridos políticos o en los de narcotráfico—, el personaje principal es, más que una persona, un *tipo*; un conjunto de capacidades e incapacidades determinadas por su condición de ilegal. De hecho, son sujetos con muy pocos atributos que no sean «negativos», es decir, que los definan por lo que *son* y no por lo que *no son*: in-documentados, sin-papeles, i-legales, no-autorizados. El *mojado* del que hablan estas composiciones no es una persona determinada; es *un mojado cualquiera*: uno cualquiera en las estadísticas de muertos en la frontera, uno cualquiera para quienes les «ayudan» a cruzar de modo temerario y uno cualquiera también para quienes habrán de contratarlos y de sustituirlos cuando el rendimiento no sea el esperado. De hecho, apenas hay nombres propios en estos corridos, y cuando los hay se trata de “un hombre al que llamaban Juan”, de “Joaquín y Pedro” o de “Julián”. Características personales hay muy pocas, e incluso en la muerte a veces acaban yaciendo *indistinguidos* en una fosa *común*: “En una fosa común ya descansa *un mexicano*”

que con su vida pagó su delito: ser mojado” (*El mexicano mojado*). En un contexto de coacciones y estigmas, lo que principalmente caracterizará al «mojado» es su perseverancia y su resistencia, su voluntad para no dejarse dominar por los temores y su disposición a sufrir en aras de la vida mejor que imagina.

Esa vida *mejor* que imaginan es de algún modo el eje que vertebra esta obra, pues se analiza la representación del emigrante desde una perspectiva que es principalmente *ética*: los ideales de realización que ponen en juego, lo que se entiende por *vida buena*, el sentido de justicia e injusticia que transmiten, cómo entienden que deben ser las relaciones interpersonales, cómo valoran la legalidad, etc.

El pensamiento que ha motivado gran parte de las reflexiones que aquí se presentan es el del filósofo francés Paul Ricoeur, cuya teoría hermenéutica resulta fructífera en trabajos con textos como los corridos, no tanto porque se pregunte por la conformación de las identidades colectivas, sino sobre todo porque conoce bien el papel de la ficción en la representación de uno mismo y porque entiende que de ninguna práctica social se puede eliminar su dimensión ética y política.

Así pues, ha de tomarse la noción de *vida buena* en el sentido que Ricoeur le atribuye en su «pequeña ética»: «Para cada uno, la nebulosa de ideales y de sueños de realización respecto a la cual una vida es considerada como más o menos realizada o como no realizada».²⁴ De alguna manera, los capítulos que siguen copian la estructura *triádica* del «objetivo ético» que, según la

²⁴ Paul Ricoeur, *Sí mismo como otro*, Siglo XXI Editores, México, 1996 [1990], p. 184.

tradición aristotélica, persiguen todas las personas: *alcanzar la vida buena, con y para otros, en instituciones justas*. De este modo se abordan —tanto desde una perspectiva *teleológica* (de lo que se busca) como desde un punto de vista *deontológico* (del *deber-ser*)— las relaciones de uno consigo mismo, las relaciones que cada cual sostiene con quienes convive de forma próxima y también las relaciones que establecemos con quienes uno vive y a quienes no conoce, es decir, con el conjunto de la sociedad y sus instituciones.²⁵

Para la realización de este trabajo se han analizado más de medio millar de corridos, prácticamente todos ellos de «oralidad secundaria», es decir, grabaciones discográficas que se han podido adquirir (por mí misma o por otros investigadores) en locales comerciales y puestos callejeros, aunque algunos proceden de fuentes bibliográficas fruto de investigaciones que recogieron en otro tiempo corridos y canciones nunca grabadas por los intérpretes.²⁶ En este sentido, la selección del *corpus* la rigue el carácter *popular* de las composiciones; es decir que no se han considerado apenas corridos o canciones hechas por músicos u otra gente con educación formal, porque aunque ha cambiado el perfil del migrante, los que hacen y escuchan mayoritariamente

²⁵ De la amplia obra de Paul Ricoeur, han servido de inspiración principalmente, además del ya citado *Sí mismo como otro, Amor y justicia* (Caparrós Editores, Madrid, 1993), *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II* (Fondo de Cultura Económica, Argentina, 2000), *Lo justo* (Caparrós Editores, Madrid, 1999) y su obra póstuma *Caminos del reconocimiento* (Editorial Trotta, Madrid, 2005).

²⁶ Hoy por hoy, las recopilaciones que pueden hacerse en investigaciones con «trabajo de campo» incluyen también grabaciones, pues no sólo los artistas que dan conciertos masivos presentan en ellos lo que han grabado previamente en discos, sino que los cantores de plazas y autobuses frecuentemente también venden sus casetes y discos compactos, aun con producciones muy «caseras».

corridos son gente que por su condición socioeconómica difícilmente culmina niveles educativos superiores a la primaria.

II

“VOY BUSCANDO OTRO DESTINO”

MIGRACIÓN E IDEAL DE VIDA

“Todo por querer ganar un poquito de dinero”

Cuando, para conocer el ideal de vida de los personajes emigrantes, se analiza lo que es considerado *bueno* en los corridos, cuando se busca qué idea de *vida realizada* guía como fin último sus acciones, cuando se identifica sobre qué deliberan y qué eligen, salta a la vista, por encima de cualquier otra consideración, que *el fin son los medios*, es decir, que el objetivo que persiguen al emigrar es tener la posibilidad de conseguir medios económicos. El protagonista de *Tierra ajena*, por ejemplo, nos dice: “Con la ilusión de mi vida me fui a cruzar la frontera; quería salir del abismo de la maldita miseria”, y en *Despedida de un nortño*, un corrido que se cantaba ya en las primeras décadas del siglo pasado, se afirma: “Adiós, mi patria querida, yo ya me voy a ausentar, me voy a Estados Unidos, donde pienso trabajar (...) Me voy a Estados Unidos a buscar manutención; adiós, mi patria querida, te llevo en el corazón”.

Ahora bien, estos *medios* no son un fin en sí, sino más bien un fin *intermedio* que les permita a los personajes plantearse unos fines verdaderamente dignos de tal nombre.²⁷ De hecho, aunque algunos personajes afirmen que migran explícitamente para “ganar billetes”, “cosechar dinero” o “juntar dólares”, su finalidad última suele ser mejorar las condiciones de vida de

²⁷ Una clara diferencia entre los corridos de migración y los corridos de narcotráfico es que en estos últimos el dinero es el fin por excelencia, ya que con él vienen la capacidad de influencia y el prestigio social, dos valores que, como veremos, tienen poca relevancia en las canciones de migrantes.

sus seres queridos: “Dije adiós a mis hermanos con pena en el corazón; me fui a buscar pa’ mis hijos sustento en otra nación”, nos cuenta el protagonista de *Triste aventura*, mientras que el de *Me fui pa’l Norte* dice: “Adiós, vida, me voy para el Norte; voy buscando el bien para ti; si me esperas a que yo regrese, volveré para hacerte feliz”. Puede darse el caso, incluso, de que si las acciones de algún personaje pudieran sugerir que se ha olvidado de que el dinero no es un fin en sí, se sienta en la obligación de disculparse, como ocurre en *Ando lejos de mi tierra*, donde el protagonista afirma: “Yo no vine al extranjero con el fin de hacer fortuna, pero a veces el dinero solamente nos deslumbra”.

Muy poca deliberación hay, sin embargo, sobre *el medio* conveniente de alcanzar *los medios*, porque estos personajes parecen no estar en condiciones de poder elegir entre varios cursos de acción posibles.²⁸ Si, a nivel de género, los corridos efectivamente pueden considerarse una deliberación pública sobre las vías realmente factibles que tienen los pobres para conseguir la movilidad social (el narcotráfico sería la otra vía privilegiada), sólo de forma excepcional se sopesan, en un mismo corrido, las conveniencias y los inconvenientes de preferir un camino u otro. En los corridos *de migrantes*, irse al Norte se maneja como la única vía posible.²⁹ Lo dice el narrador de *Ahí viene la migra*, cuando afirma que estos textos cuentan “la historia del pobre que, huyendo

²⁸ Como ya indicara Aristóteles en el libro III de su *Ética a Nicómaco*, la deliberación sólo es pertinente cuando hay que decidir entre varias opciones.

²⁹ «Vivir mejor» mediante el trabajo sólo parece concebible en Estados Unidos, donde los salarios, con ser muy bajos para los trabajadores sin papeles, son mucho más altos que en México. Asimismo, influyen la diferencia del valor de los ingresos en una moneda u otra, la diferencia en el monto del salario mínimo y el que el empresariado mexicano tenga la costumbre, tan lamentable como arraigada, de obtener utilidades a partir de la contención del gasto en el pago a los trabajadores.

de la miseria, *sólo tiene una esperanza*: llegar hasta la frontera”.

Hay que llegar a la frontera y conseguir cruzar —objetivo que, más que un fin, es *el principio*. Ahí se pone a prueba la esperanza; ahí se hace posible la aspiración de vivir una vida que podamos calificar de *buena*; sólo de «aquel lado» parece vislumbrarse como factible el objetivo ético de *vivir bien*.

Ya no llores, madrecita, yo sé que te hago sufrir;
deja rifarme mi suerte, voy buscando un porvenir.
Rifaré mi suerte

Yo soy uno de los ilegales,
de esos que andan brincando el alambre,
cruzando canales para progresar.
(...)
Yo conozco muy bien la pobreza,
no ambiciono poder ni riqueza,
tan sólo yo quiero mi vida cambiar.
El ilegal^B

Estos emigrantes se van, pues, a Estados Unidos en busca de la posibilidad de una vida *mejor*; incluso van «simplemente» en busca de una vida que merezca llamarse tal: “Cansado de no *ser nadie*, decidí rifar mi suerte”, dice el protagonista de *Tanto tienes, tanto vales*, mientras que otro asegura: “Voy a Estados Unidos para *ganarme la vida*” (*Corrido del inmigrante*). Esta frase común, «ganarse la vida», si la consideramos con el trasfondo de «no querer ser nadie», remite de inmediato a ese sentido de *vida* como unidad total de la persona cuando pone sobre sí la mirada de la valoración y del examen. Estos personajes querrían poder sentir estima y respeto de sí, al igual que cualquier persona que *puede decidir cómo actuar* y que luego, retrospectivamente, valora sus

acciones y sus decisiones. Los emigrantes, en definitiva, buscan evadir el destino que el sistema social parece tenerles reservado y ampliar sus posibilidades de llevar la vida que les gustaría vivir.

Yo, como muchos, me fui de bracero
a ver si así me cambiaba mi suerte;
me había cansado de ser un minero,
decían que allá se ganaban billetes,
que fácilmente me haría de dinero,
y esa idea yo llevaba en mi mente.

Espejismo de un bracero

Para que este plan pueda ser realidad, parece haber un requisito ineludible y cruel: que para *mejorar*, los emigrantes deben *empeorar*. En efecto, para poder *ser alguien* deben desprenderse de los pocos recursos que tengan, tanto materiales como sociales. El protagonista de *Tanto tienes, tanto vales*, que acabamos de citar, señala que decidió rifar su suerte “vendiendo lo que tenía, que era muy poco, por cierto”, y agrega a continuación: “Abandoné a mi familia y me aventuré pa’l norte”. Igualmente lo declara el narrador de *Los ilegales*^A: “Para llegar a esta tierra, yo vendí lo que tenía; en mi lejano pueblito dejé lo que más quería”.

Ya en Estados Unidos, han de anular también las pocas capacidades con que contaban, como la capacidad de negarse a obedecer.³⁰ Por ello, relatan con pena el haber tenido que “inclinarse la frente para cobrar la semana” (*La tumba del mojado*), o el haber sufrido “vergüenzas y humillaciones para conseguir trabajos” (*Los ilegales*^A). El narrador del corrido titulado significativamente

³⁰ Según Arturo Cano y Alberto Nájjar, el principal requisito para que a los «trabajadores huéspedes» les sea renovada su visa H-2A es la obediencia, por encima incluso del rendimiento, que por cierto debe ser máximo. En “Mexicanos en la lista negra”, artículo de Arturo Cano y Alberto Nájjar publicado en *La Jornada*, suplemento Masiosare N° 355, el 10 de octubre del 2004.

Peor que antes explica bien esta situación:

Quería andar el mundo y salí de mi tierra,
en otras ciudades soñé progresar;
y el tiempo ha pasado y estoy peor que antes,
y siento en mi pecho deseos de llorar.
¿Cuándo volveré; cuándo, gran Señor?

Los personajes emigrantes parecen dispuestos a asumir una serie de sacrificios con tal de obtener los medios que les permitan alcanzar los objetivos de mayor importancia. El protagonista de *La bracera* relata, por ejemplo, que iba “dispuesto a la chamba saliera lo que saliera: pizqué limón y naranja, subía y bajaba escaleras”. Y todo, como dice el verso de *Frontera Internacional* que encabeza este apartado, “todo por querer ganar un poquito de dinero”. Lo trágico de esta decisión es que, con frecuencia, ese dinero “es la causa fatal de que mi hermano, al pasar, haya muerto allá en el cerro” (*Ibidem*). El que decide emigrar deja *lo que tiene*, anula *lo que puede* y casi deja de *ser*, cuando no verdaderamente de *existir*.

Las dificultades, por supuesto, no terminan cuando se consigue cruzar la frontera y llegar *al otro lado*. Los emigrantes tienen que encontrar trabajo, evitar ser deportados y poder ahorrar dinero. Lamentablemente, en este proyecto vital no hay apenas *patrones de excelencia* que garanticen el *bien-hacer*, ni *reglas* que aplicar en cada caso, ni *ejemplos* a seguir. De hecho, cuanto más recientes los corridos, menos consejos contienen sobre los procedimientos para alcanzar el éxito en esta empresa, y en las composiciones de los últimos 20 años nada queda ya de las verdaderas «instrucciones de viaje» que contenían los corridos

de antaño.

La emigración, un corrido de los años 30, decía, por ejemplo:

Apunta, querido hermano, cuándo y por dónde pasaste,
amo con quien trabajaste y conserva esto a la mano.
(...)
Prepara los papelitos, con ellos hay que probar
que cumplimos al pasar con todos los requisitos.

El *saber* actual, en cambio, se limita a generalidades como: “Sabía que necesitaría más que valor” (*Tres veces mojado*) o “tú sabes dónde naciste, no dónde quedas” (*Al sur del Bravo*). La única certeza parece ser el desamparo.³¹

Ahora bien, al emigrante lo empuja fuertemente la *ilusión*. Los hermanos Joaquín y Pedro, por ejemplo, protagonistas de *Un noble engaño*, “traían grandes ilusiones, de tanto que oían hablar, de llegar a Houston, Texas, y ponerse a trabajar”. Lo mismo los personajes que “un miércoles abordaron aquel vagón de la muerte con la ilusión de ganarse la vida honradamente” (*El vagón de la muerte*). Sin embargo, para casi todos ellos, y para tantas otras personas, “sus ilusiones quedaron en una fría sepultura” (*Ibidem*).

Los propios protagonistas se presentan también como *ilusionados* en el momento de partir, sea cual sea el desenlace de su aventura: “Me fui para la frontera con una ilusión muy grande para ganar unos pesos y a mi tierra regresarme. La sorpresa que llevé, después de haber batallado, que casi para llegar los güeros

³¹ Esta situación no implica que los corridos dejen de contener «regulaciones de comportamiento», pero no se refieren ni a las posibilidades de legalización ni a la forma de cruzar la frontera.

nos agarraron”, dice el protagonista de *La frontera*, mientras que el de *Orgullo mexicano* nos cuenta: “Con una gran ilusión brinqué al lado americano y trabajé con pasión a través de muchos años; ahora, de esta gran nación también ya soy ciudadano”. Sin embargo, cuando las cosas no salen como se esperaba, no es extraño que los personajes hablen de “falsa ilusión” —que es como se titula uno de los corridos de la muestra— e incluso de “ilusión calenturienta del dinero”, como se dice en *La discriminación*:

Dejé mi patria por mi afán aventurero
y a California me marché sin dilación;
por la ilusión calenturienta del dinero
partí en pedazos de mi madre el corazón.

Aunque los personajes emigrantes suelen aceptar las consecuencias de su decisión de emigrar, incluso si les causa mayores sufrimientos, en algunas pocas canciones y corridos se manifiestan arrepentidos. El protagonista de *El dólar* nos narra su transformación:

Allá en el otro lado, el dólar me hace señas
y cruzo la frontera con desesperación.
Dejando abandonado el rancho y mi parcela,
me lleva la esperanza de allá vivir mejor.
(...)
Cargado de ilusiones, me lanzo a la aventura
y encuentro la amargura de allá sufrir lo peor.

Pues todos me desprecian y nadie me comprende,
no puedo ser feliz;
confirmando en carne propia que allá no son las cosas
igual que en mi país.

Ya el dólar no me engaña, regreso arrepentido;
mi tierra me reclama, yo debo aquí vivir.

Además de *ilusionados*, los emigrantes con frecuencia son presentados como *soñadores*, si bien de sueños “que se han truncado”, que “ni aquí ni allá podrán realizar” o que, directamente, “se fueron al carajo”.³² Se trata de una representación en cierto modo cándida —de alguien *iluso*, más que *ilusionado*— que se ve reforzada en versos como los del corrido *Yo soy mexicano, señores*, donde el protagonista relata que: “Por ahí cantaba la gente que en el Norte el dinero se barría con la escoba, y nosotros, *creyéndonos el cuento*, decidimos venirnos para acá”.

No cabe duda de que los emigrantes mexicanos, después de siglo y medio de experiencia migratoria, no son en absoluto ingenuos, aunque ésta sea la imagen que ha predominado de ellos en México a lo largo de la historia. Como bien señalan Leticia Calderón Chelius y Jesús Martínez Saldaña en *La dimensión política de la migración mexicana*:

A los migrantes se los cataloga, clasifica y cuantifica. Se los incluye en discursos parlamentarios que se lamentan de su situación vulnerable pero que no llegan a leyes que los beneficien efectivamente, y reiteradamente se los presenta a través de los medios de comunicación casi exclusivamente por los eventos que permiten explotar su situación desde la nota roja. Este manejo los coloca como meras víctimas de un proceso que escapa de sus manos como si ellos no reaccionaran de alguna manera, arriesgándose, enfrentándose e incluso desafiando el orden establecido.³³

³² Citas provenientes de *El mexicano mojado*, *Ni aquí ni allá* y de *El centroamericano*, respectivamente.

³³ Leticia Calderón Chelius y Jesús Martínez Saldaña, *La dimensión política de la migración mexicana*, Instituto Mora, México, 2002, p. 12.

Sigue prevaleciendo la desconfianza en la capacidad crítica de los migrantes, y se ha llegado recientemente al extremo de querer transmitirles los mensajes de alerta sobre los peligros de cruzar clandestinamente la frontera a través de «medios que ellos entiendan», de manera que el Servicio de Aduanas y Protección de Fronteras de Estados Unidos se ha planteado la posibilidad de contratar los servicios de grupos musicales mexicanos para que graben corridos como *spots* publicitarios *ad hoc* con el fin de disuadir a los migrantes potenciales. No cabe duda que los mexicanos, en su conjunto, saben bien los peligros que entraña pretender entrar al país vecino clandestinamente; sin embargo, en el 2004 el veinte por ciento de la población mexicana consideraba la emigración a Estados Unidos como una opción de vida.³⁴

³⁴ Este es uno de los resultados de la *Encuesta Mitofski* realizada en enero del 2004 sobre un posible acuerdo migratorio, resultados que Soledad Loaeza comenta en “Cuestión de percepciones” (*La Jornada*, 29 de enero, 2004). Según Loaeza, «esta cifra tan elevada puede ser leída como siempre: estos mexicanos están expresando su frustración ante nuestra incapacidad para generar perspectivas de futuro en México. Sin embargo, esta respuesta también puede ser interpretada como una medida de un profundo y significativo cambio en la sociedad mexicana, que mira el mundo exterior ya no como una amenaza, sino como una oportunidad». Aunque seguramente tenga razón, los corridos no reflejan aún ningún cambio de actitud destacable en este sentido, como se hará patente más adelante.

**“Ser mojado nunca es fácil
para el que nunca lo ha sido”³⁵**

La representación que los corridos hacen del emigrante varía si éste va a intentar cruzar por primera vez la frontera o tiene ya alguna experiencia en hacerlo, aunque todos tendrán que vencer el miedo a no superar las notables exigencias físicas de las zonas de cruce clandestino, el miedo a ser abandonados a media travesía, así como el miedo a ser aprehendidos o asesinados. El corrido *Vamos a cruzar, Julián*, corrido de muy pocos versos pero de gran fuerza dramática, muestra bien la inseguridad del primerizo y la confianza que hay que depositar en los *polleros*, que son en realidad unos desconocidos:

Allá me están esperando; esperando, así dicen;
si es verdad que allá me esperan, será verdad lo que dicen.

Dicen que están deportando a mil braceros por hora;
aunque tengo mucho miedo, yo me meteré en la bola.

Cruzar es morir un poco, dijo el sabio en la frontera;
el sabio tenía razón: ellos quieren que me muera.

Vente conmigo, Julián, iremos al otro lado,
no hay nada peor, Julián, que un mojadito espantado.

Julián, ya estamos llegando, ahorita estamos cruzando;
¿será verdad lo que dicen, que allá me están esperando?

Ahora bien, la situación de vulnerabilidad del emigrante no disminuirá cuando alcance —si alcanza— la localidad estadounidense que se haya marcado como destino, pues ahí tendrá

³⁵ Verso de *Cuando llegan los mojados*.

todavía que encontrar un empleo, esperar que no lo denuncien o lo descubran y, si trabaja, esperar que le paguen. Su preocupación la resume el siguiente personaje, que implora: “Que no me agarre la migra, no quiero ser deportado; si no, de nada ha valido el sufrimiento pasado” (*Ahí viene la migra*).

Son tantas las dificultades a las que los emigrantes indocumentados deben hacer frente, y tanta la incertidumbre que rodea sus acciones, que los corridos de migración apenas hablan de lo que a estos personajes les gustaría ser y hacer con su vida una vez conseguido el fin intermedio de los medios. Poco conocemos de su idea de futuro; de hecho, no le falta razón al protagonista del corrido *De paisano a paisano* cuando afirma que lo que los migrantes buscan al “explorar otras tierras” es “darle a [sus] hijos un mañana mejor”, puesto que, si llega a haber un mañana mejor, sin duda será para los hijos, difícilmente para ellos.

En este sentido, es destacable que en bastantes corridos lo más claro del ideal de vida es el ideal de muerte, y ello independientemente del éxito que haya alcanzado la persona con relación a sus proyectos. Así, el mismo personaje que acabamos de citar afirma después, con cierto énfasis exagerado:

Si la muerte me alcanza en su loca carrera,
envuelto en mi bandera que me lleven allá,
que me canten el himno de mi patria diez meses,
o me muero dos veces si me entierran acá.

De paisano a paisano

Algo similar quisiera “un rancharo valiente [al que] hicieron prisionero”, quien, enfermo en su celda, ruega: “¡Ay, virgencita morena, no quiero morir aquí, quiero morir en mi

tierra!” (*Lamento de un bracero*). En el extremo vitalmente opuesto se encuentra *El mojado acaudalado*, que ha conseguido sus objetivos pero que, sin embargo, a pesar de ser ahora rico, dice que quiere volver a México a morir:

Adiós, adiós California, Texas, Chicago, Illinois,
me llevaré su recuerdo porque a mi tierra me voy,
pues aunque tenga dinero, no soy feliz donde estoy.

(...)

Me está esperando México lindo, por eso mismo me voy a ir;
soy el mojado acaudalado, pero en mi tierra quiero morir.

Ricos o pobres, felices o infelices, presos o en libertad, el anhelo es similar: “Diosito santo, haz que yo vuelva, cuando dispongas que he de morir, pa’ que mi cuerpo quede en la sierra de esa frontera donde nací” (*Esas fronteras*). Los corridos dan cuenta, en versos como éstos, de una práctica presente entre los mexicanos, pues los familiares de muchos de los emigrantes que mueren en Estados Unidos se esfuerzan por cumplirles su deseo de descansar para siempre en «su» tierra.³⁶

Como puede verse, la forma de cruzar la frontera (pasar *de mojado*) se vuelve condición ontológica: *ser un mojado*, condición que muchas veces no se supera ni adquiriendo la residencia legal, ya que, como advierte el protagonista de *Las redadas*, “hasta los que traen papeles sufren discriminación”. Así pues, aparte de los “crucé”, “llegué” o “vine” *de mojado*, encontramos que “porque

³⁶ De acuerdo con los datos que Naomi Adelson proporciona en “Que digan que estoy dormido... Los migrantes que mueren del *otro lado*”, el promedio de traslados de cadáveres tan sólo del consulado de México en San Francisco (que tiene a su cargo 14 de los 58 condados de California) hasta algún punto del interior del país fue, de 1999 al 2003, de 18 al mes. (Artículo publicado en *La Jornada*, suplemento Masiosare N° 312, 14 de diciembre, 2003.)

somos los mojados siempre nos busca la ley, porque estamos ilegales y no hablamos el inglés” (*Vivan los mojados*). Por su parte, el protagonista de *Cerros azules* cuenta que: “por ser mojado, fui encarcelado; por mexicano, discriminado y pa’ mi patria fui deportado”. La circunstancia de no tener permiso de residencia condiciona la vida de estos personajes, su modo de ser y de estar en el mundo:

Ando padeciendo por acá en el Norte;
no tengo papeles, vine de mojado;
sólo la esperanza de ganar billetes
hace que me aguante como desterrado.
¡Cuánto sacrificio, cuántas decepciones!,
¡cuánto sufrimiento para los mojados!

Como desterrado

Aunque en los próximos capítulos veremos en qué medida la excepcional ocasión de poder presentar una imagen de sí que los emigrantes mismos consideren positiva es aprovechada para cuestionar los lugares comunes que los representan como seres pasivos o indefensos, aquí, sin embargo, nos detendremos en la correlación entre *agente* y *sufriente*.³⁷ Porque, en la mayoría de los corridos de migración y en otras canciones populares sobre este tema, el *paciente* es inequívocamente *sufriente*, y el *sufriente* aguanta con *paciencia* su *padecer*, según se extrae del análisis del tipo de participación que estos personajes tienen en las acciones

³⁷ Seguimos en esto a Paul Ricoeur, que prefiere hablar de *agente* y *sufriente*, más que de *agente* y *paciente*, para subrayar la dimensión antropológica de la acción ejercida por alguien sobre otra persona, es decir, para destacar la *vivencia* de quien ve reducida o anulada su capacidad de obrar precisamente debido a las acciones de otro.

concretas que son relatadas.³⁸

En efecto, los emigrantes son «perseguidos», «golpeados», «encarcelados», «deportados» y otros procesos semánticos en los cuales el papel de *actor* (de *agente*) corresponde a otras personas, mientras que a ellos les corresponde ser los *receptores de la acción*. Como se aprecia, se trata de acciones que no solamente se *reciben*, sino que efectivamente implican sufrimiento: sufrimiento físico, pero también un sufrimiento que resulta de ver impedida su capacidad de actuar, pues, como diría Ricoeur en su obra *Sí mismo como otro*, «el sufrimiento no se define únicamente por el dolor físico, ni siquiera por el dolor mental, sino por la disminución, incluso la destrucción de la capacidad de obrar, de poder-hacer, sentidas como un ataque a la integridad del sí».³⁹

Pero, además, cuando los personajes emigrantes son los *actores*, muchas veces se trata de procesos semánticos como «huir», «ocultarse» o «defenderse», en los que la *acción* es más que nada una *reacción*, es decir, una respuesta a la *iniciativa* de otros. Por otro lado, algunas acciones que emprenden los emigrantes por iniciativa propia van calificadas de modo tal, o acompañadas por unos complementos tales, que desplazan por completo el foco de la acción. Por ejemplo, en “dejé las tumbas de mis padres, mis abuelos, [y] *llegué llorando* a tierra de anglosajón” (*Mis dos patrias*), o en: “A México me regreso *muy triste y decepcionado*” (*El hijo olvidado*). Incluso podemos ver la transformación total de

³⁸ En las alusiones a la representación semántica de los actores sociales, tomo como referencias principales la gramática sistémico-funcional de M. A. K. Halliday y las reelaboraciones que de ella ha hecho Theo van Leeuwen. También me apoyo en analistas críticos del discurso como Luisa Martín Rojo y Norman Fairclough, y en psicólogos sociales como Héctor Grad.

³⁹ Paul Ricoeur, *Sí mismo como otro*, *op. cit.*, p. 198.

la *agentividad* en *pasividad* en los célebres versos: “Yo no crucé la frontera, la frontera me cruzó” (*Somos más americanos*).

En la representación discursiva de los sujetos sociales son muy importantes, además de los procesos semánticos «materiales», los que se conocen como procesos «mentales», que son aquéllos vinculados a verbos que se refieren a la emoción, a la cognición y a la percepción. Pues bien, cuando se analiza la participación de los emigrantes en este tipo de procesos se observa que predominan los que se acercan más al polo de la infelicidad que al de la felicidad, al de la insatisfacción que al de la satisfacción, al de la tristeza que al de la alegría. Y no sólo porque las ilusiones se frustren o los sueños se rompan, sino porque algunos de los procesos en los que aparecen involucrados son, por ejemplo, «temer», o «sentir nostalgia», o «desear» una mejor vida, o «rogar» a Dios protección⁴⁰. Asimismo, «saben» que algunas cosas que les dicen son mentiras, «no saben» cuándo podrán volver, «piensan» cómo arreglarán su situación legal y, sobre todo, una y otra vez «recuerdan».

Ciertamente no es extraño que en una narración sobre la vida propia haya numerosos procesos semánticos mentales, pues normalmente se habla de sentimientos que se han experimentado, de lo que se ha visto o dejado de ver, así como de las ideas o pensamientos que se han ido teniendo. Ahora bien, lo que importa de este tipo de análisis es ver que los pensamientos y los sentimientos que predominan al construir(se) el personaje

⁴⁰ «Rogar», en cualquier otra circunstancia —en una circunstancia mundana— sería un proceso «verbal», pero al dirigirse el ruego a Dios o, más comúnmente, a la Virgen, este proceso no puede ser sino «mental»: pensado y sentido.

emigrante redundan en una imagen de gran fragilidad. De hecho, es tal la entidad de los procesos mentales que a veces se *materializan*, como en *Al sur del Bravo*, donde el narrador nos cuenta que ha visto a “hombres muy hombres (...) *vencidos por la añoranza* de un gesto amable”.

Los emigrantes, entonces, *sufren*, y sufren mucho, pero a pesar del último ejemplo señalado el rasgo más característico de su personalidad es la fuerza de voluntad: su perseverancia, su obstinación, su resistencia y su fe. “La cosa nunca fue fácil, pero siempre tuve fe; dondequiera que yo anduve en mil cosas trabajé”, afirma el narrador de *Tanto tienes, tanto vales*.

Por otro lado, también tratan de no pasar mal la vida, tratan de *vivir bien* —o lo mejor que pueden. Pero, ¿cuál es el sentido de vivir-bien para estos personajes? La respuesta, en concordancia con prácticamente todas las caracterizaciones que de ellos ponen en juego los corridos (basadas en lo que *no* son, lo que *no* tienen, lo que les *falta*, etc.), ha de plantearse también en términos «negativos»: lo que no se desea, *lo que no debe ser*, es la tristeza.

El equilibrio entre pesares y alegrías es ciertamente frágil, pero todo parece posible mientras no se sucumba al desánimo, estado que a tenor de los corridos lleva casi irremediablemente a «la perdición». Los hombres y mujeres a quienes la añoranza vence, con frecuencia “se hunden en vicios, ya si coraje” (*Al sur del Bravo*).

De este modo, y quizá por contraste, se valoran grandemente los pocos momentos felices que los emigrantes disfrutaban: los días que salen de paseo, las tardes de baile, las

semanas de invierno cuando regresan a sus lugares de origen y, a veces, incluso, la concesión del permiso de residencia. Ganen más o ganen menos dinero, los emigrantes procuran darse algunos momentos en los que se haga patente que no han caído en la tristeza —o los buscan para conjurarla—, y esos momentos suelen ser de reunión con otra gente para convivir y “gozar”.⁴¹ Por eso, las limitaciones que impone la vida en la clandestinidad se viven con una inconformidad que rebasa la esfera legal: se viven con verdadero *disgusto*. “Yo no sé lo que me pasa —dice el protagonista de *Jaula de oro*— que, aunque soy hombre de hogar, casi no salgo a la calle, pues tengo miedo que me hallen y me puedan deportar”. La conjunción concesiva «aunque» nos hace saber que a pesar de que el personaje es un hombre hogareño (lo que argumentaría en favor de la conformidad con ir únicamente “del trabajo a [su] casa”), echa en falta poder salir a su antojo a la calle. En esta situación se pregunta: “¿De qué me sirve el dinero si estoy como prisionero dentro de esta gran nación?”, y concluye que “aunque la jaula sea de oro, no deja de ser prisión”.

⁴¹ Estos momentos festivos son los únicos momentos en que la vida-buena es vivida *con* otros, pues fuera de ellos los personajes emigrantes prácticamente sólo viven *para* otros, en particular para los hijos.

“Cómo recuerdo a mis seres tan queridos y es mi regreso mi más grande ilusión”⁴²

La ruptura familiar a que obliga la migración se vive de forma muy dolorosa, pues tanto los que se van como los que se quedan tienen plena conciencia de las muchas posibilidades que hay de que los que parten ya no vuelvan, bien sea porque no puedan o porque no quieran volver. Los peligros ciertos de muerte, más la mezcla de anhelos, afectos y recelos, hacen que este tema sea sumamente rico tanto a nivel de los individuos particulares como a nivel social, pues un determinado modo de entender la relación entre los miembros de la familia se ha hecho representativo de lo que se supone que es el modo de ser del «emigrante mexicano».

Según el discurso de los corridos, los emigrantes deben hacer constar que no olvidan a «los suyos», que siguen pendientes de ellos, asumiendo como propios tanto sus problemas como sus alegrías. El carácter obligatorio de este comportamiento queda claro cuando en corridos como *El emigrante* se dice en tono de reproche que “ya cuando están arreglados”, es decir, cuando consiguen el permiso de residencia permanente, “muchos a su familia... ya la han olvidado”, a diferencia de lo que ha hecho el protagonista, y de lo que presume con orgullo.

En efecto, la mayoría de los personajes emigrantes piensan en sus familiares (y en su tierra) constantemente; sufren por no tenerlos cerca y le piden al cielo que los proteja:

⁴² Versos del corrido *Bracero, bracero*.

A trabajar yo he cruzado la frontera,
recordando a mi familia con dolor;
que la Virgen los proteja mientras vuelvo,
por las noches le ruego a mi lindo Dios.⁴³

Mexicano cien por ciento

Ahora bien, el compromiso que se tiene con la familia no se limita al deber de recordarla, a tenerla presente en el pensamiento siempre: el emigrante tiene que *dar constancia de sí*, y a ser posible *económicamente*, pues en él están puestas más expectativas que sólo las suyas. El narrador de *Los mojados* explica claramente lo que *se debe hacer*:

Por eso digo, paisanos: regresen a sus hogares,
y amor, ternura y dinero les den a sus familiares.

A todos los que se encuentran en los estados del norte:
no malgasten el dinero, mándenlo a sus hogares.

Algunos corridos y canciones plantean una significativa oposición entre «ricos» y «pobres» por los motivos que los impulsan a salir de México, por la vida que llevan en el extranjero y por la distinta vinculación que unos y otros establecen con su lugar de origen. Así, el narrador de *El otro México* señala que: “Mientras los ricos se van por el extranjero para esconder su dinero y por Europa pasear, los campesinos que venimos de mojados casi todo se lo enviamos a los que quedan allá”. Para unos, lujo y disfrute; para otros, necesidad. Unos sólo miran su provecho propio, otros manifiestan solidaridad, y, muy importante —porque se trata de una idea recurrente en las canciones populares—, unos desfalcan

⁴³ Los emigrantes son representados como practicantes del catolicismo, y en particular como devotos de la Virgen de Guadalupe, a quien se considera «patrona de México y emperatriz de América».

al país, mientras que otros lo enriquecen, incluso a costa de sí mismos.⁴⁴

En la representación de los emigrantes indocumentados suele sufrirse hondamente por no tener libertad para ir y volver, libertad de la que sí gozan los que salen de México con recursos económicos. Por eso, una y otra vez se escucha cuán triste es “encontrarse ausente de la tierra donde uno ha nacido, y más triste si no están presentes los amigos y los seres queridos, que el destino nos hizo dejarlos, mas el alma jamás ha podido”, como afirma, declamando, el protagonista de *Pueblo querido*.

Inclusive en los excepcionales corridos en los que los emigrantes parecen llevar una vida plena en Estados Unidos, sale a relucir —y de modo imperativo— la responsabilidad que tienen con sus familiares más próximos. En *Adiós a mis padres*, por ejemplo, dice el protagonista:

Aquí en el Norte yo sí soy muy dichoso,
pero algo tengo que no puedo olvidar:
son a mis padres que dejé abandonados,
pero algún día tengo que regresar.

Adiós paisanos, que se encuentran tan lejos,
sólo les digo que sí hay que regresar
a nuestras tierras que alegres nos esperan,
con nuestros padres que nos extrañarán.

Por este compromiso —también económico— que los migrantes tienen con sus familiares que permanecen en el país,

⁴⁴ Cada vez de manera más determinante, el dinero que los emigrantes envían a sus familiares ayuda a que la economía mexicana se sostenga, pues mantienen el consumo interno, evitan distorsiones mayores en la balanza de pagos y compensan el déficit de la cuenta corriente, generado principal y paradójicamente por la deuda externa. En el año 2003, México llegó a ser el primer receptor mundial de remesas, al ingresar casi 13,500 millones de dólares. En el 2006, esa cifra superó los 25 mil millones de dólares.

el protagonista de *El mexicano mojado* (un migrante que está moribundo a raíz de los golpes que le propinaron los agentes fronterizos cuando lo detuvieron) le pide a un amigo que escriba a sus padres para que no sufran por su silencio, que les diga que “está triunfando” y que se lo demuestre enviándoles “el dinero que al Estado le saque por la golpiza”. Ese dinero, que suple al que debía ganar trabajando, tiene un fin que seguramente fue establecido antes incluso de la migración misma: “El dinero —dice el personaje— se lo entregas a mis padres pa’ que pongan su hortaliza; de mi padre, su gran sueño; de mi madre, su gran dicha”.

Los emigrantes parecen tener también la obligación de no hacer mayor el dolor que provoca la distancia. Este mismo personaje le pide a su amigo que, al escribir a sus padres, les haga creer que está vivo. En *Pasaporte a la muerte* habla otro moribundo, que dice: “Mis amigos, muero ausente de mi tierra y de mi gente, ojalá y que no se enteren, pa’ que no lloren mi muerte, y si acaso les preguntan, sólo digan que ando ausente”.

Es una actitud reiterada el retrasar cuanto sea posible el sufrimiento por una pérdida. En *Los cuatro de Guerrero*, el sobreviviente de un grupo que intentó cruzar “se regresa pa’ Guerrero diciéndole a sus familias que tres estaban en San Diego; sus familias y sus hijos los esperan en su pueblo, sin siquiera imaginarse que en Tijuana tres murieron”. El protagonista del corrido titulado nada menos que *Un noble engaño se ve*, por su parte, en la obligación moral de suplantar a su hermano muerto en las cartas que remite a su familia. Cuenta la historia que:

Joaquín tenía quince años, Pedro tenía dieciséis,
venían pa' Estados Unidos, salieron de Monterrey.
(...)

A Joaquín se le hizo fácil el Río Grande cruzar,
pero el Río Grande iba lleno y no lo pudo lograr.
Pedro lloraba el fracaso, casi perdió la razón
al ver a su hermano ahogarse en ese río traidor.

“Un año cumple mi hermano que el cielo lo recogió,
mis pobres padres no saben que a Houston jamás llegó.
Yo me hago pasar por él cuando a mis padre escribo;
no les digo la verdad, ellos piensan que está vivo.”

Al analizar el compromiso que los personajes emigrantes parecen sentir con los distintos miembros de la familia, vemos que las relaciones verticales tienen mucha más fuerza que las horizontales, y que, entre todos los vínculos, el principal es el vínculo con la madre —a menos que el corrido cuente específicamente la historia de una relación amorosa. Del “dulce hogar” que se recuerda, e incluso del pueblo entero que se añora, es su figura la que destaca: “Entre llanto parece que miro a mi pueblo y a mi dulce hogar, y también a mi madre bendita, que sin duda por mí ha de rezar” (*Pueblo querido*). Es a la madre a quien expresamente “se olvida” o “se abandona”, y en no pocos corridos los narradores se preguntan, como en *Frontera internacional*: “Cuántas madres se han quedado llorando a aquel hijo amado y muriendo de dolor”. No es irrelevante, en este sentido, el dato del Latin American Institute que recoge Martha Chew en *Corridos in Migrant Memory*, donde se señala que el día que más dinero se transfiere de Estados Unidos a México es el 10 de mayo, cuando

se celebra el «día de la madre».⁴⁵

Claro está que esta representación de la relación del hijo con la madre no es indiferente al hecho de que el propio amor de la madre al hijo sea representado, a su vez, como el más fiel, el inalterable, el incondicional, el que sólo con la muerte termina; a diferencia del amor de la novia o de la esposa, que en no pocos corridos ha hallado un sustituto para el hombre ausente. Por ejemplo: “Mis padres ya se habían muerto, mi mujer me abandonó, cuando yo me hallaba preso con otro me traicionó”, dice el protagonista de *De aquellas idas al Norte*, mientras que *El mojado fracasado*, que también estuvo unos años preso, afirma: “Cuando volví, mi jacalito solo encontré, mis viejecitos habían muerto y con otro hombre hallé a mi mujer”.

Ya lo advierte —con cierto cinismo porque históricamente han sido sobre todo los varones que se van los que forman nuevas familias— el narrador de *La desdicha del mojado*, que dice: “Piensa bien, querido hermano, en la esposa que abandonas; la mujer es fiel, si quiere; pueden pasar muchas cosas”. La otra cara de la moneda la tendríamos en *Los que se van pa'l norte*, donde se afirma que: “En México sus mujeres al correo van seguido para ver si encuentran carta, para saber del marido, mientras que allá sus maridos gozando de los placeres, que se olvidan de sus hijos y también de sus mujeres”.

Otra postura excepcional, pero que ocasionalmente se encuentra, es la que presenta a los emigrantes como sujetos conscientes no sólo de que los destinos de las demás personas no

⁴⁵ Martha Chew, *Corridos in Migrant Memory*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 2006, p. 171.

se pueden controlar, sino incluso asumiendo la responsabilidad de los errores que hubieran podido cometer ellos mismos. Este el caso en *Maldita aventura*:

Me fui a la aventura a tierras lejanas,
dejando a mi esposa y a mi dulce hogar,
con la esperanza de ganar dinero
pidiéndole al cielo con bien regresar.
(...)
Cuando volví a mi pueblo,
a mi chata fui a buscar:
la encontré en brazos de otro hombre,
qué se podía esperar,
si ni siquiera una carta
le había escrito yo jamás.

En el corrido titulado *La sorpresa* —un corrido aún más excepcional— el antiguo novio de una mujer llega a encomendarle a la nueva pareja de ésta que “la cuide”: “La dejo entre sus brazos, y cuídela, buen hombre”, dice el protagonista, que aunque sigue amando a la mujer, acepta que ella haya encontrado un nuevo compañero en su prolongada ausencia. El amor sigue entendiéndose en términos de posesión, pero entre “hombres buenos” se puede reconocer haber perdido.

Lo más común, sin embargo, es que, si la relación no puede seguir como el emigrante tenía planeado, la causa se atribuya a que la mujer falta a sus compromisos, como en *La boda fatal*, historia que tiene desenlace trágico:

Una tarde nublada de marzo,
para el norte me fui de bracero;
a mi novia dejé ya pedida,
porque me iba a casar en enero.
(...)

Al llegar a mi pueblo querido,
las campanas oí repicando
y la gente pasaba de prisa;
pregunté lo que estaba pasando,
me dijeron con mucha malicia:
«Es tu novia, que se está casando».

Paso a paso llegué hasta la iglesia,
conteniendo mi furia inaudita,
y en presencia del cura y la gente
los maté cuando estaban en misa,
y lloré como lloran los hombres
cuando queda su vida marchita.

A la vista de lo que se espera tanto de quienes se van como de quienes se quedan, en los corridos es claro que hay una *espera* obligada que es solidaria del *compromiso de memoria*. Unos y otros tienen el deber de mantenerse fieles, es decir, de no olvidarse mutuamente. Y este *no olvido* es extremo, o se espera que lo sea. Ya lo veíamos en el moribundo que encomendaba a su amigo la indemnización por su próximo fallecimiento, y lo volvemos a ver en la madre de otro emigrante que, aunque enferma, “agonizante, [lo] esperaba” (*La discriminación*), o en aquella otra que “espera con el rostro marchitado” (*El bracero*). La misma constancia se presupone en la mujer y en los hijos, a pesar de los ejemplos que acabamos de citar. De hecho, si no se presupusiera la espera, no habría frustración.

Estos compromisos de espera y de no-olvido tienen por fundamento la promesa de «volver», a ser posible «pronto». Por eso, los unos cuentan con los otros, y por eso la migración no se concibe sino como *transitoria*. El objetivo común es el reencuentro:

Me voy, pero pronto vuelvo, y voy a venir por ti;
cuando el sol esté saliendo, yo ya voy lejos de aquí.

Te voy a escribir seguido, contéstame por favor;
te juro que haré lo mismo con todo mi corazón.

Me das un retrato tuyo, que sea de esos de color;
si lo sellas con tus labios, para mí será mejor.

Quisiera poder llevarte, para irnos juntos los dos,
lo anhelo con toda mi alma, en vez de decirte adiós.

Le rezas al Santo Niño para que me vaya bien,
que vaya por buen camino, que pronto pueda volver.

Me das un retrato tuyo, que sea de esos de color;
si lo sellas con tus labios, para mí será mejor.

Me voy pero vuelvo

El compromiso con la palabra dada es tan fuerte, que si el emigrante no vuelve, si el cumplimiento de la promesa se demora más de lo previsto —es decir, si la espera dura más de lo esperable—, es legítimo que el otro quiera saber si sigue vigente. Por eso, algunos de los que se quedaron emprenden a veces la búsqueda de los que se fueron:

Las pobres ilegales que cruzan la frontera,
solteras o casadas, mujeres de mi tierra,
se van ilusionadas dejando sus cariños,
buscando a sus maridos, llorando por sus niños.

Las pobres ilegales

Igualmente ocurre con aquel hijo que se siente “olvidado” porque sus padres “dijeron que volverían en unos dos o tres años, pero ese tiempo pasó y ellos nunca regresaron” (*El hijo olvidado*). Casos como éste son interesantes porque a pesar del desencuentro que el protagonista habrá de tener con sus hermanos nacidos en Estados Unidos, el compromiso en la relación vertical permanece,

mientras que horizontalmente más bien se refuerza la distancia entre los individuos. Como el protagonista explica, fue a Estados Unidos, y ahí:

Mis padres me recibieron alegres y muy contentos,
y al hablar con mis hermanos, fui rechazado por ellos.
(...)
A México me regreso muy triste y decepcionado,
mis padres se quedarán,
si un día quieren regresar, yo los estaré esperando.

En el orden simbólico de estos textos, la confianza entre padres e hijos (y especialmente entre el hijo y la madre) es absoluta. El amor, el compromiso, la corresponsabilidad que se establece entre ellos es una de las pocas certezas que muestra el emigrante, y en términos de relaciones intersubjetivas es, quizá, la única. Por ello, el excepcional olvido de este compromiso es vivido con gran culpa, y cualquier situación adversa que el emigrante sufra es percibida como castigo merecido. Es lo que observamos en *Falsa promesa*:

Hice a mis padres la promesa que volvía,
para sacarlos de ser pobres y sufrir.
(...)
Al encontrarme con dinero y mil mujeres
olvidé todo y en gozar me divertí,
sin acordarme que mis padres me esperaban;
volví muy tarde: acababan de morir.

De acuerdo con el discurso de estas canciones, la fidelidad que los personajes emigrantes muestran, en general, con relación a su familia, y que su familia les muestra a ellos, no es nunca una actitud obcecada y estéril, ni una señal de inmovilidad. Por eso, si bien “es muy bonito andar en la aventura, dándole rienda suelta al

amor y a las paseadas”, por otro lado “se siente padre saber que ya regresas hasta donde se encuentran los que ya te esperaban” (*Desde el México de afuera*). El ideal de *vida de familia* que estos textos manejan es patriarcal, con descendencia, formada tempranamente, cercana, solidaria y jerárquica.

III

“LES VOY A ABRIR DE PAR EN PAR
MI CORAZÓN”

LA RELACIÓN CON LOS OTROS MEXICANOS

“Para quien dice que traiciono mi bandera y mi nación”

Los mexicanos, desde que el régimen que se instauró al final de la Revolución hizo de la soberanía nacional uno de sus máximos valores, han sido educados en la desconfianza hacia lo extranjero. En el ámbito del arte, por ejemplo, el calificativo «extranjerizante» ha sido utilizado como insulto grave en polémicas más o menos cíclicas que han llegado a alcanzar tonos sumamente álgidos y con implicaciones sociales⁴⁶; en la esfera política, hasta mediados de los años 90 —cuando empieza a debilitarse la hegemonía del PRI—, los intelectuales mexicanos y los políticos de oposición que osaban criticar en foros extranjeros asuntos «nacionales» como la corrupción o los fraudes electorales eran denostados por *traidores*. En la economía, entre tanto, desde que a fines de los años 80 los gobiernos dejaron de ser «revolucionarios» para asumirse claramente neoliberales, una de las acusaciones más reiteradas que se les hace es la de *entreguistas* (por «entregar» a los extranjeros las riquezas del país). Finalmente, en la sociedad en general, la manifestación abierta de admiración por lo extranjero frecuentemente es seguida de la acusación: «¡malinchista!», que recuerda a Malinche, la mujer que fuera amante y traductora del conquistador Hernán Cortés, quien encarna lo infamante por

⁴⁶ Destacan, por supuesto, las polémicas *fundacionales* de 1925 y 1932, sostenidas entre quienes abogaban por formas de «expresión nacional» viriles y socialmente comprometidas, de un lado, y los integrantes del grupo Contemporáneos, por el otro, que trataban de inscribir la literatura mexicana en la tradición occidental moderna, más cosmopolita, crítica y, por lo visto, femenina. (Cfr. *México en 1932: la polémica nacionalista*, de Guillermo Sheridan, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.)

excelencia: la rendición, la entrega voluntaria al enemigo, la renuncia a luchar por conservar «lo propio», que en su caso era «lo indígena» y que hoy es «lo mexicano».

De acuerdo con esta lógica, quien emigra pasa a ser considerado, por lo menos, *sospechoso*. Dependiendo de la época, puede ser alguien que simplemente se vuelve *ajeno*, o puede llegar a ser tachado de *traidor*. Este apelativo («traidor») comienza a utilizarse para designar a los trabajadores emigrantes a principios del siglo xx —y hasta la Segunda Guerra Mundial—, cuando era relativamente alto el número de personas que se iban *enganchadas* con los contratistas hacia el norte, mientras México supuestamente necesitaba de su aportación (ya que se estaba «reconstruyendo» después de la Revolución) y Estados Unidos realizaba detenciones y deportaciones masivas en cuanto padecía crisis económicas.

El corrido *Los deportados* muestra claramente la percepción que en México se tenía de estos trabajadores:

Les cantaré un corrido de todos los deportados,
que vienen hablando inglés y vienen de desgraciados.
Los tiran en donde quiera, a puro mendigar,
da lástima verlos, que no traen ni para almorzar.
(...)
Pero eso y más merecen esos pobres paisanos,
sabiendo que este suelo es para los mexicanos.
(...)
Los corren, los maltratan los gringos desgraciados;
no tienen vergüenza, siempre están allá pegados.
Por eso yo me quedo en mi patria querida.
México es mi país, y por él doy la vida.

En respuesta a este discurso claramente deslegitimador se hicieron algunas composiciones como el corrido *Defensa de los norteros*, que Eduardo Guerrero recoge ya en 1924.⁴⁷ En él, un personaje emigrante toma la palabra y presenta su propio punto de vista sobre la situación. Algunas de las valoraciones que hace y de los argumentos que esgrime en su defensa seguirán vigentes hasta nuestros días, aunque el léxico y el tono hayan variado un poco. Las siguientes son algunas de sus veintidós estrofas:

Lo que dicen de nosotros, casi todo es realidad,
más salimos del terreno por pura necesidad.

(...)

Mucha gente así lo ha dicho: dizque no somos patriotas
porque les vamos a servir a los infames patotas.

Pero que se abran trabajos y que paguen buen dinero,
y no queda un mexicano que se vaya al extranjero.

Ansia tenemos de volver a nuestra patria idolatrada,
pero qué le hemos de hacer si está la patria arruinada.

Si han hablado de nosotros es por muchos fanfarrones
que andan sonando los pesos cual si trajeran millones.

Si no hubiera presumidos, ni quién nos dijera nada,
porque todos comprendemos que nuestra patria es sagrada.

Cuando, en la época del Programa Bracero (1942-1964), fue el gobierno mismo el que organizó los desplazamientos de los trabajadores temporales, el discurso sobre los emigrantes empezó a cambiar, aunque sólo en las esferas oficiales, pues la sociedad en general seguía sin ver con buenos ojos a estos trabajadores. El

⁴⁷ En *Canciones y corridos populares*, obra en dos volúmenes publicada por Eduardo Guerrero en la ciudad de México en 1924 y que forma parte de la Colección de Hojas Sueltas de la Biblioteca Nacional. Citado por María Herrera-Sobek en su libro *Northward Bound. The Mexican Immigrant Experience in Ballad and Song*, Indiana University Press, Bloomington e Indianápolis, 1993, pp. 80-83.

corrido *Campesino asalariado* deja claros los sentimientos que predominaban:

Campesino asalariado, no abandones a tu pueblo,
en el banco ejidatario tu respaldo es el gobierno;
No abandones el arado porque México es tu dueño.

Si las tierras que has sembrado no rindieron tu cultivo,
no te rajes, campesino, ha de ser que no ha llovido.
El sudor de tu trabajo lo respalda el agrarismo.

(...)

Compadezco a los braceros que se alejan de sus tierras,
los arrear como becerros pa' que crucen la frontera
y los tratan como perros pa' que cumplan su faena.

(...)

Los braceros que han dejado sus familias y su tierra,
luego van al consulado a llorar por su bandera,
su bandera mexicana que los salva donde quiera.⁴⁸

Otro corrido de esa época es *La desdicha del mojado*,
cuyas primeras estrofas son las siguientes:

En la vida del mojado hay deshonra y hay vergüenza,
van a recibir del gringo migajas de su riqueza.

Los trabajan como bestias, no les pagan los malditos,
y como andan sin papeles les achacan mil delitos.

Mexicanos, compatriotas, no se vayan de braceros,
sus padres, hijos y esposas son tesoros verdaderos.

Unos lustros más tarde, con la explosión demográfica,

⁴⁸ Estos últimos versos evocan, por un lado, la política de repatriación que el gobierno mexicano impulsó después de la guerra con Estados Unidos (1846-1848) para que se trasladaran a México quienes habían quedado en los territorios anexados, y, por otro lado remiten a la política de acogida impulsada en favor de los trabajadores a los que Estados Unidos expulsaba masivamente.

con la creciente migración del campo a las ciudades, con el cada vez mayor desempleo y las continuadas crisis económicas que ha vivido México desde el año 1982, ya no se les pudo reprochar a estos trabajadores que se fueran al norte, aunque tampoco se ponía mucho interés en las penurias que pasaban a causa del endurecimiento de las políticas migratorias estadounidenses. Desde el gobierno, la política de *laissez faire* era el callado reconocimiento de que la emigración le resultaba beneficiosa; en el resto de la sociedad, entre tanto, primaba la indiferencia respecto de lo que les ocurriera, pues para qué se habían ido si ya no podían contar siquiera con permiso de trabajo. No obstante, algunos grupos empezaron a preocuparse por la mortalidad y la explotación que conllevaban la emigración y el trabajo clandestinos, y algunos corridos de esos años denuncian esta lamentable situación. Proliferan entonces los corridos relacionados con tragedias mortales sucedidas en el río Bravo, en el desierto, en trenes y camiones. En *Pasaporte a la muerte*, una de las varias composiciones hechas a raíz del hallazgo, en 1987, de un grupo de mexicanos asfixiados en el vagón de un tren de carga cuyas puertas no pudieron abrir, se dice: “El tren se llevó a dieciocho, y cuántos lleva el río Bravo; en la línea divisoria a muchos los han matado... *ai* nomás saquen sus cuentas, lo triste de ser mojado”. Ahora bien, es el tiempo en el que empiezan a surgir también, para consumo de los propios mexicanos que ya radican en Estados Unidos, numerosos corridos que hablan, en términos menos dramáticos, de su vida cotidiana.

Una cierta «rehabilitación» del emigrante comenzó a principios de los años 90, cuando el gobierno mexicano necesitaba su apoyo —o al menos su no oposición— para la consecución del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá. Paralelamente, la sociedad ya no podía ignorar el importante papel que estos trabajadores estaban desempeñando como sostén de miles de familias y como elemento de estabilidad de la economía nacional. No han surgido sin embargo, todavía, corridos o canciones en los que explícitamente se reconozca su aportación para el bien de México; lo único que ha cambiado es que ahora tienen mayor circulación y resonancia *sus* historias, especialmente —¡cómo no!— las que narran sucesos trágicos. Al parecer, sólo con la mediación de la compasión resultan *tolerables*, pues la tendencia a percibirlos como desafiantes del «modo de ser mexicano» no se ha podido vencer. Además, esta actitud paternalista y condescendiente impide que se plantee la pregunta por la responsabilidad del sistema mexicano en la diáspora de sus ciudadanos.

De hecho, de acuerdo con los discursos que ponen en juego los corridos, el miedo del emigrante a ser considerado un traidor no ha desaparecido, especialmente cuando se ha transformado en un «emigrado», o sea, cuando reside de manera *permanente* en Estados Unidos y, sobre todo, cuando se «naturaliza», es decir, cuando adopta la nacionalidad estadounidense, hecho que hasta 1996 significaba renunciar expresamente a la nacionalidad mexicana, ya que el Estado mexicano no permitía la doble nacionalidad.

En los corridos, pues, los emigrantes se sienten obligados a reiterar constantemente que *siguen siendo* mexicanos, y que si tienen un nuevo estatus legal, éste no ha cambiado su identidad. El

corrido *Mis dos patrias* es elocuente a este respecto, pues después de la dramatización del juramento que realizan todos lo que adoptan la nacionalidad estadounidense⁴⁹, el narrador comienza su historia con los versos que encabezan este apartado:

Para quien dice que yo soy un malinchista
y que traiciono a mi bandera y mi nación,
para que rompa con mi canto las fronteras
les voy a abrir de par en par mi corazón.

El personaje recoge unos discursos claramente acusatorios, que se propone rebatir presentando como argumento principal de la legitimidad de su propio discurso la sinceridad de su decir. Trata de justificar su decisión, destacando en su argumentación que la partida no fue feliz sino dolorosa, que ha sido siempre un hombre de bien (es decir, familiar y trabajador), y que no hace más que negarse a renunciar a unos derechos que ha adquirido:

Dejé las tumbas de mis padres, mis abuelos,
llegué llorando a tierra de anglosajón;
yo trabajaba, mis hijos iban creciendo,
todos nacieron bajo esta gran nación.

Y mis derechos los han ido pisoteando,
van formulando leyes de constitución;
qué haré ya viejo si me quitan mi dinero,
yo sólo quiero mi seguro de pensión.⁵⁰

⁴⁹ En la Introducción al corrido se escucha la voz de un oficial que dice: “*Raise your right hand and repeat after me: «I pledge allegiance to the flag of the United States of America, and to the Republic for which it stands one nation under God, indivisible, with liberty and justice for all»*”. Los candidatos van repitiendo con él el juramento, y al final los felicita: “*Congratulations –les dice–, you’re now all American citizens*”.

⁵⁰ El personaje alude aquí a ciertas reformas legislativas de los años 90 que negaban el derecho a recibir pensión por retiro a los trabajadores que no fueran ciudadanos americanos, aun cuando hubieran pagado las cuotas correspondientes para obtener ese beneficio.

En efecto, es muy común en los corridos de migrantes que la búsqueda de legitimidad de quien habla pase por enfatizar que dejar México no es nunca una decisión fácil; antes bien, suele ser una acción motivada por una causa de fuerza mayor, generalmente la pobreza: “Pues yo no tengo la culpa que abandone así a mi tierra, la culpa es de la pobreza que nos tiene en la miseria”, decía el protagonista de *Despedida de un norteco*, un corrido de principios del siglo xx. De igual manera, otra composición de principios del siglo xxi:

Un día por la mañana, después de haber ido a misa,
mi *apá* le dio a la familia aquella triste noticia:
Ya no aguanto la pobreza, nos vamos p'al otro lado,
quiero juntar un dinero, aunque sea de mojado.

El niño de la calle

La pobreza como razón para irse; la pobreza también como justificación para quedarse:

Y les aseguro que soy buen mexicano,
pero la pobreza que me ha castigado
hace que me aguante como desterrado
en el territorio norteamericano.

Como desterrado

Asimismo, se apela a valores que se suponen compartidos para buscar la comprensión del auditorio y, por ende, la mejora de la propia imagen. Entre esos valores, «la familia» ocupa un lugar destacado. Ya hemos visto en el capítulo anterior cuánto influye como motivación para emigrar. De hecho, *El niño de la calle*, recién citado, cuenta que su padre le dijo que se iban *p'al otro lado* “por ustedes, mis hijos (...) es muy pesada la vida como la estamos viviendo, y yo, que los quiero tanto, he de encontrar la

ocasión para que vayan creciendo con muy buena educación”.

La familia es razón para irse y es una razón aún mayor que la pobreza para quedarse (en Estados Unidos). El protagonista de *Mis dos patrias*, por ejemplo, sugería que era en aras de la cohesión y de la integración familiar que debía asumir como propia “la bandera de [sus] hijos”, quienes, por cierto, “alegres [lo] contemplaban” durante el juramento de lealtad a la Constitución americana.

Este personaje, además, apela a otro valor de gran importancia en el discurso de los corridos de migrantes: «la raza», pues enmarca su lucha personal (proteger “mi dinero”, asegurar “mi pensión”, defender “mis derechos”) en una lucha que rebasa lo individual: “Pa’ que respeten los derechos de mi raza —dice al final del estribillo—, caben dos patrias en el mismo corazón”.

Como se ve, la sustitución de una patria por otra es un hecho impensable. Hay vínculos que son «para siempre» y que exigen unos comportamientos determinados cuya falta se considera deleznable. Según se deduce de las palabras de *El emigrante*, hay unos mexicanos que se comportan *como deben* y otros que no: “No porque estoy emigrado —dice— de mi nación me he olvidado, como muchos ya lo han hecho ya cuando están arreglados”. El propio discurso muestra las presuposiciones que se activan si cambia el estatus legal de las personas, pues este mismo personaje afirma: “*Aunque yo esté de este lado, no importa que esté legal, de mi tierra no me olvido, siempre la iré a visitar*”. El narrador está «corrigiendo» constantemente la dirección argumentativa a que supuestamente apunta el discurso de sus actos, pues estar *del otro lado* y haber pedido la legalización llevarían a la conclusión

de que no quiere ni respeta a México. Por otra parte, afirmar que “de mi tierra no me olvido” implica tanto que otros sí se olvidan como que algunos pueden estar pensando que él *también* se está olvidando de su tierra y que no piensa volver a ella —de ahí la importancia del “siempre la iré a visitar”.

El *deber* que los emigrantes tienen con México no sólo queda patente de forma implícita; en el *corpus* de corridos encontramos numerosas formas explícitas (desde ruegos y consejos hasta mandatos directos) mediante las cuales unos migrantes se recuerdan a otros cuál es su obligación:

Con toda el alma le *pido a mis paisanos*
que nuestra linda tierra no vayan a olvidar;
en donde estemos, mirarnos como hermanos,
y el día que Dios permita volver a regresar.

Vivo ausente

Tú que te encuentras ausente, yo *te quiero aconsejar*:
si estás lejos de tu patria, *no la debes olvidar*;
no equivoques el camino y no traiciones jamás
ni al amor ni a la tierra en que estás.

Las ausencias

Me despido, mis paisanos, con todo mi corazón;
México los necesita, *nunca dejen* su nación.

Consejo de un bracero

Al igual que con la familia, los emigrantes se muestran *comprometidos* con México. “De mi tierra no me olvido, ni la olvidaré, lo juro”, decía contundente *El emigrante*, mientras que el protagonista del corrido *Desde el México de afuera* afirmaba: “México, mi México lindo, aunque esté lejos mi corazón siempre estará contigo”. Este compromiso los obliga a un *trabajo de*

reminiscencia que haga patente que se mantienen fieles a su palabra, trabajo en el que se inserta la propia práctica de cantar corridos, pues al tiempo que *El emigrante* jura no olvidarse de “[su] nación”, dice: “A México yo le canto con mucho gusto y afán, aunque yo esté de este lado, no importa que esté legal”.

La exigencia de seguir siendo unos *buenos mexicanos* es, pues, una exigencia de *los otros* y un imperativo que surge de la propia conciencia de los emigrantes, aunque ya no sean exactamente los mismos, debido a los cambios que el nuevo entorno y las nuevas circunstancias vitales hayan provocado en ellos. ¿Cuáles son los requisitos indispensables para seguir siendo un *buen mexicano* fuera de México? ¿Qué significa, en términos de vida cotidiana, *seguir siendo* mexicano? Es lo que abordaremos a continuación.

“Mi corazón sigue siendo verde, blanco y colorado”

Ya sea porque se quiere abarcar en el canto al mayor número de migrantes mexicanos, obviando las particularidades de las regiones de las que proceden, o porque se tiene completamente internalizado el discurso sobre la identidad nacional promovido por el Estado, la idea de «mexicanidad» que difunden los corridos es absolutamente esencialista: unas pocas costumbres muy concretas reconocidamente «mexicanas» (la música ranchera y los corridos, el tequila y la conmemoración de las «fiestas patrias»); unos pocos valores pretendidamente compartidos, como la noción de «familia» que hemos visto antes, un cierto modo «cálido» de entender las relaciones humanas y el peso que se da a la religión, en particular a la devoción guadalupana; una lengua (el español), y México como el gran referente común, al que hay que tener lealtad. Estos son los rasgos de la identidad «original» que habría que preservar, lo que implica un esfuerzo, un ejercicio de voluntad consciente de ir a contracorriente, porque la reproducción automática de las costumbres se dificulta cuando están descontextualizadas, como es el caso de los mexicanos que viven fuera del país.

En los corridos se reconoce, por supuesto, que no es posible conservarse *exactamente igual*, pero ello no significa sino la necesidad de tener más *cuidado de sí*, así como más cuidado de «lo nuestro». “No me critiquen porque vivo al otro lado, mis costumbres no han cambiado ni mi nacionalidad”, dice, en

actitud defensiva, el protagonista de *El otro México*, mientras que el personaje de *Tanto tienes, tanto vales* afirma orgulloso: “No piensen, señores, que el dinero que gané cambiaría mis sentimientos por los que tanto luché: mis amigos son los mismos y mis costumbres también”. Finalmente, ya en el paroxismo, el narrador de *Recordando a México* dice: “Es mi gusto gritar con orgullo qué linda es mi patria, costumbres y hermanos; que un mariachi repita conmigo: ¡que viva la reina de los mexicanos!”

Los motivos principales por los que «los nuestros» pueden convertirse en «otros» son el cambio de estatus legal, la movilidad social y la aculturación, y en las páginas que siguen veremos ejemplos diversos de cómo estos personajes quieren mostrar y demostrar que siguen siendo «los mismos». El corrido del que forma parte el verso que encabeza este apartado se llama nada menos que *Orgullo mexicano*, y con estas palabras el protagonista se defiende de la sospecha de que la calidad de su mexicanidad haya disminuido al adoptar la nacionalidad estadounidense:

...ahora de esta gran nación también ya soy ciudadano.
 Al que piense que por esto a mi patria he traicionado,
 yo le digo con respeto que está muy equivocado:
 mi corazón sigue siendo verde, blanco y colorado.

La bandera tiene en este discurso un lugar privilegiado, lo mismo que el escudo nacional, el himno y las fiestas que conmemoran acontecimientos fundadores del Estado mexicano, en particular la fiesta de la Independencia, como muestra el siguiente fragmento: “Cuando oigo un quince de septiembre el himno de mi patria, mi corazón no aguanta, se asoma el llanto por mis ojos y un nudo que me aprieta yo siento en la garganta” (*Desde el México de afuera*).

Además de los rasgos «culturales» que se han señalado, para el «nosotros, los mexicanos» que construyen los corridos de migración es muy importante el color de la piel (*morenos* frente a *rubios*) y el «carácter de la sangre» (*calientes* frente a *fríos*), en una lógica etnicista de la identidad. Lo que algunos llaman la *pigmentocracia* la reivindican especialmente personajes que ya nacieron en Estados Unidos, como el protagonista del corrido *De sangre mexicana*, que afirma:

He nacido en California,
territorio norteamericano,
y aunque nací entre los gringos,
soy moreno como el mexicano.
(...)
Mexicano yo soy por mis padres
y orgulloso le canto a la vida,
por mis venas me corre la sangre
mexicana, como el buen tequila.

Igualmente, *El pocho*, que se califica como “dos en uno” por ser americano y mexicano, responde de la siguiente manera a una supuesta interpelación que pone en duda su fidelidad a México: “¿Que si quiero a México? Sí, lo llevo en el color de mi piel y por dentro de mis venas”.

La alusión al interior de las venas se refiere al «carácter de la sangre», insertando la identidad en un discurso que borra por completo la dimensión *histórica* de toda cultura. Para convencer a sus interlocutores de que en realidad dejar de ser mexicano es imposible, el protagonista de *Mis dos patrias* dice:

Pero qué importa si soy nuevo ciudadano [americano],
sigo siendo mexicano como el pulque y el nopal;
y mis hermanos centro y sudamericanos,
caribeños o cubanos, traen la sangre tropical.

La frase «sangre tropical» sintetiza bien tres elementos que constantemente aparecen juntos cuando el emigrante habla de su identidad: raza, cultura y territorio, pues tiene el sentido, por un lado, del gusto —moldeado culturalmente— por un determinado tipo de música que se produce en unas latitudes a las que su denominación hace referencia, y, por otro lado, en los corridos «lo sanguíneo» tiene reiteradamente una connotación genética que fácilmente se puede vincular a la raza o, más precisamente, al color de piel. En este sentido, el corrido *Al sur del Bravo* sería una idealización extrema y una síntesis total de la geografía y de los habitantes del territorio que, al dirigirse al norte, se dejan atrás: “Al sur del Bravo —dice el narrador— hay un valle donde el sol ríe con la gente (...) allí no mueres de frío, allí hay amor en la gente (...) allí hasta el mar es caliente”.⁵¹

Lo que es sentido como *propio*, como *familiar* —y que a veces se añora desde Estados Unidos—, es un modo determinado de relacionarse entre la gente, en el cual desempeña un papel importante el «espíritu festivo» que implica jolgorio, canciones, bailes... la posibilidad de utilizar *así* el dinero que han ganado y también de disfrutar del tiempo de ocio que ese dinero les permite

⁵¹ Desde una perspectiva diferente, pero en un discurso en el que subyace la misma noción de identidad, el protagonista de *El canto del chicano* se apoya en el pasado «mexicano» del sur de Estados Unidos para justificar que no se sienta *extraño* en el territorio norteamericano: “Por aquí por los *Estates* no me siento gente extraña, pues Texas y California fueron de la azteca entraña. Los nombres de estos lugares semejan los de mi tierra, y pienso yo que aquí es México y que no hubo aquella guerra”, aun a pesar de que “las leyes, los *cherifes*, las cortes, otra moneda, me dicen a cada rato que estamos en tierra ajena”.

tener. En *Ya nos dieron permiso* (el permiso de residencia y de trabajo), el protagonista dice: “La migra nos dio permiso, hay que salir a gozar; con más de cuatro del *welfare* lo vamos a celebrar; ya pronto será el día quince y el cheque ya va a llegar”. En sus poblados de origen, mientras tanto, cuando vuelven “a ver a sus familiares que tanto tiempo dejaron y a gastar todos los verdes que en todo el año juntaron”, por las calles “nomás se oyen los estéreos tocar en las camionetas. (...) Así el mojado festeja, con canciones y corridos, y cartones de cerveza” (*Cuando llegan los mojados*). En este contexto, cabe repetir las palabras de Octavio Paz sobre el sentido que tienen para los mexicanos el trabajo y la riqueza a que éste da lugar: que son *buenos* porque están destinados a «gastarse y consumirse», entre otras actividades, en «el boato y las fiestas».⁵²

Algunos investigadores consideran que el trabajo de *conservación de sí* que realizan los emigrantes debe interpretarse como miedo a lo desconocido y a lo nuevo; sin embargo, del análisis del discurso de los corridos lo que se desprende es que lo que produce rechazo es «lo ajeno», especialmente si ello no sólo no es «propio de nosotros», sino que es «propio de los estadounidenses». Los emigrantes muestran, con su migrar mismo, que están perfectamente dispuestos a enfrentarse a «lo desconocido» y a tratar de comprender todo «lo nuevo». Además, en la ideología de nuestros personajes, donde *progresar* es tan importante, conviven sin conflicto el deseo de mantener vivas unas tradiciones con una gran curiosidad por aprehender todo

⁵² Octavio Paz, *Tiempo nublado*, Bibliotex, España, 2001 [1983], pp. 132-133.

aquello que les brinde posibilidades de movilidad social. Lo que ciertamente no se ve con buenos ojos es que lo nuevo lleve al *olvido de lo propio*, pues esto es como *olvidarse de sí mismos*, es decir, de su *mexicanidad*.

El deseo de conservar «lo propio de nosotros» hace que los migrantes —al menos los que aparecen representados en los corridos— se preocupen por mantener el español, lengua vehicular del resto de las tradiciones «mexicanas». Porque el discurso de los corridos ignora por completo la diversidad lingüística que existe en México, al igual que la diversidad cultural, racial y religiosa. Las «particularidades» de los pueblos que forman parte del Estado mexicano han quedado subsumidas en el rótulo de la «nación mexicana».

Así pues, el esfuerzo de conservación de la lengua «nacional» lo explicita el protagonista de *El emigrante*, que dice:

A mis hijos yo les digo —porque ellos aquí han nacido—:
“el inglés tienen que hablarlo, pero por ningún motivo
nuestro idioma, el español, nunca lo echen al olvido”.

Aunque una parte importante de los emigrantes mexicanos actuaron de forma distinta a lo que aquí se narra —en la creencia de que a mayor asimilación a la cultura estadounidense menores serían las probabilidades de discriminación y de exclusión social de los hijos—, en el discurso de los corridos ser un *buen padre de familia* pasa necesariamente por transmitir la lengua, las costumbres y los valores «mexicanos».

Algunos de estos valores «mexicanos» tienen, para los personajes emigrantes, validez «universal», como por ejemplo el

valor de «lealtad a la patria», pues en concordancia con un discurso nacionalista, se comprende que *cada cual* sea leal a «su» nación. Por eso, “ignorando los prejuicios y la discriminación”, los jóvenes del corrido *Los hijos de Hernández*, nacidos en Estados Unidos, se enrolaron en el Ejército de ese país debido a que “su patria los reclamaba”, y, como buenos ciudadanos norteamericanos, “en el campo de batalla pusieron el corazón”.

Ahora bien, puesto que a una nacionalidad no sólo se accede por nacimiento o por «naturalización», sino «por sangre», es decir, por parentesco, algunos personajes de estas canciones y corridos se asumen como patriotas de dos Estados: los que han tenido hijos en Estados Unidos y *por ellos* adoptan la nacionalidad estadounidense (no sin tener que justificarse, como se ha visto antes en el corrido *Mis dos patrias*)⁵³, y los que, habiendo tenido padres mexicanos, reivindican una herencia que no es sólo cultural, sino que también es *territorial*, lo que implica el compromiso de defender ese territorio “con honor”. El *Méxicoamericano* asumiría la posición paradigmática a este respecto:

Por mi madre yo soy mexicano,
por destino soy americano,
yo soy de la raza de oro,
yo soy méxicoamericano.

Yo te comprendo el inglés,
también te hablo en el chicano,
yo soy de la raza noble,
yo soy méxicoamericano.

⁵³ Aunque se encuentra ocasionalmente, la consideración de Estados Unidos como la segunda patria de un mexicano es bastante excepcional. Lo más frecuente es que los migrantes no sientan como propia la tierra de sus hijos. El protagonista de *Allende el Bravo*, entre otros, lo dice: “Ya se fue el tiempo y mis hijos ya crecieron; quién lo dijera, yo en su tierra soy extraño”.

De Zacatecas a Minnesota,
de Tijuana a Nueva York,
dos países son mi tierra,
los defiendo con mi honor.

Dos idiomas y dos países,
dos culturas tengo yo;
es mi suerte y tengo orgullo
porque así lo manda Dios.

La triada «cultura, raza y territorio» sigue vigente para algunos miembros de la segunda generación, aunque por la posición de este colectivo en la estructura social pasamos ya de la «resistencia» del emigrante (resistencia frente a la presión asimiladora estadounidense y frente a los humillantes reproches de aculturación de los mexicanos) al «activismo» del chicano⁵⁴, quien ya no tiene que justificarse ante los mexicanos, quien tampoco vive con conflicto la cultura estadounidense —pues es *suya*—, sino que busca el reconocimiento y la valoración social de la parte de sí que está minusvalorada en la sociedad en la que él se desenvuelve: su parte *mexicana*.

En estudios recientes, como el trabajo de Richard Alba y Víctor Nee titulado *Remaking the American mainstream. Assimilations and contemporary immigration*⁵⁵, se señala que cada vez es menor la resistencia a la asimilación cultural por parte de quienes llegan a Estados Unidos, porque las bases para la aculturación se establecen desde antes de emigrar. En este sentido,

⁵⁴ El autor de *Méxicoamericano*, Rumel Fuentes, fue, de hecho, un activista político en los tiempos del «movimiento chicano», a fines de los años 60 y principios de los 70. Otras de sus composiciones son *Yo soy tu hermano, yo soy chicano* y un *Corrido de César Chávez*.

⁵⁵ Alba, Richard y Victor Nee; *Remaking the American mainstream. Assimilations and contemporary immigration*, Harvard University Press, Cambridge, 2003.

Carlos Monsiváis tenía razón al señalar, diez años antes, que «en México, la frontera con Estados Unidos se encuentra por doquier, y en materia de cultura y economía todos los mexicanos somos fronterizos»⁵⁶. A pesar de esto, los corridos muestran lo que, en el mundo de la vida, las encuestas siguen indicando: que la cultura estadounidense todavía despierta gran desconfianza entre los mexicanos «de uno y otro lado», y que éstos siguen teniendo en muy alta estima su propia cultura.⁵⁷

⁵⁶ Carlos Monsiváis, “Interrelación cultural entre México y Estados Unidos”, en Ma. Esther Schumacher (comp.), *Mitos en las relaciones México-Estados Unidos*, Fondo de Cultura Económica / Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1994, p. 456.

⁵⁷ Es lo que indicaron los resultados de la *Encuesta Mitojski* realizada en enero del 2004, según reportó Soledad Loeza en “Cuestión de percepciones”, art. cit.

“Te crees muy americana”

A pesar de que en la mayoría de los corridos y canciones que tratan el tema de la migración se apela a una identidad colectiva basada en el hecho de «ser mexicanos», algunas composiciones indican que esta categoría social no goza de la cohesión que en un primer momento pareciera tener. Hay importantes divisiones en su interior. Las diferencias de clase, por ejemplo, suelen ser resaltadas en muchos corridos, aunque no especialmente en los de migración. En éstos tienen mayor énfasis otras oposiciones: la que distingue entre los mexicanos que se siguen comportando *como mexicanos* y los que ya no lo parecen por haber adoptado rasgos propios de la cultura estadounidense; la que pone aparte a los trabajadores que han conseguido arreglar su situación legal de quienes permanecen indocumentados, y la que enfrenta a mexicanos que llevan varios años en Estados Unidos, que ya han encontrado trabajo y llevan una vida que podría decirse «normal», y a otros que están aún por «regularizar» su vida.

La *aculturación* de los mexicanos que van a trabajar a Estados Unidos es un tema que tiene larga historia y que ha sido tratado en tonos diversos, aunque siempre críticos: con sorna, en tono de reproche, como queja o como acusación. Los motivos de censura pueden referirse a la adopción de gustos musicales nuevos (“ya no quiere polka con el acordeón, *ora* se desdobra al compás del rock and roll”⁵⁸, como dicen de *Natalio Reyes Colás*) o a la adopción de formas «impropias» de

⁵⁸ Esta cita muestra bien el carácter construido de las tradiciones, pues al tiempo que se reprocha la adopción de un género musical *ajeno* y *extranjero* como el rock and roll, se asumen como auténticamente propias la polka y la música de acordeón, de cuyos orígenes precolombinos o incluso hispanos aún no se tiene noticia.

vestir (*impropias* en el doble sentido de *inadecuadas* y de *no-propias*), como parece que viste *Juan Mojao*, quien no sólo “ya no canta más corridos” —también se ha pasado al rock and roll—, sino que además utiliza “pantalón de bajo ancho, plataforma y gran tacón”.⁵⁹

En general se rechaza la minusvaloración de las costumbres «tradicionales» (sean musicales, culinarias o vinculadas a la práctica religiosa); entre los personajes de origen campesino no son bien vistas las actividades lúdicas más propias de las ciudades (como jugar al billar), y, por supuesto, son muy poco apreciadas las formas distintas de entender las relaciones entre los miembros de la familia (que los hijos no sean obedientes o que la esposa no sea sumisa, por ejemplo).

La lengua, como se ha dicho, es el gran anclaje identitario, de manera que el uso del inglés en un entorno «de mexicanos» es uno de los motivos de crítica más recurrentes. El narrador de *La que dicen que se fue al norte* le reprocha, burlón, a su interlocutora: “Dices que hablas puro inglés, español no sabes ya, pos que ya no lo practicas; a tu rancho, cuando vas y te escuchan platicar, a todos les causas risa”.

Según el corrido *Los mojaos*, cuando los emigrantes recién llegados a Estados Unidos empiezan a hallar acomodo en ese país:

Escriben a los amigos, presumen que están muy bien,
que ganan mucho dinero y saben hablar inglés.
“Querido *my friend*, te escribo, muy pronto yo he de volver
con un *car of* California y una gabacha que me ligué”.

⁵⁹ Además de mostrarnos las diferencias entre las culturas de México y Estados Unidos, estos corridos son, como se observa, buenos retratos de época. (Ambas composiciones son de Eulalio González, *El Piporro*, quien tuviera su época de esplendor en los años 50 y 60 y quien fue la primera figura “norteña” reconocida a nivel nacional.)

Independientemente de que los migrantes puedan tener una actitud pretenciosa o engréida, así son percibidos (o retratados), y se toleran con dificultad las huellas que va dejando en ellos su experiencia vital *al otro lado*. Continúa este corrido:

Los *mojaos* mexicanos que gabachos quieren ser
ya no quieren más nopales, todo en bote quieren ver.
Y se olvidan de su México, y su greña han de traer,
y sólo hablan de Chicago, California y el *freeway*.

El tratamiento que se da en estas canciones a los rasgos diferenciales de los migrantes suele ser despectivo, aunque muchas veces la carga peyorativa se disimula con humor, un humor que busca, por cierto, la complicidad del oyente, en una dinámica discursiva en la que, del modo más «feliz», se refuerzan los prejuicios contra los migrantes. En *El nuevo corrido* —«nuevo» quizá por la «mala influencia» de aquellos a quienes critica— se observan este tipo de valoraciones y estrategias:

Oigan el nuevo corrido, aunque peguen de respingos,
de cómo los mexicanos nos estamos volviendo gringos.
(...)
Para decirte “señor”, todos te tratan de *míster*,
y por decirte “cuñado”, te dicen *give me your sister*.
(...)
Hoy todos mascan su chicle y algunos mascan tabaco,
y cuando hablan de frijoles te dicen “*beans* de Apizaco”.
(...)
Si sospechan que eres rico, dicen que eres *very rich*,
y pa’ mandarte al carajo te dicen *son of a bitch*.

Hasta aquí, la división entre *unos* mexicanos y *otros* mexicanos parece coincidir con la línea fronteriza: los que están *allá* y los que están *acá*. Sin embargo, el cruce de la frontera puede dar lugar al distanciamiento entre quienes, para no vivir separados, deciden emprender el viaje juntos. Considérese, por ejemplo, la «dolorosa» experiencia que un despechado emigrante narra en *Al cruzar la frontera*: la transformación de su novia cuando llega a Estados Unidos, donde se ve influida por las costumbre libertinas de ese país, hasta tal punto que lo deja por otra persona.

Amigos míos, nomás vengo a decirles
la causa y el motivo de mi eterno dolor;
la vieja ingrata a quien yo amaba tanto
la odio para siempre y maldigo su amor.
(...)

Cuando pasamos unidos la frontera,
a la fortuna nos fuimos a buscar;
ella era buena, mas como era ranchera
yo no pensaba que así me iba a pagar.

Mascaba chicle y se iba de parranda,
y ya le olía la boca a puro ron,
mas como dicen que allá las viejas mandan
al poco tiempo por otro me cambió.

Al poco tiempo las uñas se pintaba,
a la rodilla la falda se subió,
a cada rato la boca se pintaba
y hasta un abrigo de chiva se compró.

Ya me despido de todos mis amigos,
ya me separo porque no soy de aquí;
tengan cuidado con las mujeres falsas,
que no les pase lo que me pasó a mí.

Además de que este corrido muestra la concepción del personaje sobre la etnicidad *ranchera* y nos indica cómo se supone que deben ser las mujeres *verdaderas*, sugiere que el paso de un mundo a otro mundo puede implicar más que sólo cambios, puede implicar *perversiones*. En este sentido, si la aculturación en general ha sido criticada, cuando la experimentan mujeres lo es aún más, pues a la traición a la «cultura nacional» se suma la traición a la «cultura patriarcal».

Ya en los años 20 del siglo pasado el antropólogo Manuel Gamio⁶⁰ destacaba como principal asunto de disgusto y malestar entre los emigrantes la conducta tan poco recatada de las mujeres méxicoamericanas, y, en efecto, desde finales del siglo XIX son muchas las canciones y corridos que abordan este tema. Los principales reproches giran en torno a la «liberalidad» de las costumbres y a la autonomía. Así pues, se les critica que lleven el pelo corto (con sorna las llaman “pelonas”) y que las faldas que utilizan no sean suficientemente largas; también, que se vayan de fiesta “solas” y que beban alcohol, que “descuiden” su casa y que no cocinen tanto ni como antes. Pero, sobre todo, se les critica que pretendan imponer su voluntad a los varones, que manden sobre ellos y que lo hagan de modo tan desmedido que puedan incluso llevarlos ante la corte, si son maltratadas. Esta «desfachatez» es vista con estupor, y a algunos les resulta tan increíble que viajan al norte sólo para comprobarlo con sus propios ojos: “Desde México he venido —dice un incrédulo—, nomás por venir a ver esa ley

⁶⁰ Manuel Gamio, *Mexican immigration to the United States: A Study of Human Migration and Adjustment*, Dover, Nueva York, 1971, citado por María Herrera-Sobek en *Northward Bound*, *op. cit.*, p. 280.

americana que aquí manda la mujer” (*Desde México he venido*).

En los años recientes, la apariencia física ha dejado de ser un asunto polémico por la proliferación de «tribus» urbanas y suburbanas nacionales y transnacionales, pero aún se mantiene el diferendo sobre la cuestión de la «igualdad». Ya no se critica a las mujeres que pretenden ser autónomas, e inclusive se reconocen como abusivas algunas situaciones de dominación machista; sin embargo, lo que se tolera menos es que los varones realicen acciones que *no les corresponden*. El narrador de *Muchachas modernas*, por ejemplo, apenas puede terminar su discurso porque casi “no aguanta la risa” de pensar en los “pobrecitos hombres que ahora planchan sus camisas”.

Las mujeres que emigran sin documentos no sólo deben, como los varones, salir adelante en condiciones adversas por su situación de ilegales y cuidar su imagen en relación con su identidad nacional, sino, además, cuidar su identidad de género ante unos hombres mestizos, monolingües, de costumbres y gustos férreos, que son los guardianes celosos de esas identidades.

Ahora bien, como en la representación ideal del «buen mexicano» el carácter seductor es importante y el enamoramiento permite que en las normas haya excepciones, en algunos corridos se tolera que una mujer «de origen mexicano» tenga costumbres americanas e incluso que no hable español. En *Mi pochita*, por ejemplo, el protagonista dice:

Ay, pochita de mi vida, chicanita consentida,
ora sí vengo dispuesto y nos vamos a pasear.

Traigo un corazón sincero, te lo traigo de Laredo
y nomás porque te quiero nos tenemos que casar.

Eres la flor más bonita, y aunque te llamen pochita,
para mí eres una reina y te voy a coronar.

El protagonista de *El bilingüe*, por su parte, llega incluso a aprender algo de inglés para poder comunicarse con su amada, aunque en realidad se comunican mejor mediante otros lenguajes. Según explica este personaje, su novia, nacida en México pero a quien sus padres se llevaron de niña a Estados Unidos:

No sabe hablar español, cuando le hablo no me entiende,
mas los besos que le doy ella bien que los comprende.

Cuando ella vuelva otra vez, escuchará mis canciones;
se las cantaré en inglés, me aprenderé las lecciones.

Y si se quiere quedar, le compraré una casita,
y ahí le voy a enseñar *Spanish* a mi pochita.

En cuanto al deslindamiento entre legales e ilegales, o entre los recién llegados y quienes llevan ya tiempo en Estados Unidos, no son muchos los corridos que hablan de estas tensiones, bien sea por cuidar la imagen del grupo o porque el colectivo principal de oposición a «nosotros, los mexicanos» son «ellos, los anglosajones». Sin embargo, esas tensiones existen, y en algunos corridos se traslucen.

El narrador de *Ciriaco, el mojado* lo dice claramente: “Los que tienen migración y los que son ciudadanos sienten discriminación por los que son sus hermanos”, y agrega, acudiendo a un dicho popular —con el que pretende aportar legitimidad a su decir—: “Hay un dicho que es muy cierto, y se lo digo a mi raza: hay veces que el enemigo se encuentra en su propia casa”.

Este personaje, Ciriaco, había tardado tres meses en llegar a Merced, California, y ahí había estado “quince días sin trabajar, y cuatro más sin comer, y a los tres días de trabajo lo reportó una mujer”. Los migrantes indocumentados están siempre expuestos a la posibilidad de que algún patrón, algún paisano e incluso un «amigo» los denuncie. Es lo que dice el protagonista de *La historia del mojado*, a quien aprehenden el día que se casaba: “Al llegar aquel día de la boda, que juntitos habíamos fijado, me llevaron unos emigrantes porque algún amigo me había reportado”. En realidad, la amistad franca, profunda y leal no parece posible, y los emigrantes están, si no cuentan con una red familiar, solos: “Eternos fueron doce años (...) Por mí mismo he comprobado que allá no tienes amigos, pero gringos y chicanos nunca pudieron conmigo” (*De regreso*).

Gustavo López Castro, en su libro *El río Bravo es charco*, comenta a este respecto:

Los reportes a la migra son el arma que normalmente se usa contra los indocumentados para vengar una afrenta o simplemente para satisfacer un rencor o envidia. Representan para muchos migrantes sin papeles la prueba de la falta de solidaridad que encuentran entre quienes ya se encuentran legalmente de aquel lado, migrantes y chicanos, y una muestra, en ocasiones, de la competencia por los puestos laborales.⁶¹

La explotación por parte de «los nuestros» que ya están situados en una posición socioeconómica mejor también es motivo de reflexión en los corridos, pues como se indica en *Lamento de un bracero*: “Los que dizque son hermanos, fingiendo aliviar los

⁶¹ Gustavo López Castro, *El río Bravo es charco. Cancionero del migrante*, El Colegio de Michoacán, México, 1995, p. 23.

males, a veces nos dan la mano para explotarnos como animales”. Si el abusar de unas personas en situación de fragilidad ya es denunciabile, que esos abusos los realicen quienes deberían sentir a los migrantes como miembros de su propia familia, lo es aún más. Porque «familia» y «casa» son, en los corridos, las metáforas más recurrentes para designar al grupo de «todos los mexicanos», independientemente de su situación legal, un colectivo que se desearía homogéneo y armónico, pero que ya se ve que no es tal.

Además del conflicto que se da *entre* personas o grupos a propósito del diferente estatus legal, los corridos también hablan de la transformación, por este motivo, de *una misma persona*. Es lo que narra *La emigrada*, donde un personaje que obtiene el permiso de residencia deja de considerarse *igual* a quienes *antes* consideraba sus *iguales*:

Ahora que estás emigrada te crees muy americana,
a nadie quieres hablarle, te sientes muy elevada,
te crees porque traes papeles pero no sirven pa' nada.

Cuando vivías en tu pueblo tenías muchas amistades;
ahora no quieres ni hablarles porque ellos son ilegales;
no te acuerdas que pasabas por entre los matorrales.

Andas volando muy alto, no te vayas a caer,
crees que porque traes la mica tienes el mundo a tus pies.
El mundo da muchas vueltas y algún día vas a caer.

En un contexto donde la movilidad social es lo más importante (de hecho, para eso se migra), obtener los papeles para poder trabajar y residir legalmente es un importante ascenso en la escala social. No cabe duda de que quienes los consiguen se encuentran de hecho en una *mejor* posición; por eso, en *¡Ay, Michoacán!* el narrador les recomienda que “no se olviden que un

día cruzaron como cualquier ilegal”.

A la vista de la construcción tan enfática del «nosotros, los mexicanos» que procuran la mayoría de los corridos, sorprende que la *mejor* posición *individual* no implique una lucha por que esos derechos se hagan extensivos al conjunto del colectivo de inmigrantes o por que el difícil camino de acceso a una situación laboral regular sea menos prolongado y tortuoso. Lejos de esto, el discurso de los corridos parece más bien reforzar la jerarquía y la estructura de dominación actual. Es el caso de *Ya nos dieron permiso*, donde al tiempo que se resalta la aportación del trabajo de los inmigrantes ilegales se asume sin reparos que haya unos puestos de trabajo con salarios miserables y que un determinado grupo de personas en situación de indefensión laboral sea el que los ocupe:

Dicen que si hallan mojados al patrón van a multar;
las fábricas y los campos, hoteles y restaurantes,
como pagan muy barato, solos se van a quedar.

Se va a perder la cebolla, el limón y la lechuga,
pues si sacan al mojado quiénes van a trabajar;
nosotros, los ya legales, no vamos a ir a pizcar.

Este discurso refuerza una ideología que incluye categorías de trabajos a las que corresponden categorías de personas, de modo que, así como en los corridos de narcotráfico hay puestos de mando para quienes son «jefes», aquí hay trabajos «miserables» para quienes están en una situación más vulnerable y tienen menor capacidad de obrar.

Como, en cualquier caso, la lucha por los puestos de trabajo es dura, y el progreso de cada uno depende sólo de sí, cualquier

nuevo trabajador dispuesto a no poner condiciones a los patrones de algún modo da alas a la explotación y dificulta cualquier tipo de movimiento en favor de relaciones laborales más justas. De hecho, históricamente las presiones de los trabajadores legalizados fueron muy importantes para que, en 1964, ya no se renovara el Programa Bracero y, hoy en día, parte del mundo sindical estadounidense considera que los «trabajadores huéspedes» quitan empleos a los norteamericanos y hacen más precario el trabajo, porque su modelo de contratación es prácticamente una forma moderna de esclavitud.⁶²

Los emigrantes, entre tanto, plantean que hacer ciertos esfuerzos en relación con la política migratoria es infructuoso. Como concluye el protagonista de *Ya nos dieron permiso*: “Mientras nos prefiera el patrón, nos van a hacer los mandados los jefes de migración”. En el plural de “nos prefiera el patrón” radica la fuerza de estos personajes, pues sólo colectivamente pueden conseguir que los oficiales de migración “les hagan los mandados”. De hecho, si los nuevos trabajadores o aquellos otros que aún no han podido regularizar su situación no cuentan con una red social próxima que los apoye, fácilmente pueden ser eliminados del juego de la competencia laboral, como le ocurrió al protagonista de *La discriminación*, a quien: “En una noche que a mi casa regresaba, frente a una iglesia me aprehendió la inmigración, me denunciaron por envidia mis vecinos y me mandaron de regreso a mi nación”. La posición de fuerza que, en

⁶² Como señalan Arturo Cano y Alberto Nájjar en su artículo, ya citado, “Mexicanos en la lista negra”, «el esquema es sencillito: que vayan, trabajen allá con los menores derechos posibles y regresen a México al terminar las cosechas».

la organización laboral y de cara a las autoridades (es decir, en sentido vertical), estos trabajadores sacan de su propia situación de debilidad como indocumentados, se revierte en su contra en el plano de las relaciones sociales horizontales, pues se genera recelo en otros inmigrantes. De todas maneras, el hecho de que el personaje que ha sido denunciado ante las autoridades migratorias diga que lo ha sido “por envidia” refuerza la representación social del emigrante ilegal como un superviviente, y su historia como una historia de resistencia.

Por este doble combate que tienen que librar los indocumentados (frente al *establishment* norteamericano y frente a los mexicanos que los delatan), el narrador de *Ciriaco, el mojado* confiesa: “Yo quisiera que colgaran a todos los que traicionan a mi raza, para que en serio se vea por lo que Ciriaco pasa”. Los corridos de migrantes, al denunciar las injusticias que viven los indocumentados, muestran las tensiones que vive en su interior la comunidad de mexicanos.

Otras fisuras que revelan los corridos tienen que ver con las relaciones entre los miembros de una familia. Por un lado, el distanciamiento entre padres e hijos a raíz de la distinta socialización de estos últimos en el sistema educativo de Estados Unidos. Al parecer, los separa una «distinta mentalidad». El narrador de *Jaula de oro* dice, por ejemplo: “Mis hijos no hablan conmigo, otro idioma han aprendido y olvidado el español; piensan como americanos, niegan que son mexicanos aunque tengan mi color”. A los conflictos esperables por la brecha generacional se suman los desencuentros por la asimilación de los hijos a la cultura estadounidense, así como la incomunicación propiamente

lingüística, pues a veces la respectiva competencia en la lengua del otro es reducida. Es el caso de *El deportado*^B, que dice: “Mi hijo no habla español, muy apenas me entendió que no me dejan cruzar”.

Finalmente, a veces hallamos deslindamiento entre hermanos verdaderos que han sido criados separadamente, unos en Estados Unidos y otros —normalmente los mayores— en México. El narrador de *El hijo olvidado*, por ejemplo, cuenta que sus hermanos —tardíamente conocidos— no lo reconocen como *igual*, y no comprende que mantengan esta actitud si “llevan la misma sangre”:

Aunque no lo quieran creer, la misma sangre llevamos,
pero se enfrentan conmigo porque yo soy un mojado;
ellos nacieron aquí, se sienten americanos.

Los conflictos pueden ser achacables a la diferente socialización de uno y de otros, o a posibles rivalidades en los vínculos paternofiliales, pero con frecuencia son leídos en clave de discriminación social.

IV

“A LOS GÜEROS NO LES GUSTA
QUE CRUCEMOS LA FRONTERA”

LA RELACIÓN CON LOS ANGLOSAJONES

“Recorrí varios estados de la Unión y siempre sentí la falta de estimación”

Entre los mexicanos y los estadounidenses ha existido una animadversión que puede remontarse a la rivalidad y a las diferencias culturales entre la Inglaterra protestante y la España católica, pues el que la metrópoli fuera reformista o contrarreformista también marcó a las colonias. Sin embargo, en el norte de México/suroeste de Estados Unidos los conflictos comenzaron cuando, a principios del siglo XIX, se hicieron masivas las incursiones de anglosajones provenientes del este en los territorios donde los españoles habían fundado misiones y poblados. La confluencia en el tiempo del expansionismo norteamericano y de la lucha de México por consolidar su independencia de España (además de los propios problemas de España con la Francia napoleónica y sus intentos por recuperar sus colonias), dan lugar a relaciones políticas, económicas, militares y sociales muy complejas.

Tomemos como ejemplo lo ocurrido en Texas, región que ya se disputaban Estados Unidos y España por lo menos desde 1803, cuando sin ningún fundamento la Unión Americana quería incluirla como parte de la Louisiana que acababa de comprarle a Francia. En 1815, cuando el insurgente⁶³ Bernardo Gutiérrez de Lara consigue apoderarse de San Antonio y declarar la «independencia de Texas», se vió en la necesidad —puesto que parte de su gente eran aventureros norteamericanos que compartían los afanes expansionistas de la Unión— de emitir un decreto especial en

⁶³ Así se llama a quienes lucharon por la independencia de México.

el que aclaraba que su intención no era separar a esa provincia del resto de la Nueva España, sino que la acción constituía el primer paso para que ésta obtuviera su independencia, lo que no se consiguió porque un *triple agente* (Joseph Álvarez de Toledo) dividió a las fuerzas de Gutiérrez de Lara y facilitó la restauración del orden virreinal.⁶⁴

Unos años más tarde, cuando México ya se había independizado (1821), Estados Unidos quiso convencerlo de la «conveniencia» de recorrer hacia el oeste la frontera para, entre otras cosas, que no siguiera sufriendo los fieros ataques de los indios nómadas, a los que, a cambio de esta cesión de terreno, los estadounidenses contendrían. Como así no convencían al gobierno mexicano, directamente se ofrecieron a comprarle Texas, pero esto no fue aceptado.⁶⁵ Ahora bien, en 1836, Texas, por razones diversas —entre ellas la instigación de los esclavistas norteamericanos⁶⁶—, se proclamó república independiente. Los Estados Unidos, con el pretexto de asegurarse de que no les afectarían los conflictos entre los mexicanos y los secesionistas, fueron introduciendo sus soldados en Texas, que en 1845 se anexó a la Unión (en segundo

⁶⁴ Cfr. Josefina Zoraida Vázquez y Lorenzo Meyer; *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico, 1776-2000*, Fondo de Cultura Económica, 4ª ed., aumentada, México, 2001, p. 31.

⁶⁵ Dicen Josefina Vázquez y Lorenzo Meyer que los norteamericanos «siempre han criticado “la terquedad” del gobierno mexicano a no querer vender tierra casi deshabitada, a pesar de la bancarrota en que se encontraba el Estado, y [sin embargo] de otorgar gratis generosas concesiones [ya que al mismo tiempo querían poblar la zona]. No han podido comprender que para los mexicanos el territorio no era mercancía, sino un legado ancestral, puesto que carecían de la larga experiencia norteamericana de compra de tierras a la Corona inglesa, a los indios, a Francia y a España. La apreciación de la situación es, y aún parece serlo, irreconciliable». *Ibid.*, p. 38.

⁶⁶ En México estaba prohibida la esclavitud —así como el tributo indígena—, y ese fue otro punto de gran discordia, pues México se negaba a devolver a los esclavos fugitivos que entraban a territorio mexicano; antes bien, los declaraba libres. No obstante, algunos nuevos colonos norteamericanos se instalaron con esclavos en Texas y consiguieron un periodo de exención sobre esta materia. Luego, la constitución texana, que se inspiraría en la de los estados sureños de la Unión, sería aún más esclavista que ésta, pues prohibía la liberación de esclavos sin permiso previo del Congreso.

intento, pues un año antes el Senado estadounidense no lo había aprobado), y este hecho provocó la ruptura de relaciones entre México y Estados Unidos. Un incidente relativamente menor en la zona fue el detonante de una guerra de conquista por parte de Estados Unidos que duró casi dos años (1846-1848) y que, a pesar de haber llegado los anglosajones hasta la ciudad de México, concluyó «solamente» con la toma de Nuevo México, Arizona y la Alta California (incluyendo el disputado San Diego), además de la confirmación de la anexión de Texas.

Respecto del territorio perdido decimos que fueron «solamente» dos millones y medio de kilómetros cuadrados porque los estadounidenses deseaban también la cesión de la Baja California, de Sonora y el tránsito perpetuo por el Istmo de Tehuantepec —un paso interoceánico en el sur de México, mucho más próximo que el Canal de Panamá—, por no hablar del movimiento —en algún momento bastante fuerte— que estaba en favor de la absorción de todo el país. Por otro lado, también sorprende que México no se desmembrara por completo puesto que en el interior vivía —y viviría aún por unos años— una situación sumamente delicada, con levantamientos indígenas, incursiones filibusteras, disputas entre federalistas y centralistas en cuanto a la organización política de la República y entre moderados y liberales en cuanto a las relaciones con la Iglesia y otros aspectos de la vida social.⁶⁷ Además, había ánimos de secesión en varias regiones porque se había adoptado un régimen centralista, ánimos

⁶⁷ En 1858 llegaron a establecerse dos gobiernos en México: uno liberal, en Veracruz, encabezado por Benito Juárez, y otro conservador, en la ciudad de México, al mando de Félix Zuloaga, quien había conseguido que se aboliera la Constitución (de corte liberal) promulgada un año antes. Así se inicia la Guerra de Reforma, que termina en 1860.

que por cierto eran incentivados por los estadounidenses.

La guerra con Estados Unidos terminó con la firma del Tratado de Guadalupe-Hidalgo, en el que queda constancia de que México trató de asegurarse de que los derechos de los mexicanos fueran respetados, al igual que sus propiedades. Sin embargo, así como no se evitaron los ataques de los indios ni de los filibusteros (compromisos que habían adquirido los norteamericanos), ni se aceptó la derogación de la esclavitud (petición reiterada de México), tampoco se respetaron los derechos de los mexicanos, que según el documento debían ser como los del resto de los ciudadanos de Estados Unidos.

El despojo territorial fue acompañado de intimidaciones, linchamientos, azotes, encarcelamientos, expulsiones y otras formas de humillación y segregación, como la obligación de obtener certificados de «buena conducta» o leyes específicas que dañaban sus intereses económicos, como la ley que prescribía que todos los «extranjeros» debían obtener un permiso mensual que costaba 20 dólares para poder realizar actividades vinculadas a la minería (recordemos que fue precisamente en 1848 cuando se descubrió oro en California) o la prohibición a los comerciantes de vender suministros y provisiones a esos tales mineros «extranjeros».

La tensión racial fue en aumento; las hostilidades mutuas crecieron hasta límites de notable crueldad, y no terminaron hasta que fueron expulsadas, encarceladas o limitadas de otro modo en su capacidad de acción casi todas las personas de rasgos «hispanos». Otros extranjeros, alemanes, franceses e incluso australianos, eran considerados, en cambio, «americanos».

En este ambiente de discriminación social, económica y legal surge, en el año 1850, el «bandido social» más célebre de California: Joaquín Murrieta, personaje de grandísima fama que mencionamos aquí no sólo porque tenga uno de los corridos más famosos, sino porque su vida—el sentido que los mexicanos le han dado a su vida y a su muerte— tiene una fuerza en el imaginario colectivo que sigue plenamente vigente. Cuenta la leyenda que el hermano de Joaquín Murrieta fue ahorcado después de haber sido acusado falsamente de haber robado una mula. Joaquín, por su parte, fue acusado de complicidad, y su esposa fue violada y asesinada. Después de estos sucesos, Joaquín se dedicó al pillaje y a buscar venganza, pero algunos le atribuyen metas incluso políticas, como formar un pequeño ejército y tratar de que California volviera a ser parte de México. El 25 de julio de 1853, el jefe del grupo de 25 hombres que Estados Unidos creó especialmente para capturarlo apareció con la que se consideró la cabeza de Joaquín, que fue exhibida por varios pueblos y ciudades. Pues bien, sobre la vida de Joaquín Murrieta se han hecho novelas, obras de teatro y películas⁶⁸, y la vigencia de su fuerza como símbolo de resistencia queda demostrada en el hecho de que en un corrido del año 2000 se escuche:

⁶⁸ Su primera «biografía» apareció tan pronto como en 1854; se tituló *Life and Adventures of Joaquín Murrieta, the Celebrated California Bandit*, y la escribió John Rollin Ridge, un medio indio cherokee llamado *Yellow Bird*. Luego vinieron otras, además de obras de teatro, novelas históricas varias, versiones folletinescas que se publicaron en diarios y hasta películas como *The Robin Hood of El Dorado* (de 1936), basada en la novela homónima que Walter Noble Burns publicó en 1932. Su leyenda pasó de Estados Unidos a Europa y volvió a América pasando por Chile, pues, entre otros, Pablo Neruda tiene una obra sobre la vida de este personaje, de quien algunos sostienen que era chileno. (Estas referencias, y decenas más, aparecen en *Northward Bound*, de María Herrera-Sobek, *op. cit.*, pp. 16-33.)

A esos racistas cobardes se les tiene que parar,
Joaquín Murrieta es ejemplo y ahora lo vamos a honrar;
cuando se enciende la sangre, nada la puede apagar.
*A quien corresponda*⁶⁹

La convivencia temprana entre mexicanos y anglosajones marca aún hoy las relaciones entre estos dos grupos nacionales, y hay que tenerla en cuenta para comprender la producción corridística nortea contemporánea. No obstante, conviene señalar otros dos desarrollos históricos que también son relevantes para el estudio de los corridos. En primer lugar, las consecuencias de la guerra con Estados Unidos en relación con la identidad nacional. En el interior de México, la sacudida moral de haber perdido la mitad del territorio no sólo obligó a reorganizar el funcionamiento del Estado, sino que, a pesar de los múltiples conflictos políticos, comenzó a generarse una cierta cohesión nacional que giraba en torno al antiimperialismo y que, como se ha dicho en el capítulo anterior, se reforzaría en el siglo xx con el «nacionalismo revolucionario».

Entre tanto, en los que habían sido territorios mexicanos y, previamente, novohispanos, la identificación como grupo perseguido comenzó a transformarse en identificación étnica, social y nacional pues, como afirma José Manuel Valenzuela en *Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México*, «la frontera era una realidad diferente de la demarcada en los Tratados de Guadalupe-Hidalgo. (...) La frontera se estaba construyendo en

⁶⁹ Este corrido pertenece al álbum titulado significativamente *De paisano a paisano*, de Los Tigres del Norte.

las diferencias entre “ellos” y “nosotros”». ⁷⁰

Como será evidente en los corridos, la cuestión de la identidad «nacional» influirá en la representación de cualquier tipo de hechos en que participen ambas naciones. La persona que en *El mexicano mojado* muere apaleada por los agentes fronterizos norteamericanos, por ejemplo, no es un «simple» inmigrante ilegal, sino “un mexicano mojado”. En este sentido, los agresores no sólo ofenden la dignidad de un ser humano, sino que ofenden a la nación encarnada en cada uno de sus ciudadanos. La conclusión del corrido es clara al respecto: la tumba en que descansa el fallecido acoge a gente que no tiene nombre propio pero que, sin embargo, sí tiene identificada su nacionalidad: “En una fosa común ya descansa un mexicano”, dice el narrador. Lo «común» de la fosa es la mexicanidad, principal aspecto generador de un «nosotros» en el discurso de estos corridos y también, sin duda, estrategia fundamental para conseguir la identificación del público.

El segundo aspecto histórico importante para comprender los corridos norteños actuales es la «desaparición», como actores sociales reconocidos en el ámbito público, de los mexicanos que quedaron en las tierras perdidas en la guerra. En efecto, después de que México les ofreciera algunas «facilidades» para que se trasladaran más al sur si querían seguir en el país, o, si preferían quedarse donde estaban, haberles buscado (fallidamente, como se ha dicho) garantías de parte de los norteamericanos, se desentendió de ellos. Por lo que toca a Estados Unidos, María Herrera-Sobek

⁷⁰ José Manuel Valenzuela, *Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México*, Plaza y Janés, México, 2002, pp. 18-19.

escribe:

Un intencional abandono y la leyenda negra tuvieron como efecto último que la población méxicoamericana se transformara en una minoría invisible, un pueblo sin reconocimiento formal en los libros de historia, en los medios, en el gobierno, en las instituciones públicas o en la estructura socioeconómica. Parecía como si esta gente nunca hubiera existido, como si no hubiera contribuido al desarrollo y el enriquecimiento de este gran país. No ha sido sino hasta los años recientes, y gracias al impulso de los propios méxicoamericanos, que se está reevaluando, revisando, la historia de Estados Unidos y el papel que en ella han tenido los ciudadanos méxicoamericanos.⁷¹

Estas palabras son pertinentes no sólo para la gente que puede remontar la presencia de su familia en la región incluso al siglo XVI, sino también para quienes, ya en los siglos XIX y XX, nacieron al sur de la nueva frontera y, a pesar de los pesares, nunca dejaron de viajar hacia el norte, atraídos primero por la fiebre del oro y luego por el desarrollo industrial y agrícola norteamericano.

⁷¹ María Herrera-Sobek, *Northward Bound*, *op. cit.*, p. 5. (La traducción es mía.)

“Si ese suelo necesita nuestras fuerzas”

Los emigrantes, como colectivo, siempre han estado conscientes del papel que han desempeñado en la historia de Estados Unidos, de lo que han contribuido a su progreso, y de ello queda constancia, si no en las historias oficiales, sí en los corridos. El corrido norteño *de migrantes* más antiguo del que se tiene noticia, *El corrido de Kiansis* (Kansas), data de 1860 y habla de la trashumancia (“Cuando salimos pa’ Kiansis con una grande partida, ¡ah, qué camino tan largo, no contaba con mi vida! Nos decía el caporal, como queriendo llorar: «allá va la novillada, no me la dejen pasar»”). Una década más tarde proliferan corridos y canciones que describen el trabajo de los mexicanos en la construcción de las vías ferroviarias del centro-oeste y de la costa del Pacífico, y luego vendrían los que narran su vida como peones del campo y como trabajadores de la construcción. En *El traque*, por ejemplo, consta el paso del protagonista por varios oficios:

Al llegar a la estación, me tropecé con un cuate
y me hizo la invitación de trabajar en “el traque”.
Yo, “el traque”, suponía que sería algún almacén,
y era componer la vía por donde camina el tren.

(...)

Cuando me enfadé del traque me volvió a invitar aquel
a la pizca del tomate y a deshijar betabel.

(...)

Mi cuate, que no era maje, él siguió dándole guerra
y al completar su pasaje se regresó pa’ su tierra.
Y yo hice cualquier bicoca y me fui pa’ Sacramento;
cuando no quedó ni zoca tuve que entrarle al cemento.

Los mexicanos siguieron trabajando en labores agrícolas y en la construcción, pero se incorporaron también como obreros industriales y trabajadores en el sector de servicios. “Fui lavaplatos, ayudante y cocinero”, dice el protagonista de *La discriminación*, mientras que el que se casó con *La bracera* “pizc[ó] limón y naranja, subía y bajaba escaleras”.

En tan larga historia de migración hacia el norte, las políticas del gobierno norteamericano hacia los inmigrantes mexicanos, y las actitudes de los estadounidenses en general hacia sus vecinos, no siempre han sido las mismas. Nunca han sido, ciertamente, de aceptación entusiasta (salvo, quizá, cuando se consideró imprescindible su fuerza de trabajo, en los años de construcción del ferrocarril transcontinental y en la Segunda Guerra Mundial); más bien han oscilado entre una tolerancia muy cercana a la indiferencia y una criminalización oportunista, dependiendo de la situación económica del país, de coyunturas electorales, de situaciones de efervescencia social (como los movimientos por las libertades civiles en los años 70, o de limitación de esas mismas libertades a partir del 2001) e incluso simplemente de los ciclos agrícolas.

En particular, los corridos denuncian la hipocresía de unos discursos oficiales más o menos circunstanciales y de unas prácticas policiales motivadas por intereses patronales o políticos muy concretos:

La migra no nos molesta cuando estamos trabajando,
con tarjeta o sin la mica, aquí mismo nos quedamos.
Cuando el trabajo termina, entonces viene la migra,
de a uno nos van corriendo, ¡ay, qué suerte tan cochina!

A dos dólares la hora

Es interesante, en este sentido, la denuncia de la instrumentalización de los propios migrantes ilegales para sabotear las acciones de fuerza de los obreros agrícolas ya organizados, cuando comenzó a haber esas medidas de presión por la obtención de mejoras laborales. Habría que señalar aquí que el corrido fue, en tiempos de la *United Farm Workers* (el sindicato de trabajadores agrícolas mexicanos que organizó el líder chicano César Chávez), una herramienta importante para generar conciencia de clase y, a tenor del siguiente extracto, regular comportamientos para evitar el enfrentamiento entre los migrantes recién llegados y los que ya tenían legalmente un trabajo:

...Me pasé al otro lado, tuve que hacerla de alambre.
A los poquitos momentos me agarra la inmigración,
me dice: “Tú eres alambre”, le contesté: “Sí, señor”.
“De eso no tengas cuidado, tal vez tengas tú razón.

Si tú quieres trabajar, no más que no seas Chavista,
yo mismo te he de llevar a manos del contratista.
Le estamos dando la chanza a todos los alambristas”.

Nos llevaron para un campo, junto con chavos de escuela,
rodeados de policías que provocaban la guerra
para quebrar una huelga en el Valle de Coachella.

Policías e inmigración, unidos con los rancheros,
conspiración contratista por el maldito dinero,
en contra de nuestra gente parecían unos perros.
(...)

Después salimos en huelga para ayudar a la *unión*⁷²,
el desgraciado contratista nos echó la inmigración.
Esposados de las manos nos llevan a la prisión.

Yo les digo a mis amigos: “Más vale jalar parejo;
nunca crucen la frontera en calidad de conejo;

⁷² Se refiere al sindicato.

menos a quebrar la huelga, que ya no sean tan pendejos”.

El corrido del ilegal

Además de poner en evidencia que las políticas migratorias responden a coyunturas socioeconómicas y políticas, los corridos cuestionan las bases del discurso de las autoridades norteamericanas al poner en tela de juicio que «ser mojado» sea «un delito», o al menos que sea un delito como otros. Por eso, los personajes a veces se quejan de que al aprehenderlos los lleven “cargadito[s] de cadenas, como a cualquier criminal” (*De aquellas idas al Norte*). El protagonista de *Triste aventura* coincide en esto al decir: “Como cualquier delincuente, por no traer papeles fui a dar a prisión, ahí había más mexicanos detenidos como yo, y eso para el mexicano es muy grande humillación”.⁷³

Así pues, las actitudes de indiferencia o de rechazo que los estadounidenses han tenido (simultánea o alternativamente) hacia los mexicanos que están en su territorio son denunciadas en muchos corridos como injustificada criminalización o como falta de reconocimiento. En el interludio «declamado» del corrido *De paisano a paisano* se formula claramente la exigencia de reconocimiento que plantea este colectivo:

Antes de seguir cantando, yo le pregunto al patrón: Quién recoge la cosecha, quién trabaja en la limpieza, hoteles y restaurantes, y quién se mata trabajando en [la] construcción

⁷³ Que los trabajadores indocumentados son tratados “como cualquier criminal” es cada vez más evidente. En la operación «Devolución al origen» (*Return to Sender*), que se desarrolló del 26 de mayo al 9 de junio del 2006, fueron arrestados 2,179 extranjeros «criminales» que, según el secretario de Seguridad Interior, Michael Chertoff, «amenazaban la seguridad pública de cientos de vecindarios y comunidades». Algunas de las personas detenidas (procedentes de más de 15 países) habían cometido violaciones, asaltos, secuestros, pertenecían a pandillas callejeras o traficaban drogas, pero 640 eran indocumentados considerados «fugitivos» sólo porque habían sido citados para que los deportaran y no habían acudido a la cita.

(...) Muchas veces ni nos pagan [y] para que sane la llaga,
como sal envenenada nos echan la inmigración.

El narrador pone en circulación una representación del grupo como trabajadores esforzados, honrados y nada agresivos, representación que tiene por objeto contrarrestar la imagen de delincuentes o de parásitos que promueven los sectores dominantes en Estados Unidos. Y aunque no escuchamos directamente el discurso de las autoridades, sabemos lo que afirman por lo que los emigrantes niegan: “No somos bandidos, venimos a *camellar* [trabajar]”, decía ya en 1929 un personaje que estaba a punto de ser *El deportado*⁶; a fines de los años 70, *El mojado remojado* afirmaba: “Vivo del trabajo honrado y no de vago me mantengo (...) Si me agarran trabajando, el trabajo no denigra”, y en el año 2001, el protagonista de *Somos más americanos* aseguraba: “No vengo a darles guerra: soy hombre trabajador”.

Además de valorar el trabajo de los inmigrantes, los corridos critican las actitudes humillantes que éstos enfrentan y el sinsentido de las descalificaciones que sufren. Por ejemplo, el protagonista de *Mexicano cien por ciento* dice:

Si ese suelo necesita nuestras fuerzas
y los gringos nuestro apoyo pa' valer,
yo no entiendo por qué, entonces, nos desprecian
si ese suelo lo trabajamos tan bien.

De Jalisco, Michoacán y Zacatecas,
de Chihuahua, de Durango y de San Luis,
de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas
son los que hacen esta tierra producir.

Estas composiciones denuncian la invisibilidad, la discriminación, el racismo y la «mala prensa». En algunos

personajes, esto no hace mella en su ánimo. Tal es el caso del protagonista de *Ando de mojado*, que dice: “Ando de mojado, pero estoy contento, no importa que digan que ‘es un ilegal’; si esto es un pecado, de veras lo siento; sólo vine al jale, no soy criminal”. Otros, en cambio, exigen que quienes los incriminan reflexionen: “Que me digan si es delito trabajar honradamente, lo que gano lo desquito y se lo mando a mi gente; lo digo recio y quedito, yo no soy un delincuente” (*La zanja*). Queriendo superar una posición legalista de visión estrecha, plantean que no puede estar *mal* aquello que se hace *bien* y *para bien*. Si el trabajo es honrado (si “no le hacemos mal a nadie”, como se afirma en *Las redadas*^B) y si la finalidad es justa e incluso buena (pues el objetivo es que “su gente” tenga una vida mejor), es el carácter delictivo de su acción lo que habría que revisar. Aquí, la legalidad es vista, no como elemento de articulación social, sino como fuente de injusticias, de modo que las leyes pierden su carácter de normas legítimas que deben ser cumplidas.

Ahora bien, al mismo tiempo que los personajes inmigrantes rebaten los discursos que los incriminan, realizan un trabajo de autoafirmación que a veces raya en la exageración, pero cuyo sentido es siempre contundente: “¿Cómo la ven con los güeros con su discriminación para la gente latina que enriquece a la nación?”, pregunta el narrador de *Brian Barker*⁷⁴, que agrega: “Si no fuera por nosotros, no trajeran ni calzón”. En el mismo tono habla el protagonista de *Mojado de corazón*^B: “A los güeros no les

⁷⁴ De acuerdo con el musicólogo Elijah Wald, Brian Barker es un *sheriff* de Carolina del Sur que se autolesionó y luego acusó a la comunidad latina de haberle disparado. (En Elijah Wald, *Narcocorrido. Un viaje al mundo de la música de las drogas, armas y guerrilleros*, HarperCollins, col. Rayo, Nueva York, 2001, p. 142.)

gusta que crucemos la frontera; si en el campo no trabajan, ¿quién cultivará la tierra? Que le den gracias a Dios que hay mojados por doquiera”. Con la intuición de que las dependencias casi siempre son co-dependencias, transforman su necesidad en aportación y el privilegio de los otros en carencia.

Dando un paso más en el trabajo de mejora de la imagen del grupo, y mostrando cuánto puede coincidir su ideología con la ideología dominante en el país «de acogida», a veces, después de resaltar su papel como fuerza laboral, ensalzan su valor como consumidores y usuarios de servicios. Por ejemplo, en *Vivan los mojados* se dice que “esos salones de baile, todos los van a cerrar, porque si se va el mojado, quiénes van a ir a bailar”; y en *El mojado remojado* el protagonista directamente se asume como “consumidor número uno de tiendas y restaurantes”.

En este registro consciente de aportaciones valiosas a Estados Unidos se incluye la participación de los mexicanos en conflictos bélicos, ya fuera en la Primera o la Segunda Guerra Mundial, en la guerra de Corea, en la de Vietnam, en la del Golfo o, mucho más recientemente, en la invasión de Irak. El *Corrido de Cleto Rodríguez*, por ejemplo, refiere el homenaje que se ofrece el 23 de octubre de 1945 en San Antonio, Texas, a este “soldado popular”, por quien “la colonia mexicana grita de orgullo y pudor: «Cleto Rodríguez nos honra con la medalla de honor»”. Según la narración, “Rodríguez fue voluntario a demostrar su valor, mató ochenta y dos nipones, y los mató de un jalón”. El corrido *El Padre de un soldado*, por su parte, narra las angustias de “un padre como hay muchos, que no hallamos qué pensar, pues tenemos nuestros hijos allá peleando en Vietnam. Virgencita milagrosa, vuévelos

como se van”.

Son muy numerosas las composiciones que registran esta participación, y algunas la vinculan explícitamente con el reconocimiento que los norteamericanos deben a los migrantes o a los hijos de migrantes que se enrolan en sus filas.⁷⁵ Es el caso de *Los hijos de Hernández*, un corrido en el que se obtiene el deseado reconocimiento —al menos en el plano de la ficción. Trata de un ciudadano norteamericano de origen mexicano que ha estado de visita en México, cuyos hijos se han alistado en el ejército y uno de los cuales ha muerto “en acción”. Al cruzar la frontera de regreso a Estados Unidos, un oficial le pide los papeles y murmura: “Ya con tantos emigrados muchos norteamericanos no pueden ni trabajar”, a lo que el mexicano contesta:

Eso que tú has murmurado
tiene mucho de verdad:
los latinoamericanos
a muchos americanos
le han quitado su lugar.

Sí, muy duro trabajamos,
tampoco no nos rajamos
si la vida hay que arriesgar
en los campos de combate;
nos han echado adelante
porque sabemos pelear.

⁷⁵ En mayo del 2002, nueve de cada cien soldados estadounidenses eran de origen latino, cifra que crecería unos meses más tarde a raíz de que George W. Bush firmara (en julio de ese año) el recurso de “naturalización expedita” para que los residentes legales que se incorporaran a las Fuerzas Armadas pudieran obtener la ciudadanía por vía rápida. En un año se enrolaron 5300 extranjeros, algunos de los cuales recibieron la ciudadanía estadounidense *post mortem*. En el 2006, la proporción de mexicanos debía ser alta —al menos en las ramas con más vulnerabilidad a bajas: los infantes de Marina y las tropas del Ejército—, pues Los Tigres del Norte informaron que habían sido invitados a dar un concierto para los soldados que estaban en Irak a finales de ese año.

Aquí nacieron mis hijos,
que ignorando los prejuicios
y la discriminación,
su patria los reclamaba
y en el campo de batalla
pusieron el corazón.

Ahí nadie se fijaba
que Hernández ellos firmaban;
eran carne de cañón.
Quizá mis hijos tomaron
el lugar que no llenaron
los hijos de algún sajón.

Si en la nómina de pago
encuentras con desagrado
mi apellido en español,
lo verás en otra lista
que a la hora de hacer revista
son «perdidos en acción».

La conclusión, que acerca la ficción histórica al género fantástico, corre a cargo del narrador, que dice: “Mientras esto le gritaba, el *emigrante* [el policía de migración] lloraba y dijo con emoción: «Puedes cruzar la frontera, ésta y las veces que quieras. Tienes más valor que yo»”. Esto sí que es justicia *poética*.

Los corridos pueden funcionar como mecanismos de compensación simbólica, pero también sirven para exorcizar la culpa, como ocurre con *Tormenta del desierto*⁷⁶:

Si supieras, papá, lo infeliz que me siento
en la guerra infernal “Tormenta del desierto”.
Pienso en ti y en mamá a cada momento,
que llorando han de estar porque piensan que he muerto.

⁷⁶ Nombre de la operación con que dio inicio la Guerra del Golfo Pérsico, en enero de 1991, contra las fuerzas de Irak, que había invadido Kuwait en agosto del año anterior.

Me quisiste dar lo que yo no he pedido,
me ayudaste a forjar con tu amor mi destino.
Me supiste querer antes de haber nacido;
me trajiste a nacer a un país que no es mío.

En tanto que discurso, los corridos son siempre reinterpretados por los nuevos públicos que los escuchan, pero a veces también son *adaptados* por quienes los cantan, si las situaciones que narran son análogas aunque pertenezcan a tiempos diferentes. Puesto que en Estados Unidos la experiencia de tener a alguien cercano participando en una guerra es, lamentablemente, recurrente, no es difícil encontrar actualizaciones como la del *Corrido de Johnny López*, un mexicanoamericano a quien:

Lo enlistaron en el ARMY por órdenes del tío Sam,
como iba mero adelante lo mataron en *Irak* [antes decía Vietnam].
(...)
Dicen los americanos que para el año *tres mil* [dos mil]
llenarán toda la luna con sus torres de misil.
[llegarán hasta la luna en su torre de marfil.]

El corrido mismo avisaba ya que su sentido no caducaría, pues la penúltima estrofa dice: “Con esta ya me despido, cuánta tristeza me da; no olviden a Johnny López, que ahorita naciendo está”. Y es que los corridos cuentan historias singulares que pueden hacerse extensivas a todo el grupo concernido.

Otro argumento de peso contra el desprecio y la criminalización es la Historia, por la cual se cuestiona la legitimidad de Estados Unidos para invocar su soberanía y la legalidad de sus propios límites fronterizos. Dice el corrido *Somos más americanos*:

Ya me gritaron mil veces que me regrese a mi tierra
porque aquí no quepo yo. Quiero recordarle al gringo:
yo no crucé la frontera, la frontera me cruzó.
América nació libre, el hombre la dividió.

Ellos pintaron la raya para que yo la brincara
y me llaman invasor; es un error bien marcado,
nos quitaron ocho estados: ¿quién es aquí el invasor?
Soy extranjero en mi tierra...

Este argumento es muy reiterado, y buscaría el reconocimiento de unos derechos *originarios* que de alguna manera impugnaran la legislación actual: “Los gringos reniegan de nuestros hermanos y dicen que llegan de rumbos lejanos, se les ha olvidado que su territorio se lo arrebataron a los mexicanos”, se dice en *Los buenos vecinos*; en *El pocho*, entre tanto, se escucha: “Texas, Arizona, todo California y Nuevo México eran mis terrenos, antes que los güeros allí estaba yo”. Este «yo» que habla corresponde al personaje «pueblo mexicano», que no pretende cambiar la historia pero que tampoco desea que ésta se olvide: “En la Unión Americana nos tienen que respetar (...) Estas tierras fueron nuestras, no se me puede olvidar” (*Mojado de corazón*⁸).

Como se ve, en el trabajo discursivo de descarga de estigmas, los narradores no sólo acuden al pasado histórico lejano, sino también a acontecimientos más recientes, aunque sin tomar una postura ideológica clara en términos geopolíticos; más bien es la actitud imperialista, la soberbia del vecino poderoso, lo que se critica: “Pero qué poca memoria la que tienen esas gentes: ellos pisotean los pueblos con sus guerras indecentes, ahora agreden dentro y fuera de nuestra patria a mi gente” (*A quien corresponda*).

Además de los argumentos de orden legal, los corridos señalan como motivo de maltrato y discriminación aspectos culturales y raciales. Al parecer, las diferencias entre «mexicanos» o «latinos», por un lado, y los «gringos» o los «anglos», por otro, no sólo sirven para generar un «nosotros» entre los migrantes, sino para que «ellos» *nos* reconozcan como «los otros». En *Vivan los mojados* se dice que los buscan “porque estamos ilegales y *no hablamos el inglés*”.

Este asedio apoyado en razones culturales —y raciales— inevitablemente alcanza también a los ciudadanos americanos de origen mexicano, como indica el protagonista de *Sangre azteca*, que dice:

Aunque nací en California, me siento muy mexicano;
mi madre fue de Jalisco y mi padre michoacano.
(...)
De herencia traigo en mis venas la sangre de indio tarasco
y por ser de piel morena y mis desplantes de macho,
los gringos quieren sacarme, pero han de sudar un rato.

Según el discurso de estas canciones, los anglosajones construyen, al igual que los mexicanos, una identidad colectiva «propia» de carácter etnicista. Esto no implicaría más que indiferencia o desprecio mutuos si no fuera porque la diferencia es también económica y de posición social. La asimetría da lugar a abusos de poder, y por eso la “falta de estimación” de la que habla el protagonista de *El canto del bracero* se llama de otra manera. Él mismo lo especifica: “Que es que dicen que es *discriminación*”.

Conviene reiterar aquí la importancia que se atribuye a la diferencia lingüística como elemento de xenofobia. El padre del soldado muerto en *Los hijos de Hernández* resaltaba el

“desagrado” con el que frecuentemente era visto “su apellido en español”, y el protagonista de *La migra* asegura que los agentes norteamericanos asumen “que eres mojado si no les hablas inglés”. En situación de ilegalidad, en efecto, este rasgo acaba imponiéndose como la diferencia insuperable. Así lo confirma —aunque en tono de broma— el protagonista de *Los mandados*, quien después de fracasar varias veces en su intento por cruzar la frontera decide “disfrazarse” de anglosajón, pero no consigue disimularlo todo: “Me disfracé de gabacho —dice— y me pinté el pelo güero”, pero “como no hablaba inglés, que me retachan de nuevo”.

Numerosos corridos denuncian un acoso motivado únicamente por los prejuicios (raciales, culturales, sociales), y por eso el protagonista de *La migra*, que ya se ha cansado de que lo detengan constantemente sin razón alguna, pregunta: “¿Cuál es su criterio que usan pa’ reconocer mojados?”, y añade, sabiendo lo que subyace al hostigamiento que vive: “Soy pobre y color café, y también soy ciudadano”.

“Patrullando fronteras no nos pueden domar”

Cuando los emigrantes cruzan por primera vez la frontera, lo hacen con miedo, y muchos corridos así muestran a los personajes. Sin embargo, en las composiciones que abarcan periodos amplios de su vida, y sobre todo cuando hablan en primera persona los protagonistas, el cruce de la frontera suele presentarse como un desafío asumido con entereza y arrojo:

Me costó trabajo para cruzar el río Bravo,
y fue por El Paso donde a la migra burlé;
no tenía experiencia, y sin pollero arreglado,
fue una penitencia, pero jamás me rajé.

Ando de mojado

Cuando yo me fui p'al norte,
me colé por California,
yo no tenía cartilla ni pasaporte,
ni amigos, ni palancas en migración,
pero me colé con resolución.

El canto del bracero

Se combinan la astucia para esquivar a los agentes, la valentía para asumir los peligros que vendrán y la fuerza de voluntad para no claudicar. Esto es, en «mexicano», “no rajarse”: aceptar el desafío e ir hacia adelante. “Tanteando bien a los *rinches* y nadando como pez, atravesé la frontera de una y decidida vez” (*El canto del chicano*).

Muchas opciones no les quedan, de todos modos, a estos personajes, si han de cumplir lo que se espera de ellos, pues el migrar hace tiempo que es algo muy similar a un rito de paso en

muchos de los pueblos que históricamente han «exportado» mano de obra. Fracasar puede poner en cuestión la propia identidad, sobre todo la de los varones, y por eso algunos corridos que recogen la «vergüenza» de no haber superado la prueba muestran a personajes que se niegan a volver a sus lugares de origen:

Yo quería cruzar la línea de la Unión Americana,
yo quería ganar dinero porque esa era mi tirada.

Como no tenía papeles, mucho menos pasaporte,
me aventé cruzando cerros, yo solito y sin coyote.

(...)

Después verán, cómo me fue,
llegó la migra, de las manos me amarraron,
me decían no sé qué cosa, en inglés me regañaron,
me dijeron los gabachos: “Te regresas a tu rancho”,
pero yo sentí muy gacho regresar a mi terruño
de bracero fracasado, sin dinero y sin hilachos.

El bracero fracasado

Así las cosas, no es extraño que los emigrantes aparezcan con frecuencia orando, pidiendo al cielo ánimo para que no flaquee su voluntad y protección para que la ilusión de cruzar la frontera y trabajar *al otro lado* se haga realidad. Son muchas las composiciones que muestran estos sentimientos, pero *El santo de los mojados* lo hace de una forma excepcionalmente notable por las varias fibras que toca (religiosa, política, sentimental), porque abarca la diversidad de problemas que enfrentan los migrantes y porque presenta claramente la solución a la que, hoy por hoy, aspiran.⁷⁷ El personaje que ora se dirige a San Pedro, quien ya se sabe que tiene a su cargo las llaves... del paraíso:

⁷⁷ *Pacto de Sangre*, el disco de Los Tigres del Norte al que pertenece, vio la luz pública en el 2004.

En el nombre del Padre y del Hijo,
señor San Pedro, a ti me dirijo,
y a nombre del Espíritu Santo
me des la protección de tu manto.
Concédenos, señor, yo te pido,
llegar a los Estados Unidos.
No dejes que regrese al infierno
que a mi país convierte el gobierno.

Que tu sombra ciegue a los que nos persiguen,
que tratan de impedirnos llegar, pero no lo consiguen.
Manda tus refulgencias, señor, por mares y desiertos,
para que ya ni el frío ni el calor dejen más muertos.

Estamos en peligro de perder la vida,
y aquí no nos podemos quedar, no queda otra salida.
San Pedro, eres el santo patrón de todos los mojados,
concede la legalización al indocumentado.

(...)

La sombra de San Pedro divino
nos ha de cuidar en el camino;
te pido, pastor, que al invocarte,
tu protección esté de mi parte.
Protégenos de los asaltantes,
contrabandistas y otros maleantes,
permítenos brincar el alambre,
pues nuestros hijos se mueren de hambre.

Que tu sombra ciegue a los que nos persiguen...

A pesar de que los temores están más que fundados, los emigrantes suelen cruzar la frontera hacia el norte más de una vez. En tiempos no muy lejanos, solían ir y venir con frecuencia: cada año o cada dos, si la familia estaba en el interior de la república; cada tres meses, o menos, si vivían cerca de la frontera y el migrante no tenía su lugar de trabajo demasiado lejos. Ahora vuelven más esporádicamente, pero tarde o temprano salen de Estados Unidos

para visitar a sus familias. Por eso, los protagonistas de muchos corridos, más que hablar de *el cruzar como experiencia*, ponen de manifiesto su *experiencia en cruzar*:

Por Tijuana, Mexicali, Nogales y Piedras Negras,
no necesito coyote para cruzar las fronteras;
yo no tengo pasaporte y paso cuando yo quiera.
No necesito coyote

En estos casos, el temor se convierte en desprecio y la experiencia adquirida en oportunidad de desafío: “La migra a mí me agarró trescientas veces, digamos; pero jamás me domó, a mí me hizo los mandados” (*Los mandados*). Se subvierte el orden jerárquico; las acciones de la figura poderosa por excelencia aparecen como acciones insensatas e inútiles y el emigrante –*el débil* de la Historia– no sólo no se somete, sino que se presenta como si tuviera sometidos a los agentes fronterizos.

Lo mismo se aprecia en *El mojado remojado*, donde el mismo calificativo de “remojado” implica la reiteración del cruce de la frontera:

Soy mojado, remojado, me gustan las emociones,
la migra me hace el mandado y se come los pilones.⁷⁸
(...)
Si me sacan, luego me vuelvo a venir;
a la pobre migra yo la hago sufrir.

Las experiencias traumáticas se reconfiguran, se les da un sentido nuevo mediante la terapéutica que se realiza a través de la práctica corridística y se acaba asumiendo con gusto lo que

⁷⁸ Aun ahora, en algunos mercados mexicanos cuando «se va al mandado», es decir, cuando se hace la compra, algunos vendedores añaden una pequeña porción de más a lo solicitado, que no le cobran al cliente y que es «el pilón». En la fantasía de estos versos, los agentes fronterizos serían sirvientes de los emigrantes, y se conformarían con ese «extra» como pago.

empezó como un sufrimiento obligado por la necesidad:

¡Ay!, qué bonitas son las fronteras,
con sus coyotes y su emoción,
de día y de noche las he cruzado,
yo soy mojado de corazón.

Yo me he pasado por el río Bravo,
por el alambre y hasta en avión;
y hasta en el puente me la he rifado,
yo soy mojado de corazón.

(...)

A mí la migra no me hace nada
porque regreso sin dilación;
a mí me gusta la bracereada,
yo soy mojado de corazón.

Mojado de corazón^A

La travesía desde el interior del país hasta el paso fronterizo se vuelve “visita” a la ciudad: “Con esta van cuatro veces que he visitado Tijuana (...) porque es la puerta de entrada a la Unión Americana”, dice el protagonista de *No necesito coyote*, en quien la zozobra por lo desconocido se ha transformado en expectativa de reencuentros gustosos: “De Texas a California tengo todas mis querencias; en Chicago no me olvidan, también añoran mi ausencia; cuando llego a Sacramento, allí tengo preferencia”.

Juana, la patera también presume de “cruzar varias fronteras”, pero ella lo hace con papeles falsos⁷⁹: “En Texas y en San Francisco me agarró la inmigración, pero a mí no me hace

⁷⁹ De acuerdo con Jorge Durand y Douglas Massey, las duras políticas de control fronterizo han provocado el surgimiento de poderosas organizaciones que se dedican a la falsificación de documentos, de manera que en la actualidad podría decirse que casi todos los migrantes cuentan con papeles, sean falsos o auténticos. Por esta razón, consideran que la problemática pasará de centrarse en los trabajadores *indocumentados* a ocuparse de los migrantes *clandestinos*. En *Clandestinos. Migración México-Estados Unidos en los albores del siglo xxi*, Ed. Porrúa / Universidad Autónoma de Zacatecas, México, 2003.

nada: yo traigo una mica falsa y falsa es mi dirección”, afirma. Teniendo esa posibilidad de moverse a su antojo, ella siente cariño por aquello que la mayoría de los emigrantes mira con aprensión: “A las fronteras del Norte yo las estimo y las quiero”, dice, y luego se reafirma como emigrante que no tiene limitada su capacidad de movimiento, no sin antes descalificar las iniciativas de quienes tienen la misión de impedirle el paso: “Esa cortina de alambre que andan haciendo los güeros a mí no me importa nada: yo entro y salgo cuando quiero”.

Como es de esperarse, no son muchos los corridos que presentan personajes con estas actitudes, y menos desde que se vincula la «seguridad» de la frontera a la «lucha contra el terrorismo». Sin embargo, al escuchar los corridos de migración se pone en circulación una representación de «el emigrante» (no de *uno* en particular, sino del conjunto de emigrantes) como un sujeto supraindividual que, en efecto, parece imposible de controlar: “Más vale que se decidan a emigrarnos de una vez —dice el protagonista de *Ya nos dieron permiso*— porque por más que nos sacan nos volvemos a meter”.

La estrategia discursiva por la que esto ocurre consiste en contar una serie de hechos personales y derivar de ellos conclusiones que, explícitamente, se hacen extensivas al colectivo. En *De paisano a paisano*, por ejemplo, tenemos que el protagonista narra los esfuerzos que individualmente ha realizado “para darle a [sus] hijos un mañana mejor” (“desafiar las fronteras”, “explorar otras tierras”, etc.), pero enseguida se identifica como miembro de un grupo que tiene que defenderse de los embates de unos personajes que los agreden: “Por querer trabajar —dice— *nos han*

hecho la guerra”, y agrega el verso que encabeza este apartado: “Patrullando fronteras *no nos pueden domar*”.

El *Corrido de los mojados*, también grabado con el título de *Vivan los mojados*, es aún más explícito sobre esta *personalidad colectiva* de carácter obstinado y rebelde, a la que no se puede impedir el paso:

El gringo terco a sacarnos y nosotros a volver.
Si a uno sacan por Laredo, por Mexicali entran diez;
si a otro sacan por Tijuana, por Nogales entran seis;
'ai nomás echen la cuenta, cuántos entramos al mes.

Incluso cuando excepcionalmente hay a la vista medidas de «regularización», los narradores dan por hecho que el flujo migratorio continuará. Así, en *La amnistía*, corrido publicado con ocho años de antelación a que se aprobara la Ley de Control y Reforma de la Inmigración (en 1986), el protagonista adelanta lo que efectivamente ocurrió:

Si se aprueba la amnistía, muy pocos van a arreglar;
los que no la consigamos, pa' fuera nos van a echar;
lo que yo les aseguro es que todos volverán.

En este contexto de expulsiones reiteradas y aún más reiterados ingresos, no es extraño que un personaje centroamericano diga que los mexicanos gozan de una situación «de privilegio» por tener solamente una frontera entre su país y Estados Unidos; ellos, en cambio, tienen que cruzar más de una. El salvadoreño de *Tres veces mojado* dice:

El mexicano da dos pasos y aquí está;
hoy lo echan y al siguiente día está de regreso;
ese es un lujo que no me puedo dar
sin que me maten o que me lleven preso.

Algunos personajes que son migrantes mexicanos le dan la razón. Por ejemplo, el protagonista de *Los ilegales*⁸:

Si porque somos mojados nos desprecian donde quiera
y nos persigue la ley; nos avientan para afuera,
pero ¡ay!, qué susto nos dan: nos echan pa' nuestra tierra.

El hecho es que el flujo de migrantes no se detiene, ni tampoco el crecimiento de los «hispanos» que ya radican en Estados Unidos. Según los datos que la Oficina del Censo dio a conocer en mayo del 2006, la población «latina» había alcanzado la cifra de 42.7 millones de personas (lo que significaba el 14% de la población total); son, además, el grupo más joven y también el de mayor crecimiento, tanto por la alta natalidad como por la llegada de migrantes. La «contención» de los «hispanos» en la frontera no merma la pujanza, cada vez mayor, de los que ya están dentro. Los corridistas no ignoran esta cuestión, que plantean a veces como merecida reconquista y otras veces como silenciosa revancha. Un corrido compuesto al poco de emitirse la Ley de Control y Reforma de la Inmigración toca el tema con ese machismo pretendidamente gracioso que se encuentra con frecuencia en los corridos y otras canciones norteañas y rancheras:

La ley de Simpson-Rodino no les ha mermado nada,
ya poblaron las regiones, y no crean que es vacilada,
tienen cuatro o cinco chavos, y está la gallina echada.

Residentes y mojados

Y como los extremos se tocan, hay que señalar aquí, como botón de muestra, dos libros de un reputado conservador que fuera candidato presidencial, Pat Buchanan, que desde hace unos años viene alertando a la «América Blanca» de la pérdida de terreno

frente a quienes no son blancos: *La muerte de Occidente. Cómo las poblaciones que mueren y las invasiones de inmigrantes ponen en peligro nuestro país y nuestra civilización*, donde carga contra la píldora anticonceptiva por lo que significó para la tasa de natalidad de los estadounidenses, y *Estado de emergencia. La invasión del Tercer Mundo y la conquista de Estados Unidos*, donde alude directamente a una suerte de «conspiración mexicana» que pretende ganar, mediante estrategias demográficas, lo que perdió en la guerra del siglo XIX.⁸⁰

La animadversión secular continúa, pero ya no son sólo los mexicanos los que han de aguantarse los abusos de poder de los anglosajones. Ahora también ellos tienen algo que aguantarse, aunque no sin rechistar⁸¹: el crecimiento de la población «de origen mexicano», que está recuperando sus raíces y puede decir como el protagonista de *Sangre azteca*: “Aunque a los güeros les duela, en este suelo me quedo”, y también la autoafirmación de los que han conseguido arreglar su situación migratoria:

Ya traigo mis papeles, ya puedo trabajar;
 la migra, aunque no quiera, me tiene que aguantar;
 les paso por enfrente, a ver qué tos les da,
 y que hagan su coraje: ya soy residencial.

Soy residencial

⁸⁰ Patrick J. Buchanan; *The Death of the West: How Dying Populations and Immigrant Invasions Imperil Our Country and Civilization* (Thomas Dunne Books, 2001) y *State of Emergency: The Third World Invasion and Conquest of America* (Thomas Dunne Books, 2006).

⁸¹ No podemos dejar de mencionar aquí el libro de Samuel P. Huntington *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense (Who Are We?: The Challenges to America's National Identity)*, Simon and Schuster, 2004. Traducción española: Paidós, Barcelona, 2004), que recibió de inmediato muchas respuestas, entre las que cabe destacar *Otro sueño americano. En torno a ¿Quiénes somos? de Samuel P. Huntington*, coordinado por Fernando Escalante y en el que también participan Claudio Lomnitz, Carlos Arriola, Marco A. Alcázar y Mauricio Tenorio.

A pesar del creciente peso demográfico de los «latinos» y de lo que pudieran sugerir las masivas manifestaciones públicas de la primavera del 2006, el trabajo político organizado es aún incipiente, y en realidad tienen muy poca influencia en las decisiones nacionales. El catastrofismo de los políticos e intelectuales *neoconservadores* tiene un altísimo grado de racismo, un racismo que genera cohesión entre los estigmatizados y miedo y odio entre quienes creen que están en peligro sus privilegios. Al parecer, estamos frente a un cambio en la percepción de los inmigrantes de origen mexicano. En efecto, a lo largo de la historia de la relación entre México y Estados Unidos, los mexicanos han sido vistos básicamente de dos maneras: como seres pasivos, dóciles y sumisos, o como individuos impulsivos, inmorales y deshonestos. Estas representaciones sociales, bien documentadas por el cine clásico de Hollywood, restringieron su sentido en la segunda mitad del siglo xx y quedaron en el binomio que aquí más se ha visto: o parásitos del sistema o delincuentes. Pero en este principio del siglo xxi se desvanece la doble valoración, quedando incluidos todos (pasivos o no pasivos, ilegales e incluso legales) en la nueva categoría de «invasores». Este sería el trasfondo de decisiones políticas como la que tomó George W. Bush en mayo del 2006 de enviar a la Guardia Nacional —organismo militar— a la frontera sur para «reforzar» a la Patrulla Fronteriza, y de otorgar fondos federales a autoridades estatales y locales (que no tenían facultades de control migratorio) para que, entre todos, «cierren

el paso» a los migrantes indocumentados.⁸²

⁸² A este respecto escribió Carlos Montemayor: «Considerarlos “invasores” de su territorio fortalece en el ánimo del pueblo estadounidense la idea de la autodefensa y la certidumbre de que ésta es una guerra. O mejor aún, que se trata de la misma guerra que Estados Unidos sostiene en todos sitios contra el eje del mal, contra el terrorismo y los ataques al mundo». En “Migración y militarización”, artículo publicado en *La Jornada*, sección de Política, el 27 de mayo del 2006.

V

“Y HABLARON LO PEOR,
RECLAMANDO JUSTICIA”

LOS EMIGRANTES Y LAS INSTITUCIONES

“En dondequiera es lo mismo”

Desde que terminó el Programa Bracero en 1964, las políticas que han mantenido México y Estados Unidos respecto de los migrantes mexicanos han sido básicamente «disuasorias» por parte de los Estados Unidos (salvo la amnistía de 1986), e «indiferentes» por parte del gobierno mexicano hasta los años 90, cuando se tomaron medidas de política interna para mejorar la atención y la protección de los «paisanos» que volvían a México (protección de las extorsiones policiales, sobre todo) y al mismo tiempo se pusieron en marcha iniciativas como el Programa Tres por Uno de inversión en comunidades.⁸³

En la agenda binacional, entre tanto, no ha habido ni discusiones serias ni avances importantes decididos de forma conjunta, a pesar de la trascendencia social y del valor político del tema. A principios de los 90, cuando se negociaba el Tratado de Libre Comercio para América del Norte⁸⁴, el tema migratorio estaba vetado de las negociaciones comerciales; después, el gobierno de Vicente Fox (2000-2006), quien procede de una región con una larga tradición como exportadora de mano de obra, impulsó el inicio de unas negociaciones para conseguir un acuerdo migratorio que abarcara tanto a quienes ya viven y trabajan en Estados Unidos como a los futuros trabajadores temporales. Sin

⁸³ Este programa se llama así porque por cada parte que pongan los emigrantes para alguna obra social en su lugar de origen, otras partes iguales ponen los gobiernos municipal, estatal y federal.

⁸⁴ Tratado que se puso en marcha en 1994 y del que, sólo diez años más tarde, el Fondo Monetario Internacional declaraba «agotados» los beneficios que podía producir para México, de acuerdo con su análisis de la *Estabilización y reforma en América Latina*, estudio hecho público a principios del 2005.

embargo, en el año 2001 todo se supeditó a las necesidades de la lucha contra el terrorismo y, para fines del 2006, en lugar de una reforma migratoria se había aprobado la Ley de la Valla Segura (*Secure Fence Act*) y las tropas de la Guardia Nacional patrullaban la frontera.

A pesar del estancamiento en el diálogo con el gobierno de Washington, se han conseguido algunos avances en la política interna mexicana que se realiza en el exterior, es decir, a través de las representaciones diplomáticas. Así fue, por ejemplo, que se retomó la «matrícula consular», que les permite a los inmigrantes indocumentados abrir cuentas en los bancos y obtener (donde aún pueden) el permiso de conducir, si bien vuelven a oírse voces que rechazan este documento como forma válida de identificación.⁸⁵ Asimismo, se han alcanzado otros objetivos en negociaciones con los gobiernos estatales y los ayuntamientos, aunque se trate sobre todo de iniciativas «defensivas», más que proactivas, ya que han sido tomadas para contener medidas y actitudes racistas de grupos locales. En este sentido, como afirma Jorge Durand, «el margen de maniobra para la política unilateral mexicana es mucho más amplio de lo que se hubiera pensado. Sobre todo en un momento en que todo parece indicar que la salida política al tema migratorio en Estados Unidos será unilateral».⁸⁶ No obstante, las fuerzas contrarias a la inmigración están ganando peso y pugnan

⁸⁵ La «licencia» de conducir fue, en otro tiempo, el documento por excelencia que les permitía a los mexicanos identificarse en Estados Unidos. Aunque de forma humorística, el corrido *Un mojado sin licencia* muestra lo importante que era este documento. Comienza así: “De Laredo a San Antonio yo he venido a casarme con mi Chenchá, y no he podido por ser mojado, pues para todo me exigen mi licencia”.

⁸⁶ Jorge Durand; “De traidores a héroes. Cien años de política migratoria mexicana”, en *La Jornada*, suplemento Masiosare N° 309, 23 de noviembre del 2003.

por echar atrás algunos de estos pequeños avances.

En estas circunstancias, las condiciones de vida cotidianas de los migrantes (especialmente de los indocumentados) apenas han variado con el tiempo. De hecho, según el informe de Oxfam América titulado “Como máquinas en los campos: trabajadores sin derechos en la agricultura”, los niveles salariales y las condiciones de vida y de trabajo de los jornaleros son iguales o peores que hace 50 años, tanto por la concentración de la producción en menos empresas de mayor tamaño como por la utilización de subcontratas, que desligan a los empresarios de quienes trabajan sus campos y hacen más evasivo el cumplimiento de las obligaciones patronales en cuanto a los derechos laborales.⁸⁷

A pesar de todo, los migrantes, documentados e indocumentados, han empezado a participar de manera significativa en la escena política, tanto mexicana como estadounidense. En México, el gobierno de Vicente Fox, aunque no supo abogar por los intereses de sus connacionales en el extranjero, estuvo, sin embargo, dispuesto a oírlos —al menos en los primeros tiempos de su gestión. Por ello, al poco de asumir la Presidencia promovió la constitución del Instituto de Mexicanos en el Exterior, una «junta transnacional» equivalente a una dirección general de la Cancillería, que ha servido de red de comunicación entre decenas de organizaciones de migrantes.⁸⁸ Las negociaciones para que

⁸⁷ “Como máquinas en los campos: trabajadores sin derechos en la agricultura”, artículo de Oxfam América que puede consultarse en <http://www.oxfamamerica.org/news/art6999.html>.

⁸⁸ Aunque han surgido ya conflictos internos en este organismo, aunque sus críticos afirman que no tiene independencia del gobierno y aunque sus recomendaciones son menos atendidas de lo deseable, como red de comunicación va consolidándose. Cien consejeros conforman el Consejo Consultivo, y cada uno tiene detrás una organización, las cuales son, por cierto, de todo tipo: religiosas, sindicales, educativas, de salud, de derechos humanos, etc.

los mexicanos en el exterior finalmente pudieran votar desde su lugar habitual de residencia en las elecciones del 2006 para presidente de México fueron un motor muy importante para que se activara la participación política de los migrantes, y aunque al final la participación en las elecciones fuera mínima —por el decepcionante rumbo que tomó la política mexicana y por los nulos éxitos de Fox en materia migratoria—, esto sirvió de abono para las masivas movilizaciones que hubo ese año, dirigidas ya hacia la política que determina su vida cotidiana y que les es prioritaria: la de Estados Unidos. En este sentido, es probable que, a la vista de las reformas migratorias que se debaten en el Congreso y en el Senado norteamericanos —cada una más conservadora y restrictiva que la otra—, quienes podían votar en Estados Unidos en las elecciones legislativas de ese noviembre lo hicieran en mayor número por los demócratas, aunque tradicionalmente hubiera más simpatía por los republicanos.⁸⁹ Así pues, aunque los migrantes son valorados sobre todo en tiempos electorales, los mexicanos en Estados Unidos poco a poco van teniendo más capacidad de dar a conocer su parecer sobre las propuestas que presentan los legisladores de uno y otro país, y de plantear sus propias exigencias a los políticos que —en número cada vez mayor— se van acercando a ellos.

Por otro lado, al mismo tiempo van surgiendo alianzas multirraciales: algunas a nivel de pequeñas localidades y

⁸⁹ Aunque no podemos saber el peso específico de los hispanos en esas votaciones de noviembre del 2006, hay que considerar, por un lado, que se promovió el empadronamiento de nuevos votantes entre la comunidad latina y, por otro lado, que en esas elecciones las dos cámaras del Poder Legislativo estadounidense cambiaron de «color», pues ambas dejaron de tener mayoría republicana.

propiciadas por alguna circunstancia particular como un suceso de xenofobia o racismo, pero otras alcanzan el nivel de la política nacional, como la propuesta que diez congresistas estadounidenses —todos afroamericanos— presentaran en marzo del 2004 (si bien no formalmente) para que se otorgara la residencia legal permanente a los trabajadores indocumentados que llevaran viviendo al menos cinco años en Estados Unidos, poseyeran un mínimo nivel de comprensión del inglés y no tuvieran antecedentes penales.⁹⁰ Según estos legisladores, se debe combatir la idea de que los grupos raciales se afectan negativamente unos a otros, aunque es verdad que el mercado laboral está también organizado racialmente y que algunas industrias relegan a los negros porque los suponen políticamente más activos. Pero, como se ha visto, la «pasividad mexicana» está cambiando, y algunos líderes comunitarios sugieren que ambos colectivos deben luchar contra la temporalidad porque introduce una fuerte competencia por los empleos y debilita la posición de los trabajadores que están tratando de mejorar los salarios, no digamos ya de los que quieren organizar sindicatos o romper antiguos patrones de discriminación.

Sin embargo, en el discurso que difunden los corridos no se concibe otra vía de mejora social que el trabajo; no se concibe otro medio que éste para conseguir *los medios* que se desean. “Hay que seguir trabajando, a darle duro al tomate, al durazno y al chabacano, para poder conseguir lo que venimos buscando”,

⁹⁰ De las varias iniciativas de reforma a la ley de migración presentadas durante el primer gobierno de George W. Bush, ésta fue la única que no se basaba en el modelo de los contratos temporales para quienes incluso llevaban más de 10 ó 15 años trabajando continuamente en el país.

dice el protagonista de *No necesito coyote*, quien, como el resto, considera que ésta es la vía buena y justa, aunque el trabajo sea ilegal. *Lo obligatorio* tiene, en estos textos, poco que ver con las normas legales; lo que *se debe* apunta más bien hacia *lo bueno* y, por supuesto, hacia *lo moral*. De numerosos migrantes se dice que van a Estados Unidos a ganarse la vida “honradamente”, y el narrador de *Las caritas tapadas* dice con admiración: “No le tienen miedo al frío, ni tampoco al calor, son *mujeres de trabajo cumpliendo su obligación*”.⁹¹ El éxito o el fracaso del proceso migratorio se hace depender de las capacidades personales y de las capacidades de la red social con que cuente cada persona. De las instituciones sólo se espera que no dificulten demasiado la operación, es decir, que los dejen trabajar.

En muchos corridos y canciones, el hecho de estar situado en una posición de mayor privilegio es considerado una cuestión de suerte, así que no hay nadie responsable de la desigualdad. Dependerá del carácter de cada individuo resignarse o no a la fortuna que le haya tocado, por eso el protagonista de *Tanto tienes, tanto vales* dice: “La buena suerte no vino, pero yo la fui a buscar”. Sin embargo, a raíz del endurecimiento de las políticas migratorias y de seguridad fronteriza, esta actitud que disocia la vida de las personas de la vida de las instituciones ha empezado a cambiar.

⁹¹ Este corrido se llama *Las caritas tapadas* porque se refiere a esas trabajadoras agrícolas que utilizan pañuelos o mascarillas debido a que los campos donde laboran –en este caso sí con permiso legal– están fumigados con productos químicos peligrosos.

**“Qué fácil fuera
si el gringo nos diera
un pasaporte”**

Al referirnos, en el capítulo anterior, a la denuncia de una criminalización oportunista por parte de las autoridades y de los ciudadanos estadounidenses, se veía que la legalidad podía ser fuente de injusticias. Sin embargo, en el discurso de los corridos se aprecia también el reconocimiento de la legalidad como legítima reguladora de las relaciones sociales. Esta paradoja, que podría leerse como una lucha por alcanzar el reconocimiento jurídico que *todavía* no se tiene, es decir, como una puesta en evidencia de las contradicciones entre las normas legales y la realidad social con el fin de ajustar aquéllas a ésta⁹², se ve acentuada debido a que los propios emigrantes muchas veces no son tratados como sujetos de derecho.

En efecto, por las razones históricas que se han señalado y que dieron por resultado la indiferencia y la desconfianza hacia los trabajadores emigrantes, hasta bien entrados los años 80 la defensa de los «mexicanos» en Estados Unidos se refería prácticamente sólo a los méxicoamericanos, cuyos derechos el gobierno norteamericano no debía seguir ignorando *si habían nacido ahí*:

⁹² Al contrario de lo que pretenden las autoridades norteamericanas con la militarización de la frontera y las redadas policiales: que la realidad social se ajuste a lo que dictan las normas legales.

'Ai va un corrido, señores; señores, 'ai va un corrido;
quiero que cruce el río Bravo y llegue hasta los oídos
de aquel que llaman chicano, de ese que tanto ha sufrido.

Ese que tanto ha sufrido, de sangre y raza es mi hermano;
su padecer me ha dolido, por eso en mi triste canto;
que se le brinde, yo pido, un trato justo y humano.

Que acaben ya sus pesares, que acabe su sentimiento;
que brille un sol de justicia, que sea la razón su aliento;
que vea la luz de la aurora, que vea que está amaneciendo.⁹³

Un grito sordo se escapa desde mi pecho angustiado,
y en él a Dios le pregunto por qué sufre así este hermano,
que nace un ser culpable sobre suelo americano.

Sobre suelo americano se ha de seguir mi corrido
y hasta en lejanos poblados habrán de escuchar seguido
este mensaje al hermano que tanto, tanto ha sufrido.

Desde este México mío te tiendo firme mi mano,
no tuerzas nunca el camino, no temas a los fracasos;
cambia, mi hermano querido, tendrás el triunfo en tus brazos.

El chicano

Las movilizaciones de los años 60 y 70 en favor de mejores condiciones laborales para los trabajadores del campo dieron visibilidad a las condiciones de explotación que sufrían muchos mexicanos y descendientes de mexicanos, y ello dio lugar a este tipo de manifestaciones de empatía. Sin embargo, de quien se espera que organice la lucha y exija “un trato justo” es de *ellos*, los méxicoamericanos, y así lo muestran los corridos, al atribuirles los discursos más reivindicativos:

⁹³ Nótese la distinta interpretación que se hace, en España y en México, del dicho “un sol de justicia”. En el español peninsular se utiliza el significado de la justicia (cierta, inapelable, igual para todos) para describir un día caluroso; en cambio, en este corrido son las características del sol (y especialmente su emergencia, la alborada) lo que se traslada a la justicia, de la que se espera que finalmente se haga presente.

Dicen que ando alborotando
porque con mi raza quiero despertar.
Tanta injusticia me está rodeando,
ya no me aguanto, yo quiero pelear.

Yo soy tu hermano, yo soy chicano,
dame tu mano, vamos a volar.
Bien dice el dicho: si sangra mi hermano,
yo también sangro, la herida es igual.
(...)

Como Zapata y Pancho Villa
a los tiranos quiero castigar.
Hambre y pobreza me están matando,
yo no me aguanto, yo quiero pelear.

Yo soy tu hermano, yo soy chicano

A los nacidos en México no se les reconoce ningún derecho a exigir derechos.⁹⁴ Si acaso, el de internarse y vivir en territorio norteamericano, por los argumentos que les brinda la historia en tanto que residentes más antiguos que los anglosajones, o apoyándose en las leyes divinas, pues “cuando Dios hizo a la gente, no hizo pura gente güera, hizo de todos colores; tampoco escogió banderas”, así que “el mundo no tiene dueño, podemos ir dondequiera” (*Brian Barker*). Como se reconoce que estos argumentos no tienen mucho peso para modificar las políticas estadounidenses, lo que básicamente se pide en su favor es que se respeten sus derechos «humanos». Ahora bien, incluso el

⁹⁴ No son los únicos. Carlos Montemayor ha puesto de relieve un fallo emitido por la Suprema Corte de Estados Unidos el 27 de marzo del 2002, por el que «dictaminó que los migrantes indocumentados no tienen derecho a demandar a empresas que hayan violado la ley por despedirlos o castigarlos al ejercer sus derechos básicos». En su análisis, Montemayor vincula esta resolución con las políticas laborales más actuales: «En apariencia —dice—, el modelo globalizador sólo se proponía abaratar la contratación y, sobre todo, el despido de trabajadores. Con ese fallo vemos ahora que se trataba de abaratar el trabajo en todos los órdenes: en el trabajador “legal” y en el “ilegal”». En “Migración y militarización”, art. cit.

señalamiento de esta obligación *fundamental* suele ponerse en boca de los chicanos, como en *Cuando gime la raza*:

Es el grupo chicano,
que nació mexicano,
orgullosa en verdad,
el que al gringo le dice:
“Los derechos humanos
son derechos sagrados
que sabrás respetar”.

La igualdad de los hombres
el chicano reclama,
que ya no haya más guerras,
que vivamos en paz;
que ya más la frontera
no la rieguen con sangre,
porque es sangre de hermanos,
que nos duele hasta el alma
y nos hace rabiar.

Los mexicanos, que no pueden exigir, sí pueden, en cambio, rezar (recordemos que a San Pedro se le pedía: “concede la legalización al indocumentado”) o bien disculparse por lo inevitable y soñar con lo que es casi un imposible:

Si brincamos el alambre y pasamos para el Norte,
es que lo necesitamos, aunque paguemos coyote;
qué fácil fuera si el gringo nos diera un pasaporte.

Los ilegales^B

Estamos ante un discurso que marca la vía de solución pero que está muy lejos de exigirla, porque en los corridos parece reconocerse el valor positivo de la legalidad y el derecho soberano de Estados Unidos a no querer admitir a los nacidos fuera de su territorio. Sin embargo, lo que sí molesta es el desprecio, el trato

discriminatorio, los agravios comparativos. Una canción del año 1982 que fue bastante popular en México y que se titulaba *Superman es ilegal* expone claramente la posición de estos narradores respecto de los derechos y obligaciones de las personas en los Estados. No se trata de un corrido, pero la ideología que subyace es la misma. El argumento es sencillo: Superman, como se sabe, no nació en Estados Unidos, así que, puesto que es “otro igual que yo, un indocumentado”, dice el narrador, “él no debe trabajar, porque, aunque duela, es ilegal”. Y sustenta su afirmación: “No cumplió con el servicio militar, no paga impuestos y le hace al judicial, no tiene mica ni permiso pa’ volar, y les apuesto que ni seguro social”. La conclusión es que “hay que echar a Superman de esta región y, si se puede, regresarlo pa’ Kriptón”. De no ser así, se evidenciará que el asedio a los mexicanos no se debe a que no tengan papeles, sino al racismo, es decir, a que “aquél es güero, ojos azules y bien formado; y yo prietito, gordinflón y muy chaparro”. Debido a que su denuncia no obtiene respuesta en el caso de este superhéroe “mojado”, el narrador se pregunta: “¿Dónde está esa autoridad de inmigración? ¿Qué hay de nuevo, don Racismo, en la nación?”

Otro ejemplo claro del respaldo mexicano al marco legal es el corrido *Violencia en Los Ángeles*, que trata el caso de Rodney King, un joven negro que fue apaleado brutalmente por varios policías blancos cuya absolución desencadenó grandes desórdenes en el año 1992. Comienza el corrido con la siguiente aseveración: “Las leyes de California son muy buenas y sinceras”, lo que pasó es que “los que tienen el poder las ponen y abusan

de ellas, ejecutan minorías sin medir las consecuencias”. El exceso y la discrecionalidad es lo que se censura, tanto en este caso como en el de *El mexicano mojado*, donde el problema no es tanto que hubieran detenido al inmigrante cuando intentaba cruzar la frontera por un paso clandestino, sino que lo golpearan “sin consuelo”.⁹⁵

Los mexicanos que se van a trabajar a Estados Unidos no aspiran —al menos según el discurso de los corridos— a tener todos los derechos laborales que recogen las leyes. Aspiran simplemente a poder trabajar sin miedo, a que se les reconozca su papel en el desarrollo de la economía estadounidense y también —y de aquí viene la necesidad de que el reconocimiento sea *también* legal— a poder moverse entre los dos países sin tanta tribulación y tanto peligro, pues no parece justo que mientras ellos tienen cerrado el paso, “por México se pasean franceses, chinos y griegos”, e incluso “algunos americanos son caciques en los pueblos” (*La tumba del mojado*).

En realidad, «arreglar» su situación legal ha sido la obsesión de los mexicanos en Estados Unidos. Sin embargo, este deseo no se ha expresado abiertamente en las canciones sino

⁹⁵ El narrador de *Violencia en Los Ángeles* comprende que, ante el injusto fallo de los jueces (“sabemos que es injusticia”, dice), “los de su raza” quemaran la ciudad “con rebeldía”. Comprende también que, “aprovechando toda aquella confusión, caras de todos colores se miraban en acción saqueando a los comerciantes”. Y por supuesto, ve consecuente que las autoridades trajeran “muchos militares y a la Guardia Nacional para parar los atracos y el destrozo a la ciudad”. Lo más notable, sin embargo, es la posición ambivalente que asume respecto de la participación de algunos «latinos» en la trifulca: Antes de comenzar a cantar, exclama: “¡Ya lo vi en televisión, compa, echando viajes al carro. Ahora, escóndase!” La solidaridad con los saqueadores parece absoluta. De hecho, el narrador alienta este comportamiento a la mitad del corrido, cuando hace una pausa para decir: “¡Y ahora sí a robar, compa; ahora que están las puertas abiertas!” Lo sorprendente en cierta manera es que añada: “Después pagamos con cárcel”. Si puede ser *razonable* no desaprovechar la ocasión, también es razonable, e incluso *justo*, que si alguien roba un televisor, cumpla la pena que la ley establece por ello.

hasta tiempos muy recientes, y, aun así, en casos excepcionales. Dificilmente puede escucharse a un personaje mexicano decir como *El centroamericano*: “Primero Dios el día ya está muy cercano en que mi situación pueda legalizar”. Estos personajes tienen «coartada» para hacer una aseveración como ésta porque su situación de ilegalidad es lo que precisamente los obliga a «negar a su patria», ya que han de procurar *pasar por* mexicanos para que los agentes migratorios no los deporten hasta sus países de origen:

Ahora que estoy en territorio mexicano
debo cuidar hasta de mi forma de hablar;
si se dan cuenta que soy centroamericano
también de México me van a deportar.

De Guatemala, Honduras y de Costa Rica,
El Salvador, Nicaragua o Panamá
tenemos que olvidarnos de la patria chica,
tenemos que fingir que no somos de allá.

(...)

Primero Dios el día ya está muy cercano
en que mi situación pueda legalizar;
para gritar que yo soy centroamericano
y que a mi patria nunca vuelva yo a negar.

Los mexicanos, por no querer parecer “traicioneros” —como decía el protagonista de *Mis dos patrias*—, no han abordado directamente este deseo. Lo han tratado sobre todo desde un tiempo narrativo en el que la legalización ya es un hecho del pasado —y por lo tanto ya ha dejado de ser deseo: “Anduve batallando sin poder trabajar hasta que una güerita que no le caí mal me dio su responsiva y así pude arreglar” (*Soy residencial*). Si acaso lo abordan cuando el deseo está vivo, es en tanto que

impedimento para cumplir los compromisos con la tierra propia y la familia:

Ya pasó la Navidad y nosotros esperando
que nos lleguen los papeles para poder regresar.

Mis padres estaban ya con los brazos extendidos
esperando a sus hijos que tal vez ya no vendrán.

(...)

Qué difícil es poder regresar
cuando tú estás esperando los papeles arreglar.

Ya pasó la Navidad

O bien, para supuestamente solucionarles «el problema de los indocumentados» a *ellos*, los estadounidenses:

El problema de nosotros fácil se puede arreglar:
que nos den una gringuita para podernos casar,
y ya que nos den la mica que se vuelva a divorciar.

El corrido de los mojados

El matrimonio como vía de legalización aparece en numerosos corridos, y en combinación con la variable del «amor» da lugar a todo tipo de historias, cuya interpretación resulta difícil si la narración no se realiza después del momento «crítico» del casamiento, pues a veces se desvelan ahí intencionalidades imprevistas, como en *La bracera*, donde ambos contrayentes ven alterados sus planes:

Como no era contratado, yo quise hallarme acomodado;
pensé que si estaba casado sería más sencillo todo.
Me dije: “Este año me caso, o no me llamo Teodoro”.

Me enteré en un viejo pueblo de una muchacha cualquiera
para enseguida casarnos y que ella me consiguiera
la visa y el pasaporte para cruzar la frontera.

(...)

Ya que estábamos casados, le digo: “Bueno, mi vida, ahora que estamos solitos vas a saber de mi vida: yo soy purito mojado, ’ai tu sabrás si me inmigras”.

Apenas oyó mi esposa lo que yo le propusiera me dijo: “Ya te amolaste, pues yo también soy bracera; me casé por lo mismo, para cruzar la frontera”.

Sea como fuere, mediante matrimonios «arreglados», mediante el servicio en las Fuerzas Armadas o por otra vía, el hecho es que la legalización transforma por completo la vida de los emigrantes, pues les da *poder*, es decir que amplía su capacidad de acción. Pueden, sobre todo, mostrarse, moverse sin miedo y hallar trabajo más fácilmente, pero esa ampliación de capacidades abarca los ámbitos más diversos, y ello transforma la percepción que los sujetos tienen de sí mismos y también las actitudes que toman frente al mundo. “Antes iba al otro lado escondido de la gente, pues pasaba de mojado. Ahora tengo mis papeles, estoy dentro de la ley, bebo el whiskey y la tequila hasta en medio del *highway*”, se escuchaba ya a fines de los años 50, en el célebre corrido *Chulas fronteras*.

Para los migrantes mexicanos, un momento clave fue 1986, cuando se aprobó la Ley de Control y Reforma de la Inmigración (*Immigration Reform and Control Act*⁹⁶), que por un lado significó el comienzo del control férreo de la frontera y la intolerancia absoluta hacia aquéllos que pretendieran cruzar y

⁹⁶ James Carter la propuso en 1978, pero las discusiones sobre su conveniencia se prolongaron hasta 1986, cuando la aprobó Ronald Reagan. Entró en vigor en mayo de 1987. Desde entonces, no se han aplicado más que medidas represoras con el fin de que disminuya la presencia en Estados Unidos de inmigrantes ilegales, pero no se ha conseguido gran cosa. Según diversos informes, en el último lustro cada año son detenidas alrededor de un millón de personas (de diversas nacionalidades) que se hallan en situación irregular.

trabajar ilegalmente, y, por otro lado, supuso la legalización de casi dos millones de trabajadores.

La valoración de esa ley, conocida también como Ley Simpson-Rodino, no es homogénea en las canciones populares por la gran cantidad de gente que quedó excluida del proceso de regularización, pero incluso entre los propios migrantes que podían «calificar» para acceder a la residencia legal había desconfianza. Se decía en *La amnistía*:

El problema del mojado muy pronto se va a arreglar,
con eso de la amnistía que dicen nos van a dar,
pa' mí que eso es puro cuento, es pura publicidad.

Con ese cambio de leyes y cambio de posesión
ya no se habla de otra cosa que no sea de inmigración,
si lo hacen por asustarnos, ya cámbienle de canción.

El miedo a ser engañados es patente, aun cuando en general tengan bastante confianza en la *legalidad* (en la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace) de las autoridades estadounidenses.

Una vez concluido el proceso de regularización, también se emiten valoraciones, que hablan tanto de lo ocurrido como de lo que se espera que ocurra. De aquella época es *Cueros de rana*⁹⁷, donde se observan bien las tensiones que viven los indocumentados, así como su ideal de vida en relación con la legalidad:

Llegamos a las finales, este cuento se acabó,
de las oportunidades que Ronald Reagan nos dio.
Qué buenas autoridades tiene esta hermosa nación.

⁹⁷ «Cueros de rana» es una de las denominaciones que popularmente se da a los billetes de dólares, por ser verdes como la piel de las ranas.

¡Ay!, qué buen susto nos dieron con lo de la nueva ley,
porque decían que los güeros ya nos iban a correr.
Nos estaban protegiendo, pero ¡ay! que feo es no saber.
(...)

Ahora sí hay que echarle ganas, todo mundo a trabajar;
podemos ir a Tijuana y por la línea cruzar,
porque los cueros de rana allá es donde valen más.

Ya con ésta me despido, pero pronto volveré;
no se sientan ofendidos, porque así debe ser;
aquí, en Estados Unidos, hay que estar bien con la ley.

“En Estados Unidos hay que estar bien con la ley”, dice este personaje, pero el problema es que la ley muy pocas veces parece dispuesta a estar bien con ellos. En cualquier caso, bien sea para evitar la culpa de cantarle sólo al grupo de los que pudieron quedarse, o porque a nadie le faltara su canción, el autor de *Cueros de rana*, José Urióstegui (y el grupo que grabó esta pieza, el Duetto Teleloapan), sacaron también *Adiós a los ilegales*, donde se lamenta la exclusión de quienes no tuvieron la opción de arreglar su situación migratoria:

Ya se van los ilegales, ya se van para su tierra,
por no tener sus papeles los echaron para afuera;
ya no podrán regresarse, ya cerraron las fronteras.

Ya se van los mexicanos, nomás unos pocos quedan;
un día van a recordarlos, cuando sea la tercer guerra;
entonces van a buscarlos, cuando le amaguen la tierra.
(...)

Los que ya calificaron ya están salvos de la migra,
dicen que ya los checaron boca abajo y boca arriba;
los quieren limpios y sanos, no vayan a tener sida.

Ya me despido de todos, con gusto y con alegría,
si no me late, ni modo, pero eso no es cosa mía;
ya dije, de todos modos: la culpa es de la amnistía.

Con esta medida excepcional mejoró la vida de quienes consiguieron legalizarse, pero puesto que no se reguló el flujo migratorio sino que quiso detenerse de golpe sin atender a las causas diversas que lo generaban, el número de mexicanos indocumentados en Estados Unidos volvió a las cifras previas y las rebasó, y para éstos el cruce por la frontera y la vida clandestina han sido tanto o más duras que para quienes los precedieron, sobre todo en los años recientes. En efecto, actualmente se vive una situación como la de principios de los años 80, pero todo con mayor contundencia y sofisticación. Se ha implementado una vigilancia sin precedentes en la frontera, pero se han generado verdaderas mafias de traficantes de personas y los migrantes cada vez recurren más a ellas; las inspecciones en los lugares de trabajo y en otros sitios que frecuentan se han incrementado, pero las falsificaciones de documentos están más extendidas y son casi perfectas; la criminalización del «ilegal» se ha extremado y finalmente ha habido respuesta activa en las calles. La dureza de la iniciativa de ley de Jim Sensenbrenner generó un cambio en la actitud política de los mexicanos en Estados Unidos: entre otras razones, la intención de eliminar ciertos beneficios sociales a los extranjeros no ciudadanos —aun cuando estuvieran legales— provocó que se exigiera la ciudadanía, y, por otra parte, los hijos de quienes fueron migrantes ilegales, que han visto que sus padres no han hecho otra cosa que trabajar infatigables para darles educación y sacarlos adelante, se rebelan contra una legislación que pretende tratar a los indocumentados como amenazas para la seguridad nacional. El espíritu de las manifestaciones de la primavera del 2006 lo resume un corrido que varios años antes

grabó un grupo que se llamaba precisamente La Generación Chicana:

Los chicanos, también los mojados,
tenemos derecho también a vivir
como todos los americanos,
que tal como ellos vivimos aquí.

Soy chicano

Los trabajadores indocumentados *viven con* los norteamericanos, pero no *viven como ellos*, aunque en su vida cotidiana no hagan cosas muy diferentes de las que éstos hacen. Si han de compartir espacios puesto que se necesitan mutuamente, convendría construir relaciones de mayor equidad, parecen decir los corridos. Por eso empiezan a hacerse oír más voces que quieren que se les reconozca su derecho a vivir *tal como ellos*, es decir, con derechos.

“Teniendo un país tan rico...”

Al analizar la actitud que los personajes y los narradores de los corridos de migración presentan en relación con las instituciones mexicanas y los juicios que hacen de ellas, aparece destacada con frecuencia la paradoja de que la mayoría de los mexicanos viven con muchas limitaciones, mientras el país tiene enormes recursos que podrían permitir que sus habitantes vivieran mejor. El pueblo, “teniendo un país tan rico, sigue siendo pordiosero”, dice el narrador de *El artista*. Las causas de que esto sea así, y de que además no se vea que pueda mejorar, son el rígido sistema de exclusión social y el mal desempeño de los gobiernos. Los recursos nacionales no se aprovechan en beneficio de la población en general porque la riqueza está en muy pocas manos y porque los políticos sólo buscan su beneficio personal:

Todos quisiéramos oro, tener una vida holgada,
teniendo tanto petróleo que no alcanza para nada.

Por todos es bien sabido en toditos los estados,
porque hay mucho acomedido que tiene muchos estrados;
tanto petróleo vendido y ¿adónde están los centavos?”

De qué iremos a vivir

Con unos gobiernos que, más que informar, se han dedicado por décadas a hacer propaganda, los personajes manifiestan la contradicción entre una retórica oficial de tono casi siempre triunfalista y la realidad. Ante las dificultades, los políticos “dicen que vamos de alivio, pero es pura pantomima: mientras los pobres sufrimos, los ricos gozan la vida” (*La crisis*^B), y ante la desproporción entre los avances promocionados y las penurias

de la vida cotidiana, algunos personajes llegan a la conclusión de que “es pura mentira que mi país se destaca” (*Ni aquí ni allá*), y señalan en dónde radica una parte importante del problema: en la corrupción.

Mis amigos mexicanos trabajan de sol a sol,
para salir de la crisis no encuentran la solución
porque muchos saqueadores traicionan a la nación.

Los títeres

El protagonista de *Ni aquí ni allá* explica el funcionamiento del gobierno comparando la gestión gubernamental con el funcionamiento de las tiendas «de abarrotes» (esos pequeños comercios de botes de conservas, legumbres, dulces, refrescos, etc.), donde es frecuente que no se lleve una administración muy ortodoxa y donde es fácil, además, que los empleados realicen los llamados «robos hormiga»: “Mi pueblo es como una tienda que la llaman abarrotes, porque de ahí muchos viven y roban sin que se note”.

En este sistema socioeconómico y político, las familias de los estratos menos favorecidos tienen muy difícil la perspectiva de movilidad social porque el trabajo de los adultos no rinde apenas frutos y la niñez enfrenta muchos obstáculos para continuar su educación. Como se explica en *La crónica de un cambio*: “Al obrero no le alcanza ya el salario [y] al campesino siempre lo han bocabajeado unos señores que controlan el agrario”. En estas circunstancias, si tienen “la esperanza de encontrar un porvenir”, han de tomar “el camino que los pobres agarramos: cruzar p’al norte” (*Falsa promesa*).

La decisión de emigrar es presentada normalmente como una medida a la que se han visto *obligados* por las circunstancias, sin deseársela en realidad y siempre llevada a cabo con dolor, pero en algunos pocos corridos vemos que se sopesan ventajas e inconvenientes y los protagonistas prefieren explícitamente irse de braceros:

Si traigo la fe perdida, no crean que soy un traidor,
es un rencor sin medida que invade mi corazón,
y no soporto en la vida tanta miseria y dolor.

El rico pone sus leyes y el pobre sirve de esclavo;
el yugo que yo cargaba ni siquiera se ha pandeado,
'ai se lo dejo a los bueyes pa' que jalen el arado.

Adiós, fieles compañeros, ya me voy pa'l otro lado,
prefiero estar de bracero, trabajando de mojado,
y he de lograr lo que quiero aunque me lleve el río Bravo.

Camioncito Tres Estrellas

Esta composición muestra bien la complejidad de los vínculos que los migrantes establecen con México, país que los expulsa pero del que no se sienten capaces de renegar. Este personaje —como tantos otros— vive miserablemente, y sufre por ello tanto que lo ha invadido el rencor; sin embargo, aun “sin fe”, que quede claro que no es “un traidor”.

El orden social en México puede ser sumamente injusto, pero esto no cuestiona al propio país como entelequia nacional. Recordemos que los mexicanos en Estados Unidos se exhortaban con insistencia unos a otros a no olvidar a “nuestra linda tierra”, a nuestra “linda nación”, y reiteraban que si el norte es atractivo, lo es “porque se gana dinero”, pero “yo soy mexicano, que adoro a mi patria, que para mí es lo primero” (*Me voy para el norte*).

La misma actitud sostienen, en general, los deportados:

Me fui a buscar pa' mis hijos sustento en otra nación.

(...)

Me echaron para mi tierra,

sentía pisoteado mi orgullo y mi honor.

Yo les digo a mis hermanos de esta *mi linda nación*:

si no tienen pasaporte, no arriesguen vida y honor.

Triste aventura

Y con mayor razón hacen gala de nacionalismo los que retornan —que también los hay— voluntariamente:

Que mueran las penas, voy con rumbo a casa

y como las aves quisiera volar.

La esperanza verde y el amor paterno

y un cariño santo me cobijarán.

(...)

Hasta el sol sonriendo dice “bienvenido”

a esta linda tierra que me vio nacer.

Estas tierras flacas, las que había dejado,

pronto en un vergel las convertiré.

Con mi yunta grande y arado de palo

con mis propias manos las cultivaré.

La esperanza verde

El éxito o el fracaso de los individuos depende de las capacidades y recursos *personales* con que cada uno cuenta, y de los designios divinos, pero nunca del sistema social:

Con la ilusión de mi vida me fui a cruzar la frontera;

quería salir del abismo de la maldita miseria.

(...)

Mucho dinero ganaba, pero de nada sirvió;

con la pena que sentía, todo en el vicio quedó.

Por qué será así el destino, o así lo quiso mi Dios,

que la vida del mojado se vuelva desilusión.

Tierra ajena

Hay momentos en los que parece que “el rencor” sí va a manifestarse en contra de «México», pero una y otra vez reaparece la dicotomía que distingue entre «el país» y la gente que lo habita. En *Allende el Bravo*, el protagonista se remonta a los tiempos de agitación política de la Revolución⁹⁸:

Tiempos de guerra se filtraban por ahí,
 y desterrado de mi tierra yo me fui.
 Por una tierra, morenita, se luchaba,
 mis pobres padres ahí fueron fusilados.
Quisiera odiarla, pero no tiene la culpa
que en este mundo haya tanto desgraciado.
 (...)
 Tierra de mi alma, yo te extraño noche y día,
 y aunque sea muerto yo he de volver algún día.

Salvo el Estado mexicano, incluso las condiciones meteorológicas son responsables de la migración, pues en *El bracero* se escucha: “Cuando las nubes en el cielo mexicano se niegan a llover, emigra mi paisano”. En general, se reconoce que “no hay motivo más grande que el hambre”, es decir, “buscar el sustento a como dé lugar” (*Casta de indio*), pero las causas de la pobreza no se abordan, y es a los individuos a quienes moralmente corresponde acabar con ella: “La pobreza no es pecado, pero siempre hay que luchar por ser alguien en la vida y alguna meta

⁹⁸ La Revolución Mexicana fue motivo de un movimiento de población notable para la época, y así lo registran numerosos corridos. Por ejemplo, *El lavaplatos*: “Un día, muy desesperado de tanta revolución, me pasé pa’l otro lado sin pagar la emigración” o el *Corrido de Aurelio Pompa*: “Allá en Caborca, que es de Sonora, el pueblo humilde donde nació. «Vámonos madre —le dijo un día— que allá no existe revolución». Esta migración fue objeto de un trato denigrante, pues en la frontera los hacían pasar por baños de desinfección. Ahora bien, la Revolución Mexicana fue muchas cosas, entre ellas un espectáculo que a veces era contemplado «en directo» desde las colinas *del otro lado*. Sobre esta compleja interacción entre mexicanos y estadounidenses en aquella época puede verse una obra excepcional, muy rica en material gráfico: *Ringside seat to a Revolution. An Underground Cultural History of El Paso and Juárez: 1893-1923*, de David Dorado Romo (Cinco Puntos Press, El Paso, Texas, 2005).

alcanzar” (*Tanto tienes, tanto vales*).

De qué manera el nacionalismo *revolucionario y guadalupano* ha marcado la idiosincrasia mexicana queda patente en un corrido de mediados del siglo pasado, titulado *Plática entre dos rancheros* “de calzón y sombrero ancho, uno que había ido al norte y otro no salía del rancho”. El personaje que había ido a Estados Unidos enumera una serie de ventajas de la vida *al otro lado*, pero sobre todo critica a México: habla de explotación por “hombres que se dicen sabios y que estudian pa’ robar”, habla también de que el trabajo no produce rendimientos (“se trabaja noche y día y no sale uno de pelado”) y de que la religión impide a la gente ver la realidad con sentido crítico, pues se cree “en milagros y en las ánimas benditas y en irle a besar la mano a los señores curitas”. Llegados a este punto, el que no había salido del rancho saca un puñal y obliga a su interlocutor a retractarse: “Ya cállate, pues, el hocico; no hables de la religión, se me hace que te despacho a traer changos al Japón”. El que había estado comparando los dos países pide piedad “por San Antonio bendito”, y el ofendido se compadece y lo perdona porque es un “maldito nada más de puro pico”. Esta extensa historia de 34 estrofas ha de leerse, no como una desavenencia entre dos individuos con experiencias y perspectivas de la vida distintas, sino como una lección de ética pública, pues los primeros versos de la composición son los siguientes: “No critiques a tu patria, no rebajes la nación, procura siempre tener de ideal la emancipación”. Es claro que la emancipación de las personas es mucho menos valorada que la emancipación del país, es decir, que conserve su soberanía e independencia.

Ahora bien, en la representación de la relación de los mexicanos con el México posrevolucionario hay un momento clave que marca un primer resquebrajamiento en el sólido nacionalismo que venían mostrando los corridos. Se trata del año 1982, cuando la esperanza —efímera, pero muy poderosa— de un México con una industria fuerte, un campo productivo, unas finanzas saneadas y un papel preponderante en la economía mundial se vino abajo de golpe. Esa esperanza tuvo su origen en 1977-1978, cuando se descubrieron en el Golfo de México unos importantes yacimientos de petróleo. Eran los años del gobierno de José López Portillo (1976-1982), un político carismático que había recibido el país en unas condiciones que entonces se consideraban un «desastre», sin saber lo que vendría luego.⁹⁹ Al tomar posesión, anunció que su gobierno dedicaría dos años a superar la crisis, que los dos años siguientes serían para consolidar la economía y, finalmente, que en el último tercio del sexenio se procuraría una expansión acelerada mediante un «Plan global de desarrollo industrial». Antes de cumplir los dos años en el gobierno comenzaron a explotarse los nuevos yacimientos y México pasó de importar petróleo a poder atesorar reservas (que llegarían a los 72 mil millones de barriles en 1981)¹⁰⁰. En 1979, México producía ya la cifra récord de millón y medio de barriles diarios, y dos años después su producción casi alcanzaba los 2 millones y medio de barriles, de los cuales

⁹⁹ Cuando recibió la Presidencia de manos de Luis Echeverría (1970-1976), México había disminuido su crecimiento, la deuda externa había aumentado, la moneda se había devaluado como nunca y la inflación superaba el 25 por ciento anual.

¹⁰⁰ Al cierre del 2005, las reservas «probadas» de petróleo crudo eran de 16,470 millones de barriles.

exportaba millón y medio.¹⁰¹ Esto generó una euforia tal que, según el presidente, uno de los retos que ahora los mexicanos tenían era aprender a «administrar la abundancia».

Los corridos registran este optimismo, y alguno afirma que los trabajadores mexicanos se reconvertirían de braceros a petroleros:

Adiós fronteras de El Paso, de San Ysidro y Laredo,
ya me voy con rumbo al sur, voy a hacerme petrolero.
Adiós todas las fronteras, se acabaron los braceros.

Adiós a los *emigrantes*, que casi son mis amigos;
tantas veces me agarraron en los cargueros dormido;
soñando con las riquezas, ya no sentía ni el ruido.

Este bracero se va en un avión de *catago*
voy a hacerme petrolero y a ganar mucho dinero.
Adiós, todas las güeritas del Viejo y Nuevo Laredo.

Jamás volveré a brincarme los alambres con garrocha,
ni a prenderle veladoras al Santo Niño de Atocha
para que en el río Bravo no enciendan ni las antorchas.

A mis patrones de Texas los dejo con sus maquilas,
he de verlos por mi patria buscando la gasolina.
Nomás a ver cómo se siente andar como me traían.

De bracero a petrolero

Para José López Portillo, los países se dividían entre los que tenían petróleo y los que no lo tenían, «¡y nosotros lo tenemos!». Esto situaba a México en una posición mucho más favorable en el orden geopolítico mundial, y algunos compositores llegaron a pensar que, en relación con Estados Unidos, los papeles se habían cambiado:

¹⁰¹ En el 2004, México producía 3,37 millones de barriles diarios, de los cuales exportaba 1.86 millones de barriles, pero dos años antes ya había rebasado lo que los expertos en el tema creen que ha sido el cenit de su producción.

Ahora sí, mi México lindo, los papeles se han cambiado:
países de todo el mundo ya quieren ser tus aliados;
ahora sí hasta los gringuitos piensan irse de mojados.

México, tienes petróleo para muchos, muchos años;
muy pronto verás llegando braceros americanos;
estarán puestos a casarse para hacerse ciudadanos.

De seguro se pintan el bigote y se ponen sombrero
para parecer paisanos, comen chile y hasta toman tequila,
por si los ve la migra crean que son muy mexicanos.

Hoy serán mis cuates gabachos los que pasen de braceros;
muy pronto estarán tus pueblos llenitos de forasteros.
Ahora sí tienes petróleo para todo el mundo entero.

Se verán braceros gringos por toditas las fronteras,
traerán documentos falsos, tarjetas y visas chuecas;
ahora son los americanos los que quieren ser aztecas.

Los papeles se han cambiado

El descubrimiento de estas riquezas minerales modificó la valoración de México en los organismos internacionales, sobre todo en las instituciones financieras, que ofrecieron créditos para continuar las exploraciones, incrementar la explotación de petróleo y gas y desarrollar infraestructuras diversas en todo el país, créditos que el gobierno mexicano suscribió sin dilación, de manera que la deuda externa pasó de menos de 21,000 millones de dólares en 1977¹⁰² a 76 mil millones de dólares para 1982.

En Estados Unidos también cambió la percepción de México y, entre muchos otros convenios, se negoció el intercambio de petróleo por tecnología. México era, según los analistas norteamericanos, un país con una oportunidad probablemente

¹⁰² Cantidad que ya se consideraba un exceso y que López Portillo había prometido eliminar durante su mandato.

irrepetible que las empresas estadounidenses no debían dejar pasar.

La disposición de los norteamericanos no pasó inadvertida para los compositores de corridos, que concluyen que ahora el intercambio será de *Oro verde por oro negro*, y que los migrantes son un elemento importante en la negociación¹⁰³:

Con destino a tierra azteca y oro verde en el bolsillo
salió de la Casa Blanca un emisario de amigo
pa' negociar oro negro como si fueran bolillos.

Los presidentes reunidos en la casa de Los Pinos,
para llegar a un acuerdo de los puntos principales
hablaron largo y tendido de petróleo y de ilegales.

De todos los ilegales que cruzamos la frontera,
pero cuál fue la sorpresa: para asombro de la gente,
sin importarle un comino, no se vendió el Presidente.

Aquí se termina, amigos, la historia ya estaba escrita.
El oro negro ha ganado y el oro verde no brilla.
¡Viva nuestro Presidente! No hay muralla de tortillas.¹⁰⁴

Por supuesto, la rivalidad y las diferencias culturales no podían dejar de entrar en juego en esta situación excepcional. Si se espera que los papeles se intercambien, el racismo y la discriminación podrían ir en sentido contrario al que hasta ahora han ido. Al menos es lo que proponen —o dan por hecho— algunos corridos como *El petróleo*, titulado también *Ahora sí*:

¹⁰³ Hay que recordar que en esa época empieza a discutirse la posibilidad de reformar la ley de inmigración.

¹⁰⁴ A esa época se remontan también las intenciones de *sellar* materialmente la frontera. Entonces se hablaba sobre todo de la «cerca», la «pared» o la «muralla de la tortilla». Hoy se denomina a este proyecto, que ha adquirido un nivel de sofisticación inaudita, «muro de la vergüenza». De su proposición y su construcción también hablan numerosos corridos. Uno de ellos se titula justamente *La muralla de tortilla*, que dice: “Los hermanos que se quieren, ya los van a separar, van a levantar pared, ya no se podrán mirar. Que es el único remedio de evitar la infiltración; que no haya más mojados, reclama la emigración”.

Ahora sí, esos del otro lado,
ahora todo será muy diferente:
ahora ustedes van a ser los mojados,
ya lo dijo toditita la gente.

Ya verán si no cruzan el río
cuando vean que es de puro petróleo,
ya los veo temblar tientos de frío
y sin esa miradita de odio.

Quieren nuestro petróleo y quieren nuestro hogar,
más como dijo el indio: eso les va a costar.
A ver ahora qué dicen esos de Puputlán,¹⁰⁵
inflados como globos tienen que reventar.

Ahora sí, qué bueno es estar prieto,
ahora sí, qué lindo mexicano,
ahora sí, ya no somos braceros,
ahora sí, ya somos como hermanos.

La entrada de dinero vía créditos y vía venta de petróleo permitió que efectivamente se desarrollaran numerosas infraestructuras, que México registrara un crecimiento del 8 por ciento, que por única vez la oferta de trabajo fuera mayor que el aumento de la población y que esos empleos tuvieran mejores salarios. Pero el gasto público se desbocó: se realizaron malas inversiones, se establecieron subsidios excesivos y se olvidaron de luchar contra la inflación. Al mismo tiempo, hubo derroches inconmensurables, una corrupción política sin precedentes y había que atender los compromisos ligados a la deuda externa, cuyos intereses alcanzaron los 8,200 millones de dólares anuales al final del sexenio.

¹⁰⁵ En G. López Castro, *El río Bravo es charco*, en lugar de Puputlán dice Kukuklán. *Op. cit.*, p. 453.

Por si fuera poco, bajó el precio internacional de las principales materias primas que México exportaba, entre ellas el precio del barril de petróleo, recurso que, por otra parte, resultó menos abundante de lo que se había supuesto. Así, la burbuja estalló, y dejó una enorme decepción, además de una crisis económica que aún no se supera. Al poco tiempo ya se había grabado *La crisis*^{B106}:

Estamos viviendo una crisis, no sé qué vamos a hacer,
los sueldos están tan bajos, no alcanzan ni pa' comer.

Lo poco que yo me gano se lo doy a mi mujer,
ella siempre me reclama: "¿Con esto qué voy a hacer?"

Compras un taco en la calle, de carne no le echan nada,
te llenan el taco de aire creyendo que es carne ahumada.
(...)

Cuando vas y compras algo, te aplican veinte por ciento,
con descarado pretexto que todo ya va en aumento.

En los primeros momentos después de la caída aún asoma la esperanza de que el desastre sea un espejismo, algo pasajero, pero ya se empieza a cuestionar que la «calidad humana» de los mexicanos sea mayor que la de los estadounidenses, es decir, si la calidez, la cordialidad, la alegría, la astucia y la bondad que supuestamente caracterizaban a los mexicanos eran valores que debían estar por encima de la eficiencia, la frialdad, la legalidad y la inteligencia de los estadounidenses. En *De qué iremos a vivir*, el narrador, además de reseñar la difícil situación por la que atraviesa la población, sugiere una cierta perversión de la

¹⁰⁶ Varios corridos llevan en el título la palabra «crisis», pero no todos se refieren a *esta* crisis. Más de la mitad se refieren a la «Gran Depresión» de Estados Unidos. Por ejemplo, *La crisis actual*, *Efectos de la crisis* y *La crisis*^A.

personalidad de «el mexicano»:

Año del ochenta y dos, verán a qué me refiero:
el dólar subió veloz, el peso bajó hasta cero;
vino un castigo de Dios y no tenemos dinero.

Allá en Estados Unidos su gente es muy *abusada*;
nosotros aquí seguimos, con la vida devaluada;
estamos retorcidos y dados a la tostada.

(...)

Me quisiera despedir, no espero ningún desaire,
lo que acabo de decir espero pronto se aclare;
de qué iremos a vivir: sólo que con agua y aire.

Incluso se empieza a cuestionar la *bondad* de la vida en México, pues si uno de sus atractivos era que ahí los trabajadores podían moverse a su antojo y mostrarse sin miedo, la situación de bancarrota del país y de sus ciudadanos hace que el protagonista de *La crisis*⁸ se pregunte: “¿De qué te sirve ser libre si de hambre te estás muriendo?”.

Como se observa, los personajes no se plantean trabajar *con* los políticos para mejorar la situación. El desprestigio de una clase política tan ineficiente y tan corrupta hace que los ciudadanos prefieran estar alejados de «la grilla» (o «el politiquero»), ese ámbito discursivo donde campan la ambición, la mezquindad, la arrogancia y la falsedad. Por esto y por la historia del PRI, que por entonces aún gobernaba, la participación política de los mexicanos (en los corridos y en la vida) no es muy notable. Sin embargo, se activa en otro momento de gran ilusión: la campaña electoral del 2000, cuando se votó por un cambio de régimen y fue elegido Vicente Fox (2000-2006).

El que el presidente Fox hiciera del tema migratorio uno

de los asuntos principales de su campaña llamó poderosamente la atención de los mexicanos en Estados Unidos, y, al parecer:

De los Estados Unidos la gente hacía caravanas
para votar por el cambio de su patria mexicana.
Nunca antes se había mirado tanta gente emocionada.
(...)

Vicente cambió la historia del cuerno de la abundancia,
por fin el país azteca está lleno de esperanza.
Gritaban los mexicanos: “¡Que viva la democracia!”

El cambio

Ya sabemos cómo terminó esta otra esperanza. Transcurrida la mitad del sexenio, tanto por los nulos resultados del nuevo gobierno como por las medidas de mayor represión contra los indocumentados en Estados Unidos, en *El santo de los mojados* se le pedía a San Pedro que les permitiera establecerse *al otro lado* para no tener que “regresar al infierno que a mi país convierte el gobierno”.

En cuanto al desempeño de los políticos, el «gobierno del cambio» no trajo nada nuevo, pero, sobre todo, no trajo nada mejor, pues los recién llegados mostraron pronto su incompetencia y falta de oficio político, lo que derivó, entre otras cosas, en que los que estaban antes en el poder retomaran posiciones de privilegio, convirtiéndose, en el Congreso de los Diputados, en los verdaderos sujetos de decisión.

Un año antes de que finalizara el sexenio, ya se pedía un verdadero recambio de la clase política en *La neta de las netas*, título que puede traducirse como «la verdad de las verdades»:

Hoy le canto a la conciencia
de un país que lleva a cuestras
crisis que vienen y van;

no es un canto de protesta
de derecha ni de izquierda,
es la neta nada más.

Nunca me gustó la grilla,
ni esos pleitos de cantina
de acalorada pasión,
pero algunos servidores
se han pasado de ca...nijos,
no tienen perdón de Dios.

(...)

La neta de las netas,
nos faltan gallos,
crías de cualquier corral;
giros, prietos, colorados,
bien entrenados;
aves de muy buen pulmón,
de esos que sin miedo combaten,
pa' que aguanten los embates
del poder y la ambición.

La crítica no puede ser más directa contra el sistema político, que está plagado de “grupos que traicionan al bienestar nacional” (*Ibidem*); sin embargo, no hay que dejar de señalar que, aunque *se dice* claramente, no deja de matizarse *el decir*, pues en la parte final de este corrido hallamos un cierto «amparo», o una cierta disculpa por el atrevimiento discursivo, en que el género permite decir verdades.

Y que nadie se me ofenda, no me vayan a atorar;
si los pisé, fue bailando, no los quise lastimar;¹⁰⁷
la crítica constructiva a nadie le sienta mal,
porque duela a quien le duela,
es la neta de las netas, la puritita verdad.

¹⁰⁷ Aquí hay que tomar «el bailar» en sentido figurado. Nada tiene que ver con el hecho de que los corridos suelen bailarse. Significa que si uno se dedica a una determinada actividad, ha de asumirla con todos sus riesgos colaterales.

En el 2006, como ya se ha dicho, hubo muy poco interés por participar en las elecciones. Sin embargo, toda la discusión en torno a la cuestión del voto desde el exterior ya había vinculado a diversos colectivos de migrantes, y ese trabajo político ha ayudado a que se expanda entre *los paisanos* la idea de que es necesario realizar en Estados Unidos una acción política concertada.

VI

“EL OTRO MÉXICO
QUE AQUÍ HEMOS CONSTRUIDO”

LA VIDA REINTERPRETADA

**“Vamos a darnos la mano:
seremos distintos o, tal vez, mejor”**

Si los mexicanos que viven y trabajan en Estados Unidos son discriminados por los anglosajones y, al mismo tiempo, son vistos con desconfianza por los mexicanos que quedaron en México, terminan por no pertenecer a ninguno de los dos mundos que tienen de referencia, terminan por no ser *ni de aquí ni de allá*, pues algo de *mojados* y algo de *agringados* tendrán ya para siempre. Ante esta situación de doble exclusión, los emigrantes parecen haber hallado una vía que reconcilia su pasado y su futuro sin trazas de culpa ni de vergüenza: la construcción de un México «de afuera», distinto inevitablemente del «original», pero en el que pueden reconocerse en lo que valen y en el que no tienen constantemente que justificarse.¹⁰⁸

En ese «otro México» pueden sentirse orgullosos de lo que son, de lo que quieren, de lo que han hecho, de cómo viven. *Desde ahí* interpelan a quienes los descalifican; desde ahí legitiman su *diferencia*. El corrido *El otro México* sería la composición paradigmática:

No me critiquen porque vivo al otro lado,
no soy un desarraigado, vine por necesidad;
ya muchos años que me vine de mojado,
mis costumbres no han cambiado ni mi nacionalidad.

Soy como tantos otros muchos mexicanos
que la vida nos ganamos trabajando bajo el sol;
reconocidos por buenos trabajadores,
que hasta los mismos patrones nos hablan en español.

¹⁰⁸ Ya el *Corrido de la emigración*, de los años 30 del siglo xx, decía: “Adiós, México de afuera, ya me voy para el de adentro”.

¿Cuándo han sabido que un doctor, un ingeniero,
se han cruzado de braceros porque quieren progresar?
¿O que un cacique deje tierras y ganado
por cruzar el río Bravo? Eso nunca lo verán.

El otro México que aquí hemos construido,
en este suelo que ha sido territorio nacional,
es el esfuerzo de todos nuestros hermanos
y latinoamericanos que han sabido progresar.

Mientras los ricos se van por el extranjero
para esconder su dinero y por Europa pasear,
los campesinos que venimos de mojados
casi todo se lo enviamos a los que quedan allá.

Estas composiciones están hechas para quienes han decidido quedarse a vivir en Estados Unidos —legal o ilegalmente, con la ciudadanía americana o sin ella—, y constituyen un trabajo de autoafirmación y de positivación del colectivo. No sólo se defienden de discursos deslegitimadores diciendo lo que *no son* o lo que *no han cambiado* en sus vidas, sino que ponen en circulación una representación de sí que busca el reconocimiento de su dignidad y de su valía: son buenos trabajadores, gente responsable que vela por su familia y por su comunidad, gente sencilla y solidaria, gente de mente abierta que sabe poner a un lado los prejuicios, que no se avergüenza de lo que ha sido ni de lo que ahora es, gente que soñó con salir adelante y que honradamente lo ha conseguido.

Frente a los anglosajones, estos personajes se sienten orgullosos de su origen, y frente a los mexicanos «de adentro», sin culpa por vivir en Estados Unidos. No pueden sentir vergüenza si han actuado —o creído actuar— *bien*, si han buscado *lo mejor* y si no han hecho intencionadamente *mal* a nadie en su trayecto vital

como migrantes, trayecto que en muchas ocasiones ha contado con paradas en el interior de México antes de que decidieran cruzar la frontera. Es el caso del protagonista de *Orgullo mexicano*:

De las colinas del cerro divisaba la ciudad
y le preguntaba al cielo lo que allá podía encontrar;
me agobiaba la pobreza, pero soñaba en triunfar.

Un día estaba meditando, encerrado en mi jacal;
luego me vieron salir; de equipaje, mi morral;
y me llevaron mis pasos al Distrito Federal.

Allá tuve mil oficios, trabajando en lo que fuera;
mi hotel fueron los andenes de la central camionera;
y un día me vieron salir con destino a la frontera.

Con una gran ilusión brinqué al lado americano
y trabajé con pasión a través de muchos años;
ahora de esta gran nación también ya soy ciudadano.

Al que piense que por esto a mi patria he traicionado,
yo le digo con respeto que está muy equivocado:
mi corazón sigue siendo verde, blanco y colorado.

Soy mexicano, señores, y ténganlo muy presente;
orgullosos de mi origen, el nopal traigo en mi frente,
sobre él un águila real devorando una serpiente.

Al parecer, han alcanzado su objetivo ético: vivir una vida que consideran buena, hacerlo con y para otros, y en una sociedad cuyas instituciones pueden ser consideradas, en términos generales, más justas que injustas. *Chava Romero* es otro mexicano emigrado que cuenta su historia, donde muestra que la realización llega cuando se alcanza aquello a lo que se aspiraba, sin perder (o habiendo recuperado) lo que ya se tenía y se quería, como es la dignidad personal (el volver a ser *alguien*) o la familia:

Eran las seis de la tarde,
como que quería hacer aire
cuando yo me despedí.
Con mi maleta en la mano,
yo, joven e ilusionado,
me disponía a partir,
mi madre estaba a mi lado,
me abraza casi llorando
y yo me sentía morir.

Me dijo: “No tengas miedo,
tú vete, yo aquí te espero,
ve y busca tu porvenir”.
Así pasaron los años,
antes crucé el río Bravo a nado,
fue algo que no olvidaré.
Pero después fui emigrado,
aunque también fui mojado,
cosa que fácil no fue.

Difícil situación para un rancharo
que tuvo que abandonar el sombrero,
ponerse a hablar inglés con la bola de güeros,
torear la migra para ganar dinero.

Pero esos tiempo malos ya se fueron,
hoy tengo todo, le doy gracias al cielo,
tengo a mi madre y una mujer que quiero
y sigo siendo, para mi orgullo, de corazón rancharo.

El año 1986 —el de la amnistía— podría señalarse como el momento clave del cambio colectivo de actitud, aunque desde la década anterior venía fraguándose un cierto movimiento de reconocimiento social a los indocumentados, que iba más allá de su papel como trabajadores. Esa reivindicación fue impulsada por algunos artistas mexicanos y chicanos que, en su trabajo, fueron dando visibilidad a los invisibilizados. Es el caso de Alfonso

Arau (el director de *Como agua para chocolate* [1992]), quien en 1979 estrenó *Mojado Power*, cuya banda sonora contiene varios corridos. Del tema que lleva el nombre de la película son las siguientes estrofas:

El mojado *power* se viene asomando,
se viene acercando con mucho cuidado;
el mojado *power* corre como bala
y no se resbala aunque esté mojado.
(...)
Muy unidos venceremos, con justicia nos verán,
juntos nos protegeremos y esta fuerza haremos respetar.
(...)
¡Mojado, unido, jamás será vencido!

Unos años después, quienes efectivamente «califican» para la regularización dejan de tener motivos para vivir avergonzados: ya no huirán de la ley, se acaba la vida en la clandestinidad y ya podrán ir y volver a México cuando quieran.

La valoración de la ley Simpson-Rodino no fue homogénea, como quedó claro en el capítulo anterior, pero quienes consiguieron modificar su calidad migratoria pudieron darle un sentido nuevo a su vida, reinterpretarla en términos más positivos, bien sea haciendo terapéuticas elipsis:

Ya por el cerro se borraron los caminos
que muchas veces nos hacían hasta llorar;
ya son legales, ahora son Simpson-Rodino
y se olvidaron de lo duro de pasar.
¡Ay, Michoacán!

O bien valorando los hechos del pasado en función de lo acontecido posteriormente, como hace el protagonista de *Tres veces mojado*, que afirma con contundencia: “Ahora que al fin

logré la legalización, lo que sufrí lo he recuperado con creces”.

En los corridos se observa que los personajes, aunque tengan trabajo, aunque ganen dinero, aunque no se olviden de México y apoyen económicamente a los familiares que quedaron allá, si se ven obligados a vivir en la clandestinidad es muy difícil que se sientan *realizados*. En una “jaula de oro” se sentía el personaje de un corrido previo a la amnistía al que ya nos hemos referido, y así se sienten hoy varios millones de personas, pues, por una parte, la regularización de 1986 no fue sino una medida excepcional, y, por otra, la llegada de migrantes indocumentados no se ha detenido. Según diversos organismos de demografía, a fines del 2006 había casi 6 millones y medio de indocumentados, tan sólo de origen mexicano.

Pues bien, muchos de quienes pudieron acogerse a esa ley, unidos a los que hubieran podido regularizarse antes y a los pocos que se regularizaran después, comenzaron un trabajo de autoafirmación y de positivación en el que los corridos, como práctica discursiva y social, desempeñan un papel muy destacado, pues los personajes retratados y los practicantes del género comparten objetivos: por un lado, conservar las tradiciones y la identidad de un grupo social que ha sido doblemente estigmatizado, y, por otro, difundir una representación social más digna de los mexicanos en Estados Unidos:

Tanteando bien a los *rinches* y nadando como pez,
atravesé la frontera de una y decidida vez.

Pinté violín a la migra y sin *papers* ni otra cosa,
me radiqué en esta tierra orgullosa y poderosa.

Le tupí duro a la chamba en las pizcas y cosechas;
jamás nunca saqué el bulto a los mismos ni a las brechas.

Con el sudor de mi frente, mi changarro¹⁰⁹ establecí,
vendiendo chácharas, *curios*, del lugar en que nací.

Tuve esposa, también hijos, y éstos fueron a Korea,
y los que después nacieron, a Vietnam, que es cosa fea.

Logré mi tarjeta verde como el más mejor pintado,
pero extraño los terruños de mi pueblo bien amado.

Soy querido y respetado por toda la chicanada,
y otros hispanos, también, mi amistad tienen ganada.

*El canto del chicano*¹¹⁰

La autoestima de personajes como éste es muy alta, pues tienen la satisfacción de haber actuado *bien* y de haber cumplido en todo momento con su *obligación*. Por si fuera poco, no sólo sienten ellos respeto hacia sí mismos, sino que son respetados por los demás. Para este momento (segunda mitad de los años 70), este colectivo cuenta ya con *estima social*, al menos en Estados Unidos y al menos entre el grupo cada vez más numeroso de «hispanos».

En ese «otro México» que los migrantes construyen en Estados Unidos, los mexicanos conviven sin recelo —al menos en el plano simbólico— con otros latinoamericanos que han vivido experiencias similares. No sólo tienen en común un pasado por el que en principio comparten lengua, religión, rasgos de carácter y algunos valores; han compartido, además, los espacios de segregación en Estados Unidos, la experiencia de la discriminación,

¹⁰⁹ Pequeño negocio, que puede pertenecer a la economía formal o informal.

¹¹⁰ Por regla general, el «chicano» es la persona que ha nacido en Estados Unidos, de padres mexicanos. Sin embargo, alguna gente que *se hace de allá* también se autodenomina así.

las penurias de la vida clandestina, los miedos y las esperanzas.

El sueño de Bolívar presenta esta insólita vinculación con los «hermanos latinoamericanos». Comienza así:

Siempre el gran libertador Simón Bolívar
quiso que Latinoamérica se uniera
y que un día nuestros países estuvieran
bajo la sombra de una misma bandera.

Aunque no en la forma que se imaginaba,
aquel sueño de Bolívar se ha cumplido;
bajo un mismo cielo estamos los latinos,
los latinos en los Estados Unidos.

Aunque aquí hay de todas nacionalidades,
y aquí llegan de los cinco continentes,
los latinos nos miramos como iguales,
aunque seamos de países diferentes.

Aunque esta comunidad «latina» no es homogénea, y aunque en el discurso de los corridos hay una importante restricción ligada a la clase social, el hecho es que se genera un nuevo tipo de «familia», compuesta por «hermanos de raza». El siguiente fragmento es parte del diálogo que precede a la entrada de la música de *El mojado acaudalado*:

- Todo lo están haciendo más difícil ya...
- Y parece que se cargan más contra nosotros, la raza,
¿no? Los mexicanos, los latinos, los salvadoreños, los
guatemaltecos...
- Los nicaragüenses son los que están ahorita sufriendo
bastante.
- Pues todos, más bien todos.
- Sí, todos los latinoamericanos, ¿no?

En *A quien corresponda* se habla de que “muchos hermanos latinos han sido ya asesinados” en la frontera por las cuadrillas de «soberanistas»; en *¡Arriba, raza!* se pide luchar por el respeto a “nuestra cultura y origen”, y en *Amigos cabales* el protagonista exclama: “Qué bonitos son estos lugares, como pocos he visto en el mundo; hay bastantes hermanos de raza y les guardo un cariño profundo”.

El concepto de *familia*, la obligación de *lealtad a la patria*, el espíritu festivo, la confianza en el esfuerzo personal y la “casta de indio” son algunas de las características compartidas con este colectivo. El último rasgo, el indígena, aparece siempre vinculado a la valentía, la perseverancia y la resistencia; a veces, se combina con «lo español» y entonces se apela a un tiempo de prestigio, cultura y poder: “Y si no miente la historia —dice el narrador de *Somos más americanos*—, aquí se sentó en la gloria la poderosa nación; entre guerreros valientes, indios de dos continentes, mezclados con español”.

Más allá de la reivindicación de un territorio que fue «nuestro» antes que de los anglosajones, «lo latino» ha conseguido superar las barreras de exclusión social y moverse —al menos en la dimensión simbólica y en el mercado de los bienes culturales— como el título del siguiente corrido, *Sin fronteras*:

Estoy orgulloso de tener la piel morena,
hablar la lengua que Cervantes escribió,
desde hace tiempo se rompieron las cadenas
que esclavizaron al hombre por su color.

Yo me he paseado por los cinco continentes,
yo he disfrutado lo mejor de lo mejor;
a las mujeres no les soy indiferente,
soy descendiente del indio y el español.

Soy como el águila que vuela por el cielo,
libre su vuelo por donde es amo y señor;
arriba no está dividido como el suelo,
que la maldad de algunos hombres dividió.

A nivel de la realidad sociopolítica *terrenal*, el planteamiento es por la unidad, el trabajo colectivo y la solidaridad. Como sugiere el narrador de *Casta de indio*, de donde tomamos los versos que encabezan este apartado, “si las cosas fueran diferentes, no estaríamos como estamos hoy; vamos a darnos la mano: seremos distintos o, tal vez, mejor”. Llegados a este punto, la posibilidad de dejar de ser «los mismos», es decir, de ser «otros», ya no incrimina ni aterra; los que han conseguido una cierta movilidad social reivindican su lugar como un lugar digno, que no puede ser escamoteado ni por los de *allá* ni por los de *acá*.

Este proceso de «superación» queda registrado incluso en los nombres: atrás han quedado el «mojado» y el «chicano», con sus connotaciones de clase y de posicionamiento ideológico; ahora son «latinos» o «hispanos», asumiendo las etiquetas utilizadas en dos ámbitos más legitimados: el del mercado de los bienes culturales y de la industria del espectáculo, por un lado, y el que organiza la sociedad en comunidades étnicas no necesariamente «nacionales», por otro. La *diferencia* estigmatizada se ha transformado en elemento de cohesión y motivo de orgullo:

Ahora ya estamos aquí, vamos a unirnos;
vamos todos a tratar de superarnos,
y orgullosos siempre habremos de sentirnos
de que aquí por nombre nos digan “hispanos”.

*El sueño de Bolívar*¹¹¹

¹¹¹ Desde otra escena musical, Carlos Santana, uno de los mexicanos *chicanizados* más reconocidos, canta en su disco *Supernatural*, de 1999: “Migra, migra, pinche migra, déjame en paz. Malicia veo en tus ojos, desprecio en tu corazón. Es hora de reconocer que todos somos una misma voz. Abraza el concepto, venimos de la misma voz. Me necesitas tú a mí más y más que yo a ti. People, let’s start together, let’s do it right. People, let’s love one to another, I know we know how”. Según informes de prensa, se han vendido 25 millones de copias de este álbum en todo el mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- Adelson, Naomi; “Que digan que estoy dormido... Los migrantes que mueren del *otro lado*”, en *La Jornada*, suplemento Masiosare N° 312, 14 de diciembre del 2003.
- Aguayo Quezada, Sergio; *El panteón de los mitos. Estados Unidos y el nacionalismo mexicano*, Grijalbo / El Colegio de México, México, 1998.
- Alba, Richard y Victor Nee; *Remaking the American mainstream. Assimilations and contemporary immigration*, Harvard University Press, Cambridge, 2003.
- Anderson, Benedict; *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, 1ª ed. en español de la 2ª en inglés, México, 1993.
- Aristóteles; *Ética a Nicómaco*, Gredos, col. Biblioteca clásica N° 89, trad. de Julio Pallí, 5ª reimpresión, Madrid, 2000.
- Avitia Hernández, Antonio; *Corrido histórico mexicano. Voy a cantarles la historia. Tomo I (1810-1910)*, Editorial Porrúa, col. Sepan cuantos... N° 675, México, 1997.
- ; *Corrido histórico mexicano. Voy a cantarles la historia. Tomo V (1936-1985)*, Editorial Porrúa, col. Sepan cuantos... N° 679, México, 1998.
- Blanco, José Joaquín y José Woldenberg (comp.); *México a fines de siglo, Tomo I*; Fondo de Cultura Económica, 1ª reimpresión, México, 1996.

- Bustamante, Jorge A.; *Cruzar la línea. La migración de México a los Estados Unidos*, Fondo de Cultura Económica, col. Sociología, México, 1997.
- Calderón Chelius, Leticia y Jesús Martínez Saldaña; *La dimensión política de la migración mexicana*, Instituto Mora, México, 2002.
- Cano, Arturo y Alberto Nájjar; “Mexicanos en la lista negra”, en *La Jornada*, suplemento Masiosare N° 355, 10 de octubre del 2004.
- Chew, Martha; *Corridos in Migrant Memory*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 2006.
- Dorado Romo, David; *Ringside seat to a Revolution. An Underground Cultural History of El Paso and Juárez: 1893-1923*, Cinco Puntos Press, El Paso, Texas, 2005.
- Durand, Jorge; “De traidores a héroes. Cien años de política migratoria mexicana”, en *La Jornada*, suplemento Masiosare N° 309, 23 de noviembre del 2003.
- y Douglas S. Massey; *Clandestinos. Migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI*, Editorial Porrúa / Universidad Autónoma de Zacatecas, México, 2003.
- Escalante Gonzalbo, Fernando; *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República Mexicana. (Tratado de moral pública)*, El Colegio de México, 5ª reimpresión, México, 2002.
- (coord.); *Otro sueño americano. En torno a ¿Quiénes somos? de Samuel P. Huntington*. Paidós, México, 2004.

- Fairclough, Norman; *Discourse and Social Change*, Polity Press, Cambridge, 1992.
- Farr, Marcia; “¡A mí no me manda nadie! Individualism and identity in Mexican *Rancho* Speech”, en *Pragmatics*, vol. 10, No. 1, marzo del 2000.
- Florescano, Enrique (coord.); *Mitos mexicanos*; Aguilar, col. Nuevo Siglo, 5ª reimp., México, 1999.
- García Canclini, Néstor; *La globalización imaginada*; Paidós, col. Estado y sociedad, México, 1ª reimp., 2000.
- ; *Culturas populares en el capitalismo*, Grijalbo, 6ª edición, ampliada, México, 2002.
- ; *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, Grijalbo, México, 1995.
- Grad, Héctor; “Los significados de la identidad nacional como valor personal”, en María Ros y Valdiney V. Gouveia (coords.); *Psicología social de los valores humanos. Desarrollos teóricos, metodológicos y aplicados*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2001, pp. 265-284.
- Halliday, M. A. K.; *El lenguaje como semiótica social. La interpretación social del lenguaje y del significado*, Fondo de Cultura Económica, 2ª reimp., México, 2001.
- Hernández, Guillermo; “El corrido ayer y hoy: nuevas notas para su estudio”, en José Manuel Valenzuela (coord.), *Entre la magia y la historia*, Plaza y Valdés / El Colegio de la Frontera Norte, 2ª ed., México, 2000, pp. 319-337.
- Herrera-Sobek, María; *Northward Bound. The Mexican Immigrant Experience in Ballad and Song*, Indiana University Press, Bloomington e Indianápolis, 1993.

- ; *The Mexican Corrido. A Feminist Analysis*, Indiana University Press, 1ª ed. en la col. Midland Book, Bloomington e Indianápolis, 1993.
- Leeuwen, Theo van; “The representation of Social Actors”, en Rosa Caldas-Coulthard y M. Coulthard (eds.); *Text and Practices. Reading in Critical Discourse Analysis*, Routledge, 1996, pp. 32-71.
- Loeza, Soledad; “Cuestión de percepciones”, en *La Jornada*, sección de Política, 29 de enero del 2004.
- López Castro, Gustavo; *El río Bravo es charco. Cancionero del migrante*, El Colegio de Michoacán, México, 1995.
- Maciel, David R.; *El México olvidado. La historia del Pueblo Chicano*, 2 vols., Universidad Autónoma de Ciudad Juárez / University of Texas at El Paso, Chihuahua, 1996.
- Maciel, David R. y María Herrera-Sobek (coords.); *Cultura al otro lado de la frontera. Inmigración mexicana y cultura popular*, Siglo XXI, col. El México de afuera, 1ª edición en español, 1999.
- Martín Rojo, Luisa; “New developments in Discourse Analysis: discourse as social practice”, en *Folia Linguistica*, xxxv/1-2, Mouton de Gruyter, Berlín, 2001, pp. 41-78.
- y Rachel Whittaker (eds.); *Poder-Decir o el poder de los discursos*, Arrecife, Madrid, 1998.
- Mendoza, Vicente T.; *El corrido mexicano*, Fondo de Cultura Económica, col. Popular N° 139, México, 1982.
- Monsiváis, Carlos; *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*, Anagrama, Barcelona, 2000.
- ; “La identidad nacional ante el espejo”, en José Manuel

- Valenzuela Arce (coord.), *Decadencia y auge de las identidades*, Plaza y Valdés / El Colegio de la Frontera Norte, México, 2000, pp. 121-129.
- ; “Interrelación cultural entre México y Estados Unidos”, en Ma. Esther Schumacher (comp.), *Mitos en las relaciones México-Estados Unidos*, Fondo de Cultura Económica / Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1994, pp. 435-459.
- Montemayor, Carlos; “Migración y militarización”, en *La Jornada*, sección de Política, 27 de mayo, 2006.
- Oxfam América; “Como máquinas en los campos: trabajadores sin derechos en la agricultura”, artículo que puede consultarse en la página electrónica <http://www.oxfamamerica.org/news/art6999.html>.
- Paredes, Américo; “*With a Pistol in His Hand*”: *A Border Ballad & and Its Hero*, University of Texas Press, Austin, 12^a edición, 2000 [1958].
- ; *A Texas-Mexican “Cancionero”*: *Folksongs of the Lower Border*, University of Texas Press, Austin, 1995 [1976].
- ; “The Mexican Corrido: Its Rise and Fall”, en Richard Bauman (ed.), *Folklore and Culture on the Texas-Mexican Border*, Center for Mexican American Studies, Austin, 1993.
- Paz, Octavio; *Tiempo nublado*, Bibliotex, España, 2001 [1983].
- Ricoeur, Paul; *Amor y justicia*, Caparrós Editores, col. Esprit, Madrid, 1993 [1990].
- ; *Caminos del reconocimiento*, Editorial Trotta, Madrid, 2005 [2004].

- ; *Lo justo*, Caparrós Editores, col. Esprit No. 34, Madrid, 1999 [1995].
- ; *Sí mismo como otro*, Siglo XXI, México, 1996 [1990].
- Rodríguez Mariángela; *Tradición, identidad, mito y metáfora. Mexicanos y chicanos en California*, CIESAS / Porrúa, México, 2005.
- Schumacher, Ma. Esther (comp.); *Mitos en las relaciones México-Estados Unidos*, Fondo de Cultura Económica / Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1994.
- Valenzuela, José Manuel; *Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México*, Plaza y Janés, México, 2002.
- (coord.); *Entre la magia y la historia. Tradiciones, mitos y leyendas de la frontera*, Plaza y Valdés / El Colegio de la Frontera Norte, 2ª ed., México, 2000.
- (coord.); *Decadencia y auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización*, Plaza y Valdés / El Colegio de la Frontera Norte, 2ª ed., México, 2000.
- Vázquez, Josefina Zoraida y Lorenzo Meyer; *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico, 1776-2000*, Fondo de Cultura Económica, 4ª ed. aumentada, México, 2001.
- Wald, Elijah; *Narcocorrido. Un viaje al mundo de la música de las drogas, armas y guerrilleros*, HarperCollins, col. Rayo, Nueva York, 2001.

FONOGRAFÍA

Referencias discográficas

- Huracanes del Norte, Los; *Corridos pa'l pueblo*, Fonovisa, KFG-2592, México, 1998.
- Pumas del Norte, Los; *La ley del corrido*, Luna Musical, CLUR 064, México, 1999.
- Santana, Carlos; *Supernatural*, Arista, 07822-19080-2, Madrid, 1999.
- Terribles del Norte, Los; *Los grandes corridos*, Freddie Records, FRC-1534, 1990.
- Tigres del Norte, Los; *Historias que contar*, Fonovisa, 7190, México, 2006.
- ; *Directo al corazón*, Fonovisa, 070-6613, México, 2005.
- ; *Pacto de sangre*, Fonovisa, FUD 51245, México, 2004.
- ; *La reina del sur*, Fonovisa, 075 5233, México, 2003.
- ; *Uniendo fronteras*, Fonovisa, TFZ-3570, México, 2001.
- ; *De paisano a paisano*, Fonovisa, TFR-3154, México, 2000.
- ; *Corridos Prohibidos*, Fonovisa, TFA-2581, México, 1998 [1989].
- ; *Siguen los zarpazos*, vol. recopilatorio, Fonovisa, KFP-2403, México, 1998.
- ; *Jefe de jefes*, Fonovisa, FDC-80714, México, 1997.
- ; *Unidos para siempre*, Fonovisa, 050-5228, México, 2003 [1996].
- ; *El otro México*, Fonovisa, MPCD-5043, México, reed. 1995.
- ; *16 kilates musicales*, vol. recopilatorio, Fonovisa, FP-9191, 1994.
- ; *Gracias, América... ¡Sin fronteras!*, Fonovisa, 050-5204, México, 2003 [1991].
- ; *Ídolos del pueblo*, Fonovisa, México, 1990.
- Tucanes de Tijuana, Los; *Corridos de Primera Plana*, Universal 30214, México, 2000.
- Velázquez, Guillermo y Los Leones de la Sierra de Xichú; *Me voy p'al*

- norte, Ediciones Pentagrama, APCD-049, México, 2004.
- V.V.A.A.; *Chulas Fronteras & Del Mero Corazón*, Banda sonora de los documentales *Chulas Fronteras* y *Del Mero Corazón*, de Brazos Films. Arhoolie, CD425, California, 1976 & 1995.
- ; *Corridos & Tragedias de la Frontera. First Recordings of Historic Mexican-American Ballads (1928-37)*, 2 vols., Arhoolie, Folklyric 7019 y 7020, California, 1994.
- ; *Corridos con banda*, vol. 2, 78569, GLTR-67, Discos Amapola, México, 2000.
- ; *Corridos y canciones de Aztlán*, Xalman, SBSR-102980, 1980.
- ; *La música de la migración*, disco de la exposición *Cultura sin Fronteras. La migración en México*, en el Museo de las Culturas Populares, Distrito Federal, 2006. Ediciones Pentagrama / CONACULTA, LPCD, México, 2005.
- ; *Rolas de Aztlán. Songs of the Chicano movement*, Smithsonian Folkways Recordings, SFW CD 40516, Washington D. C., 2005.

Referencias de los corridos citados

- “A dos dólares la hora”, tomado de María Herrera-Sobek, *Northward Bound. The Mexican Immigrant Experience in Ballad and Song* (Indiana University Press, Bloomington e Indianápolis, 1993), p. 208 [en adelante sólo *Northward Bound*]. Incluido también en Gustavo López Castro, *El río Bravo es charco. Cancionero del migrante* (El Colegio de Michoacán, México, 1995), p. 171 [en adelante sólo *El río Bravo es charco*].
- “A El Paso”, de Mario Ríos, en *Northward Bound*, p. 201, y en *El río Bravo es charco*, p. 172.
- “A quien corresponda”, de Luis Torres, en *De paisano a paisano*, de Los Tigres del Norte.
- “Adiós a los ilegales”, de José Urióstegui Román, en *El río Bravo es charco*, pp. 323-324.
- “Adiós a mis padres”, de Jesús Velázquez Torres, en *El río Bravo es charco*, p. 174.
- “Adiós, México querido”, de Juan José Molina, en *Northward Bound*, p. 275.
- “Ahí viene la migra”, tomado de *Northward Bound*, pp. 111-112.
- “Al cruzar la frontera”, de Eladio Velarde, en *Northward Bound*, pp. 284-285 y en *El río Bravo es charco*, p. 30.
- “Al sur del Bravo”, de Paulino Vargas, en *De paisano a paisano*, de Los Tigres del Norte.
- “Allende al Bravo”, de Paulino Vargas, en *El río Bravo es charco*, pp. 31-32.
- “Amigos cabales”, de Rafael Buendía, en *El río Bravo es charco*, pp. 32-33.
- “Ando de mojado”, en *El río Bravo es charco*, p. 178.
- “Ando lejos de mi tierra”, de Domingo Turrubiate, en *El río Bravo es charco*, pp. 35-36.
- “¡Arriba, raza!”, en *El río Bravo es charco*, p. 395.
- “¡Ay, Michoacán!”, de Chuy Luviano, en *El río Bravo es charco*, p. 169.
- “Bracero, bracero”, de Benjamín Sánchez Mota y G. Acosta, en *El río*

Bravo es charco, pp. 38-39.

“Brian Barker”, de Adalberto Robles, en Elijah Wald, *Narcocorrido. Un viaje al mundo de la música de las drogas, armas y guerrilleros* (HarperCollins, Nueva York, 2001). [En adelante, *Narcocorrido*.]

“Camioncito Tres Estrellas”, de Dagoberto Castillo, en *El río Bravo es charco*, pp. 39-40.

“Campesino asalariado”, de Víctor Cordero, en *Northward Bound*, pp. 236-237.

“Casta de indio”, de Chuy Luviano, en *El río Bravo es charco*, pp. 40-41.

“Cerros azules”, de Florencio Meneses, en *El río Bravo es charco*, pp. 335-336.

“Chulas fronteras”, de Eulalio González, “El Piporro”, interpretada por él mismo en *La música de la migración* y en *Chulas fronteras & Del mero corazón*, discos con recopilaciones de varios autores.

“Ciriaco, el mojado”, de Gil García Padrón, en *Northward Bound*, pp. 224-225 y en *El río Bravo es charco*, pp. 185-186.

“Como desterrado”, de José Antonio Hernández, en *El río Bravo es charco*, pp. 186-187.

“Consejo de un bracero”, de Francisco Vega Cisneros, en *El río Bravo es charco*, pp. 187-188.

“Consejos a los nortños”, incluido en *Northward Bound*, pp. 70-73, y en *El río Bravo es charco*, pp. 42-46.

“Corrido de Aurelio Pompa”, en *El río Bravo es charco*, pp. 410-412.

“Corrido de Cleto Rodríguez”, en Antonio Avitia Hernández, *Corrido histórico mexicano. Tomo V (1936-1985)*, Ed. Porrúa, México, 1998, pp. 80-81 [en adelante, *El corrido histórico V*].

“Corrido de Johnny López”, de Rafael Elizondo, interpretado por Óscar Chávez en V.V. A.A., *La música de la migración*.

“Corrido de las americanas”, tomado de José Manuel Valenzuela, *Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México* (Plaza y Janés,

- México, 2002), p. 47.
- “Corrido del inmigrante”, tomado de *Northward Bound*, p. 236.
- “Cruzando el puente”, de R. Hernández, en *Northward Bound*, p. 263.
- “Cuando gime la raza”, de Rodolfo Martínez, en *El río Bravo es charco*, pp. 418-419.
- “Cuando llegan los mojados”, de Ramón Balver, en *La ley del corrido*, de Los Pumas del Norte.
- “Cueros de rana”, de José Urióstegui Román, en *El río Bravo es charco*, pp. 191-192.
- “De aquellas idas al norte”, de Dagoberto Castillo, en *Northward Bound*, pp. 271-272.
- “De bracero a petrolero”, de Melesio Díaz, en *Northward Bound*, pp. 248-249.
- “De paisano a paisano”, de Enrique Valencia, en *De paisano a paisano*, de Los Tigres del Norte.
- “De qué iremos a vivir”, de Antonio Vega Cisneros, en *El río Bravo es charco*, pp. 48-49.
- “De sangre mexicana”, de Francisco Trujillo, en *Northward Bound*, pp. 272-273.
- “Defensa de los norteños”, en *Northward Bound*, pp. 80-83.
- “Desde el México de afuera”, de José Vaca Flores, en *Northward Bound*, pp. 260-261, y en *El río Bravo es charco*, pp. 195-196.
- “Desde México he venido”, en *Northward Bound*, p. 281.
- “Despedida de un norteño”, en *Northward Bound*, pp. 68-69.
- “Dos pasajes”, de Rafael Rosales, en *El río Bravo es charco*, pp. 48-49.
- “Efectos de la crisis”, en *Northward Bound*, pp. 130-131.
- “El artista”, de Manuel Eduardo Toscano, en *La reina del sur*, de Los Tigres del Norte.
- “El bilingüe”, de Enrique Franco, en *Ídolos del pueblo*, de Los Tigres del Norte.
- “El bracero fracasado”, de Ernesto Pesqueda, recogido en *El río Bravo es charco*, pp. 198-199.
- “El bracero”, de Rafael Buendía, tomado de *Northward Bound*, pp. 68-69.
- “El cambio”, de Mario Quintero Lara, en *Corridos de primera plana*,

de Los Tucanes de Tijuana.

“El canto del bracero”, de Rubén Méndez del Castillo, en *El río Bravo es charco*, pp. 199-200, y en *Northward Bound*, p. 66.

“El canto del chicano”, de Antonio Salgado Herrera, recogido en *El río Bravo es charco*, pp. 201-202.

“El carro de la muerte”, de Paulino Vargas, en *El río Bravo es charco*, pp. 202-203.

“El centroamericano”, de Enrique Franco, en *Uniendo fronteras*, de Los Tigres del Norte.

“El chicano”, de Juan Záizar, en *El río Bravo es charco*, pp. 434-435. También se incluye en *Northward Bound*, pp. 223-224, pero se atribuye a Juan Zalazar.

“El circo”, de Jessie Armenta, en *Unidos para siempre*, de Los Tigres del Norte.

“El contrabando del muerto”, de Rafael Buendía, en *El río Bravo es charco*, pp. 203-204, y en *Northward Bound*, pp. 301-302.

“El corrido de Kiansis”, en *Northward Bound*, pp. 7-8, y en Antonio Avitia Hernández, *Corrido histórico mexicano. Tomo I (1810-1910)*, Ed. Porrúa, México, 1997, p. 111. [En adelante, *El corrido histórico I.*]

“El corrido de los mojados”, de Luis Armenta, recogido con variantes menores en *Northward Bound*, p. 196, y en *El río Bravo es charco*, pp. 207-208. La versión que recoge Herrera-Sobek fue grabada con el título de *Vivan los mojados* por Los Tigres del Norte, y así se recoge también en *El río Bravo es charco*, pp. 312-313.

“El corrido del ilegal”, de Francisco García, en *Northward Bound*, pp. 187-188.

“El deportado”^A, de Eugenio Ábrego, interpretado por Los Hermanos Bañuelos en *Corridos y tragedias de la frontera*.

“El deportado”^B, de Aciano Acuña, en *Los grandes corridos*, de Los Terribles del Norte.

“El dólar”, de José Ángel Espinoza “Ferrusquilla”, recogido en *El río Bravo es charco*, pp. 66-67.

- “El emigrante”, grabado por Los Terribles del Norte en *Los grandes corridos*.
- “El hijo olvidado”, de Aciano Acuña, en *Los grandes corridos*, de Los Terribles del Norte.
- “El ilegal”^A, de Joan Sebastián, en *El río Bravo es charco*, pp. 216-217.
- “El ilegal”^B, tomado de *El río Bravo es charco*, p. 218.
- “El lavaplatos” (“El Traque”), en *Northward Bound*, pp. 46-47.
- “El mexicano mojado”, con derechos de autor reservados, en *Corridos perrones I*, del Grupo Exterminador.
- “El mojado acaudalado”, de Teodoro Bello, en *Jefe de jefes*, de Los Tigres del Norte.
- “El mojado fracasado”, de Salomón Valenzuela Torres, en *Northward Bound*, p. 270.
- “El mojado remojado”, de Guillermo de Anda, en *El río Bravo es charco*, pp. 224-225.
- “El niño de la calle”, de Luis Torres Canez, en *Pacto de sangre*, de Los Tigres del Norte.
- “El nuevo corrido”, de José Antonio Michel, en *El río Bravo es charco*, pp. 448-450.
- “El otro México”, de Enrique Franco, en *El otro México*, de Los Tigres del Norte.
- “El padre de un soldado”, tomado de *El corrido histórico V*, pp. 187-188.
- “El petróleo” (“Ahora sí”), de Enrique Franco, en *Northward Bound* p. 247 y en *El río Bravo es charco*, pp. 453-454.
- “El pocho”, de Eulalio González “El Piporro”, en *Northward Bound*, pp. 221-222.
- “El santo de los mojados”, de Enrique Franco Aguilar, en *Pacto de sangre*, de Los Tigres del Norte.
- “El sueño de Bolívar”, de Enrique Franco, recogido en *El río Bravo es charco*, pp. 230-231.
- “El vagón de la muerte”, corrido que inspiró la película del mismo nombre (Eco Films, México, 1987) y de la que M. Herrera-Sobek extrae la letra. En *Northward Bound*, p. 289.
- “Esas fronteras”, de Pepe Albarrán, en *El río Bravo es charco*, p. 237.

- “Espaldas mojadas”, de Benjamín Sánchez Mota, en *El río Bravo es charco*, pp. 237-238.
- “Espejismo de un bracero”, de Paco Camacho, en *El río Bravo es charco*, pp. 355-356.
- “Falsa promesa” de Jorge López, en *El río Bravo es charco*, pp. 357-358.
- “Frontera internacional”, de Enrique Valencia, en *Northward Bound*, pp. 227-228, y en *El río Bravo es charco*, pp. 338-339.
- “Jaula de oro”, de Enrique Franco, se recoge en *16 kilates musicales*, de Los Tigres del Norte.
- “Juan Mojao”, de Eulalio González “El Piporro”, tomado de *Northward Bound*, pp. 290-291.
- “Juana, la patera”, de Magdalena Oliva en *Northward Bound*, pp. 197-198.
- “La amnistía”, de R. M. Gutiérrez, en *Northward Bound*, pp. 251-252.
- “La boda fatal”, de Paco Camacho, en *Northward Bound*, p. 269.
- “La bracera”, de Esteban Navarrete, en *Northward Bound*, p. 195.
- “La crisis”^A, de F. Miranda, incluido en *Corridos & Tragedias de la frontera* en interpretación del Dúo Latino.
- “La crisis”^B, de Guadalupe Arce Murcia, en *El río Bravo es charco*, p. 135.
- “La crisis actual”, de C. Cuevas, grabado por Los Cancioneros Alegres e incluido en *Corridos & Tragedias de la frontera*.
- “La crónica de un cambio”, de Paulino Vargas, en *Uniendo fronteras*, de Los Tigres del Norte.
- “La desdicha del mojado”, tomado de *El río Bravo es charco*, pp. 244-245.
- “La discriminación”, de Juan Manuel y Leobardo Pérez, en *Northward Bound*, pp. 225-226.
- “La emigración”, tomado de *Northward Bound*, pp. 131-134.
- “La emigrada”, de Francisco Hernández, en *Northward Bound*, p. 288.
- “La esperanza verde”, de Paulino Vargas, en *El río Bravo es charco*, pp. 76-77.
- “La frontera”, de Socorro Mendoza, en *El río Bravo es charco*, p. 78.
- “La historia del mojado”, de Rudy Flores, en *El río Bravo es charco*,

- pp. 248-249.
- “La migra”, de Rumel Fuentes, tomado de *Northward Bound*, p. 189.
- “La muralla de tortilla”, de Gastón P. Castellanos, en *El río Bravo es charco*, pp. 250-251.
- “La neta de las netas”, de José Cantoral, en *Directo al corazón*, de Los Tigres del Norte.
- “La opinión de unas gringas”, de Bulmaro Bermúdez. Tomado de *Northward Bound*, p. 239.
- “La que dicen que se fue al norte”, de Salvador Delgado. Recogido en *El río Bravo es charco*, pp. 477-478.
- “La sorpresa”, de Manuel Eduardo Toscano, en *Directo al corazón*, de Los Tigres del Norte.
- “La tumba del mojado”, de Paulino Vargas, en *16 kilates musicales*, de Los Tigres del Norte.
- “La zanja”, de Antonio Zamora, recogido en *El río Bravo es charco*, pp. 255-256.
- “Lamento de un bracero”, de Paco Camacho, en *Northward Bound*, p. 302.
- “Las ausencias”, en *El río Bravo es charco*, pp. 83-84.
- “Las caritas tapadas”, de Óscar Curiel Aladaiz, en *Northward Bound*, pp. 277-278. José Manuel Valenzuela, en *Jefe de jefes* (pp. 60-61), lo atribuye a Adolfo Salas.
- “Las pobres ilegales”, de José Martínez Loza, en *Northward Bound*, pp. 286-287.
- “Las redadas”^A, de Juan Prieto, en *El río Bravo es charco*, p. 259, y en *Northward Bound*, pp. 206-207.
- “Las redadas”^B, de Bernabé Oseguera, en *El río Bravo es charco*, pp. 260-261.
- “Los alambrados”, de Marco Antonio Solís, en *Northward Bound*, pp. 198-199.
- “Los buenos vecinos”, de Javier Ramírez y Antonio Álvarez, en *El río Bravo es charco*, pp. 480-481.
- “Los cuatro de Guerrero”, de Jesús Ochoa López, en *El río Bravo es charco*, pp. 265-266.
- “Los deportados”, tomado de *Northward Bound*, pp. 137-138.

- “Los hijos de Hernández”, de Enrique Franco, en *Gracias América... ¡Sin fronteras!*, de Los Tigres del Norte.
- “Los ilegales”^A, de Pepe Gavilán, en *Northward Bound*, p. 219.
- “Los ilegales”^B, D.A.R. Recogido en *El río Bravo es charco*, pp. 267-268.
- “Los mandados”, de Jorge Lerma, en *Northward Bound*, pp. 213-214, y en *El río Bravo es charco*, pp. 270-271.
- “Los mojaos”, de José Medina, en *El río Bravo es charco*, pp. 271-272.
- “Los papeles se han cambiado”, de Manuel Langarica, en *El río Bravo es charco*, pp. 484-485.
- “Los pobres ilegales”, de José Martínez Loza, en *Northward Bound*, pp. 282-287.
- “Los que se van pa'l norte”, de Antonio Razo, en *El río Bravo es charco*, pp. 274-275.
- “Los títeres”, de Martín Ruvalcaba, en *Corridos pa'l pueblo*, de Los Huracanes del Norte.
- “Madre, me voy a California”, de Isidro Rivera, recogido en *El corrido histórico V*, pp. 60-61.
- “Mafia michoacana”, de Mauricio Pineda, en *20 Narco-Corridos*, de Los Huracanes del Norte.
- “Me fui pa'l Norte”, de M. J. Gallegos, en *El río Bravo es charco*, pp. 140-141.
- “Me voy de México”, de Raúl Torres Canela, en *El río Bravo es charco*, pp. 144-145.
- “Me voy para el Norte”^A, de Manuel Esquivel, en *El río Bravo es charco*, pp. 489-490, y en *Northward Bound* p. 167.
- “Me voy para el Norte”^B, de Miguel Ángel Razo, en *El río Bravo es charco*, pp. 147-148.
- “Me voy pero vuelvo”, de Efraín Calderón Ríos, recogido en *El río Bravo es charco*, pp. 148-149.
- “Mexicano cien por ciento”, D. A. R., tomado de *Northward Bound*, pp. 217-218.
- “Méxicoamericano”, de Rumel Fuentes, en *Chulas Fronteras & Del Mero Corazón*, con Los Pingüinos del Norte.
- “Mi pochita”, de Paulino Vargas, recogido en *El río Bravo es charco*, pp. 942-493.
- “Mi sangre prisionera”, de Enrique Valencia, en *Unidos para siempre*,

- de Los Tigres del Norte.
- “Mis dos patrias”, de Enrique Valencia, en *Jefe de jefes*, de Los Tigres del Norte.
- “Mojado de corazón”^A, de Francisco Ramírez y Carlos Peña, recogido en *El río Bravo es charco*, pp. 279-280.
- “Mojado de corazón”^B, en *El río Bravo es charco*, pp. 280-281.
- “Mojado sin licencia”, de Santiago Jiménez, interpretado por el Flaco Jiménez y Fred Ojeda en *Chulas fronteras & Del mero corazón*.
- “Muchachas modernas”, tomado de *Northward Bound*, pp. 289-290.
- “Natalio Reyes Colás”, de Eulalio González, “el Piporro”, en *Northward Bound*, pp. 170-172.
- “Ni aquí ni allá”, de Jessie Armenta, en *Jefe de jefes*, de Los Tigres del Norte.
- “No necesito coyote”, de Jesús Zermeño, en *Northward Bound*, p. 205.
- “Orgullo mexicano”, de Carlos Razo, en *Directo al corazón*, de Los Tigres del Norte.
- “Oro verde por oro negro”, de Pedro Ulloa, recogido en *Northward Bound*, p. 249.
- “Pasaporte a la muerte”, de Paulino Vargas, recogido en *El río Bravo es charco*, p. 288.
- “Peor que antes”, de Ramón Ortega, en *El río Bravo es charco*, p. 501.
- “Plática entre dos rancheros”, en *Northward Bound*, pp. 83-87.
- “Por el puente”, tomado de *Northward Bound*, pp. 200-201.
- “Pueblo querido”, de Ismael Armenta, en *Unidos para siempre*, de Los Tigres del Norte.
- “Recordando a México”, en *El río Bravo es charco*, pp. 381-382.
- “Residentes y mojados”, de Rafael Buendía, en *El río Bravo es charco*, pp. 294-295.
- “Rifaré mi suerte”, del dominio público. En *El río Bravo es charco*, pp. 295-296.
- “Sangre azteca”, de Gilberto Díaz, recogido en *El río Bravo es charco*, pp. 296-297.
- “Sin fronteras”, de Enrique Franco, tomado de Martha Chew, *Corridos in Migrant Memory* (University of New Mexico Press, Albuquerque, 2006), pp. 55-56.

- “Somos más americanos”, de Enrique Valencia, en *Uniendo fronteras*, de Los Tigres del Norte.
- “Soy residencial”, de Felipe Juárez, en *El río Bravo es charco*, pp. 304-305.
- “Superman es ilegal”, de Jorge Lerma, incluido en *Northward Bound*, pp. 208-210, y en *El río Bravo es charco*, pp. 509-510.
- “Tanto tienes, tanto vales”, de Pablo Botello, en *Corridos y canciones de Aztlán*.
- “Tierra ajena”, de David Hernández, en *El río Bravo es charco*, pp. 97-98.
- “Tierras de California”, de Pascuala Paredes, en *Northward Bound*, pp. 232-233.
- “Tormenta del desierto”, de Reynaldo Martínez, recogido en *El río Bravo es charco*, pp. 305-306.
- “Tres veces mojado”, de Enrique Franco, en *Siguen los zarpazos*, de Los Tigres del Norte.
- “Triste aventura”, incluido en *El río Bravo es charco*, pp. 308-309.
- “Un noble engaño”, de Nicolás Ochoa y Paul Sandoval; tomado de *Northward Bound*, p. 300.
- “Vamos a cruzar, Julián”, de Juana Valdez Patiño, en *Northward Bound*, pp. 201-202, y en *El río Bravo es charco*, p. 311.
- “Violencia en Los Ángeles”, de Pedro Rivera, en *Narcocorrido*, pp. 141 y 142.
- “Vivan los mojados”, versión de “El corrido de los mojados”, grabado por Los Tigres del Norte en el disco del mismo nombre, y recogido en *El río Bravo es charco*, pp. 312-313.
- “Vivo ausente”, de Rafael Buendía, recogido en *El río Bravo es charco*, pp. 314-315.
- “Ya nos dieron permiso”, de Jesús Armenta, en *Northward Bound*, pp. 252-253.
- “Ya pasó la Navidad”, de Salvador Ramírez, en *Northward Bound*, pp. 316-317.
- “Yo soy mexicano, señores”, de Juan Manuel Valdovinos, en *Corridos y canciones de Aztlán*.
- “Yo soy tu hermano, yo soy chicano”, de Rumel Fuentes, en *Rolas de Aztlán. Songs of the Chicano movement*, en interpretación del Grupo Aztlán.

Ni aquí ni allá
se terminó de imprimir en abril de 2008
en los Talleres de Corporación Industrial Gráfica, S.A. de C.V.
Francisco Landino No. 44, Col. Miguel Hidalgo,
Tláhuac, México, D.F.